

Objetos del silencio

secretos de infancia



Eugenia Prado Bassi

Colección Narrativa



CEIBO
ediciones

Objetos del Silencio
secretos de infancia

(novela)

2ª Edición,
aumentada y corregida



CEIBO
ediciones

Santiago de Chile, 2015

Objetos del Silencio

secretos de infancia

Eugenia Prado Bassi

2ª Edición,
aumentada y corregida

©Eugenia Prado Bassi
1ª Edición, Cuarto Propio,
Santiago de Chile, octubre de 2007.

2ª Edición, Ceibo Ediciones, versión aumentada y corregida.
Santiago de Chile, octubre de 2015.

Ceibo Ediciones
Teléfono: (02) 22502 0782
www.ceiboproducciones.cl

Coordinación editorial: Dauno Tótoro T.
Edición: Lucía Guerra C.
Corrección: Fernando Moreno T.
Fotografía de portada: Verónica Soto C.
Diseño: Eugenia Prado B.
Producción Editorial: Ítalo Retamal E.

Registro de Propiedad Intelectual N° 145.825
I.S.B.N.: 978-956-359-033-3

Impreso por Productora ANDROS Ltda.



CEIBO
ediciones

Santiago de Chile, 2015

A mi madre, María Eugenia Bassi Bissone,
por acompañarme en el oficio de las letras.

*Mis agradecimientos a
Lucía Guerra, Fernando Moreno
y Diego Ramírez*

*Los niños no son ángeles
ni seres asexuados, sino pequeños cuerpos
habitados por una mente,
una lengua.*

*Marcados por el sexo,
niños y niñas, no ángeles, crecen.
Miedo en sus bocas.*

*Reiteradas aprehensiones temen,
memorias de miedo atrapado, secretos,
justificaciones y culpas.*

*Sospechas de cuerpos adultos,
miradas insidiosas apuntan
sobre los pequeños, sutiles, y menos
aterradores objetos.*

*La confesión abunda allí,
donde el castigo bien podría corregir
cualquier forma de desorden.*

Primera Parte

*A mi hijo menor,
Mariano Madrigal Salvatierra*

CIERRO EL MANUSCRITO

*Descubrirás que la pala=
bra es la palabra, silencio
fielmente guardado en
estas páginas, tal como la
convención precisa para
ser desmentida en sus
fracasos.*

Decidida a poner fin a todos estos relatos, pienso en aquellos fragmentos en los que hubiese querido ahondar más convencida que podrían haber sido mejor resueltos. En cada uno de ellos he puesto a prueba y en práctica todos mis esmeros y gran parte de mis habilidades.

Querido Mariásp

Cuando los vientos de la pubertad irrumpieron en nuestra casa y hasta el aire empezó a oler distinto, noté la particular relación entre tú y tu hermano. Eran diametralmente opuestos, aún así, noté ese cambio por las formas de acercarse.

Pude verlos con mis propios ojos. Desde el primer momento.

Lo primero fue pedirle a la Rosa que cambiara las sábanas. Ella te conocía, sabría manejar la situación. En mi casa había reglas estrictas.

Viéndolo de ese modo, diría que todo en esta vida se lo debo a mis padres, a los padres de mis padres y a la herencia rebelde que porta la historia de mis raíces.

Con las siguientes generaciones de Salvatierra se construyeron nuevas dependencias y se fue poblando la hacienda por un número no menor de todos ellos.

Nos fuimos quedando solos en este caserío, rodeados de mayordomos y sirvientas. Discreción ante todo, la lealtad, un valor. La limpieza y el aseo personal de los empleados, una de las reglas impostergables; uniforme sin manchas y bien planchado, toca ajustada y camisas con el cuello albo.

Les hice construir baños con duchas y agua caliente, conocían las ventajas de trabajar para mí, también mis poderosas influencias.

Aún recuerdo aquel día. Los rayos de sol se reflejaban sobre la superficie de la piscina, yo estaba sentada en la silla mecedora. Las ramas de los árboles se mecían entre murmullos con la leve brisa de la tarde provocando círculos en el agua.

En el extremo más distante de la piscina, girasoles cargados de semillas y espléndidas hortensias de agitados colores a la sombra de otros arbustos adornaban el paisaje. “Donde hay hortensias, las mujeres no se casan” decían. Yo tenía un libro en las manos.

Recuerdo tu pelo largo y desordenado.

El reloj estilo inglés, que por décadas anunciaba los buenos momentos y también las tragedias, marcó las siete con trece minutos.

Hora de la tarde.

Tú y tu hermano habían estado jugando. Jesús Andrés empezaba a vestirse. Repleto de energía tú saltabas moviendo la cabeza después de la última zambullida. En segundos te abalanzaste sobre tu hermano tomándolo por la espalda, en el forcejeo cayeron juntos al agua.

Desde niño hacías lo que fuera para sorprendernos con pequeñas gracias. Aun antes de la pubertad ya eras incorregible. Recuerdo la cara de Jesús Andrés cuando se enfurecía con tus bromas y a ti te encantaba hacerlo enojar. Tu hermano siguió rezongando y con justa razón, mientras tú no parabas de reír.

Tuve que acercarme a poner algo de orden. Me respetaban. Les asustaba mi carácter, lo sé. Dominante por naturaleza, sabían que no era como los demás, y que podía ser paciente y extender los plazos, pero no por eso menos rigurosa, en el momento de los castigos.

Los amenacé con algo, no recuerdo bien, todo sucedió rápido. Me diste un beso de despedida. Tu hermano seguía molesto, balbuceó algo, después los vi alejarse rumbo a la antigua casona patronal, ubicada muy al fondo del terreno, más atrás de los arrayanes y bastante más lejos de la casa principal.

Ese día supe que ese lugar no solo era una zona reservada para las visitas sino también para ustedes cuando buscaban esconderse.

Caminé varios metros detrás, lo suficiente como para desaparecer entre las ramas. Una pizca de curiosidad me animó a seguirlos.

Me preocupé de tomar distancia.

Uno, dos, tres... Luego, el grito. Te vi correr a toda velocidad. Tu hermano corrió detrás. Eras el más joven, aun así, Jesús Andrés siempre siguió tus pasos.

Apenas podía distinguir sus cuerpos cuando entraron en la casona, los vi atravesar el corredor hasta una de las habitaciones. Había logrado llegar hasta ahí, ya estaba oscureciendo, no podía volver atrás.

En segundos, pude colarme entre las sombras hasta la pequeña salita que a través de un amplio ventanal conectaba con el dormitorio. Desde ese lugar tenía una visión más completa de la escena sin que ustedes pudieran verme. Me quedé observándolos en silencio.

Sus siluetas se reflejaban nítidas sobre el muro. Podía diferenciar sus cuerpos, escuchar tu risa inconfundible. Era una escena para la que venía preparándome desde hacía un tiempo.

Verlos tan felices me permitió confirmar cómo y cuánto se querían.

Cada vez más agitados los vi reír saltando sobre la cama de hierro forjado del siglo XIX, un sólido armatoste traído desde Murcia y que había pertenecido a mis antepasados. Muy astutos al elegir el escondite, pensé. Supe que había sido tu idea, siempre fuiste más arriesgado.

Rodeada de bosques y árboles nativos la casona patronal fue la primera construcción en el extenso terreno y esa habitación en particular era una de las más grandes. Había pertenecido a generaciones anteriores a las de tus abuelos.

Pegado al muro y a unos metros de la cama había un ropero de castaño con manijas y cerraduras de bronce. Al fondo un gran espejo con biselados en los bordes donde tu bisabuela Raquel debió haberse probado los mejores trajes antes de los banquetes y reuniones sociales, tan frecuentes en una familia bastante más numerosa que la nuestra.

Recuerdo ese momento como si fuera hoy. Como tantas otras veces que se habían escondido ahí sin que lo supiera, a la luz de las velas vi cómo te acercabas a tu hermano y le decías algo al oído. Jesús Andrés se encogió de hombros. Pude constatar cómo lo avergonzabas y hostilizabas empujándolo peligrosamente a un límite.

Entendí que después de ustedes, no quedaría nada de nosotros.

Josefina Salvatierra Riquelme
En Santiago de Chile, una tarde de otoño

Ejercicios de E

SILENCIOS, CONFESIONES, TESTIMONIOS

Sin dejar de pensar en sus formas de quererse pensé coleccionar secretos de esos inconfesables que se esconden en bocas adultas. Serían historias, anécdotas, pequeñas escenas, inocentes, crueles, culposas, tomadas de la vida misma, inspiradas en experiencias reales, puestas ahí, todas en contigüidad.

*Lo*rena

*Sobre la mesa
el par de especias perfumadas,
en una esquina los recuerdos quietos
replegados de puntas*

—¿Nunca le habías dicho esto a alguien? —pregunta, deslizando una de sus manos con disimulada urgencia bajo la tela.

—¿Nunca? —insiste, acariciando su piel con suavidad. ¿Estás segura? ¡Mírame!

—¿Por qué te iba a mentir? No tendría por qué...

Lorena acaricia la mano que la recorre, él aprieta con intensidad. Ella la separa de su pierna con decisión. Luego, se levanta ordenándose el vestido y vuelve a sentarse. El hombre desliza los dedos por el entallado vestido que tan bien le sienta a su pequeña cintura. Inquieto sigue subiendo hasta soltar los tirantes que sostienen la parte delantera del vestido, Lorena siente sus manos. Siente la tela que resbala rozando la piel. Sus pechos se encienden. Lorena separa las manos de su cuerpo y toma los tirantes para volver a anudarlos al cuello. Sabe que le sienta muy bien el corte de ese vestido que deja una porción de la espalda y los hombros descubiertos.

Forcejean. Juegan. Se miran, ríen. Él vuelve a la carga, Lorena se escabulle y logra zafarse. Recuperando sobriedad se arregla el cabello y se acomoda la ropa.

Se levanta y camina hacia la ventana. En la calle, todo está en silencio. La habitación en penumbras. Atardece.

El hombre vuelve a acomodarse sobre el sofá y se estira de espaldas, acaricia un cojín entre sus manos y lo aprieta contra el sexo.

—*Pero... ¿Cuántos años tenías?*—él pregunta.

—*Como seis. ¿Por qué?*

—*¿Apenas seis? ¿No te parece algo precoz? Supongo que eras una niña despierta. Solo eso.*

—*¿Tanto te sorprende?*—pregunta ella, en tono cándido.

—*Seis años y ya eras una pervertidilla*—le dice.

Como si estuviera en otra parte, Lorena se queda en silencio.

El hombre golpea con sus palmas sobre el cojín suavemente, tentándola a volver.

En un gesto inesperado, ella se monta sobre él y tapa su boca con las manos obligándolo a callar. Con el peso de sus muslos, se deja caer levemente sobre él, apoyándose en las rodillas. Con un movimiento de caderas y sus piernas semiabiertas ella baja y sube muy cerca de su sexo que empieza a hacerse estrecho en la zona del cierre del pantalón. Lorena mete uno de sus dedos en la boca, luego toma sus manos y sigue chupando. Se desliza boca adentro, rozando la lengua, arriba, las paredes de la boca. Él reacciona y se encoge de cosquillas, luego la sigue sumando otros dedos, los de ella que juegan lamiendo. Los dedos entran y salen de su boca, se mueven por las encías, las lenguas se chocan.

Ella se oprime contra su cuerpo. Sin dejar de mirarla, él resbala por el cuello, bajando hasta rozar levemente sus pechos a punto de acariciar los pezones, lo intenta pero Lorena se escabulle.

—*Ella... siempre tan esquiva. Ven acá*—gime. *Espera que te atrape. Ya verás?*—amenaza, ríe.

Ella trata de huir pero él la agarra del vestido. Caen juntos, otra vez sobre el sofá. Ahora encima, él desliza sus manos bajo la falda. Sin pudor, empieza a manosearla, Lorena cede a la humedad de sus manos. Sus poros reaccionan, siente la piel de gallina, su sexo se dilata, empieza a crecer, desenvuelto palpita.

—*Pervertidilla. Es lo que eres, una pervertidilla*—repite, en tono de burla.

—*Diría que “esa” no es una buena palabra*—dice esbozando una seductora sonrisa. Lo hace a menudo, repetir un fragmento de aquella memoria, antes de hacerse la niña.

Quieta al contacto con esa temperatura que contrasta con su piel fría, Lorena se contiene. Apenas respira mientras las manos atrevidas avanzan. Sus mejillas arden.

Cada vez más excitado él desliza los dedos. Dibuja sobre los muslos, con sus manos sube rodeando la cintura y más arriba alcanza sus pechos encendidos. Su lengua resbala boca adentro en un beso que la extenúa, Lorena corre los labios y gira ofreciendo su espalda desnuda. Él se apega y frota su nariz mientras gime y la cubre de besos.

—*Deseante, me parece mejor... Sobre todo eso.*

Lorena se acurruca muy cerca del cuello. Ambos están sudando. Ella, empieza a besarlo, sus deseos se desatan. Se besan y muerden.

—*¡No sigas! Es demasiado.*

Una mezcla de rabia y asco, lo vuelve loco de excitación y de emociones nuevas, cómplice de sus secretos.

—*La pasaban estupendo con el viejo*—le dice, sonriendo. —*No lo niegues.* Lorena se aparta irritada.

—*¿Pero, por qué te importa tanto?*—replica.

En segundos, su voz se tiñe de melancolía.

—*Cuando mi padre se enteró, casi lo mata.*

Se levanta y camina hacia la ventana.

Sin poder contenerse, excitado y ansioso se levanta para traerla de vuelta, la aprieta, sus manos húmedas acarician el pubis, peligrosamente. Lorena una vez más lo acepta, luego trata de soltarse, lo esquivo, forcejean.

—*Dime más... ¿qué fue lo que el tipo te hizo?... viejo inmundo... descarado. . . ¿hasta dónde se atrevió a llegar?*

—*¿Qué más quieres saber? ¿Cómo lo hacíamos? ¡Ahhhh! ¿Es eso?*
—grita, para humillarlo.

—*¿Y, ahora te ofendes?* —le dice, tomándola con suavidad.

—*¿Todo esto también te excita? ¿Es eso? Dime cómo te excita. Cuánto. Ahhh veo cómo te excita. Es eso* —dice, riendo de forma violenta, implacable. Avergonzado, él no responde.

—*Te hubiera encantado verme haciéndolo con el viejo. Era eso...* —dice Lorena, apretándose contra él, recuperando su fuerza.

—*Cómo puedes...* . Dice y la tapa de besos. Pero ella vuelve a huir, se aparta. El hombre cede, agotado se abandona sobre el sillón. Sus cuerpos vuelven a quietarse. Pero después de unos minutos, ambos vuelven, cada vez más excitados.

—*¿Pero, cómo se enteró tu padre? ¿Acaso los pilló en algo?*

—*Fue mi hermano. Él es el culpable de todo.*

—*¿Tu hermano chico? ¿El que yo conocí, y qué, fue él, le contó a tu padre? ¿Se atrevió a hacerlo?*

—*No exactamente* —responde Lorena. *Él era mucho más ordenado que yo. Un día decidió seguirnos y nunca dejó de hacerlo.*

Lorena vuelve a la ventana y abre una de las persianas.

El hombre prepara unos tragos y sirve las copas. Lorena se acerca con un cigarrillo entre los labios. Él aprieta el encendedor entre los dedos.

Se miran. Lo aspira. Él le pasa la copa. Beben. Ella fuma.

—*Con el tiempo entendí que no podría haber sido de otro modo. Simplemente sucedió.*

—*A lo mejor tu padre sabía, sospechaba algo.*

—*Mi papá no tenía idea. Fue él. Éramos tan distintos. A pesar de las costumbres o la educación, es lo que sucede. Mi hermano era bueno en todo, más inteligente en el colegio, exageradamente limpio, buen alumno y sin secretos. Aunque éramos hermanos, teníamos otra energía.*

—*¿Energía? Pero, qué dices. Por favor... Si era mucho más chico que tú. Imagínate lo raro...*

—*Pacato y nada de chico* —interrumpe. *Se hacía el mosquita muerta. Mi hermano sabía, entendía, él se daba cuenta de todo* —ella suspira.

—*Pero si era apenas un chiquillo, cualquiera en su lugar hubiera hecho lo mismo. Además, era bien católico ¿o no?*

—*Mi hermano era un estúpido* —interrumpe, enfurecida por un instante pierde toda sobriedad.

La tensión irá en aumento. El ambiente asfixia.

—*No te pongas así* —le dice otra vez intentando montarse sobre ella, pero Lorena forcejea con sus brazos y su furia es evidente.

—*Pronto supe que mis deseos diferían demasiado de los de otros chicos. Dice. Me acostumbré a ciertas licencias. Imaginaba a mi padre con sus manos enormes. Lo imaginaba tocando mi cuerpo. Yo sabía. Me ofuscaba. Sabía como él. Sentía, me pasaban cosas, igual que a él. Desde chica tuve curiosidad por todo. Amaba inmiscuirme en los asuntos de los grandes. Espiarlos tras las puertas. Imaginaba el prohibido mundo de los adultos y de cuerpos humedecidos de placer, desnudos, entrelazándose. Era fantasiosa, lo reconozco. A veces despertaba con pesadillas al sentir golpes punzantes sobre mi piel. Imaginaba castigos sobre mis pechos, mis piernas. Yo, estaba completamente fuera de control. Hasta el olor, todo era objeto de una exhaustiva lucha adentro y mi padre se daba cuenta y por lo mismo se alejaba más de mí.*

—¿Y cómo te lo hacía?—susurra, besándola muy cerca del cuello él empieza a refregar sus labios contra la piel.

¿Así?—gime, con el cuerpo otra vez tomado por ese deseo, a punto de explotar. Él ya no puede con todas esas imágenes. Su piel se quema entre brazos. Con suavidad muerde pellizca sus brazos.

—No sé por qué te cuento todo esto—ella dice, volviendo a levantarse del sofá, pero él la trae de vuelta mordiendo, lamiendo sus labios, la boca. Ella asoma la lengua, sus labios se abren. Entra en su boca. Apasionados se besan, mientras el hombre punza, aferrado ahora al nacimiento de sus pechos.

—El viejo tenía las manos enormes—dice. *Por momentos, lo sentía temblar, como arrepentido de lo que hacíamos. En ese tiempo no tenía idea, era tan chica que ni me acuerdo. Con los años, su imagen aparecía en forma recurrente, yo creo que él estaba francamente aterrado por lo que hacíamos, pero imagino que no podía evitarlo.*

—¿Y cómo te tocaba? Muéstrame—le dice, cada vez más impaciente. *Quiero saber*—insiste, extasiado de ella, del cuerpo de ella y de cómo le provoca esas emociones intensas y tan desconocidas.

—¡Para! Lorena muerde sus labios, pero él la obliga aferrado contra su espalda y desabrocha los tirantes del vestido una vez más dejando sus pechos descubiertos.

—Seguro que el viejo parecía un ángel—gime frotándose contra su piel, enrollándose contra la tela del vestido cada vez más fuera de su sitio. Lorena lo deja hacer. Se tocan. Su cuerpo se refriega contra ella, de manera torpe suda y gime. Ella, apenas se queja.

—Maldito ¿Cómo pudiste?... Que viejo más asqueroso.

Subiendo lento, hurgando bajo su falda oprime sus manos con suavidad una leve presión. Lorena siente una corriente en el estómago, sigue subiendo, va y viene, jalando su pelo la empuja y ella empieza a moverse, él la arrastra, ella jadea.

—Me excitaban sus manos. Su temperatura. La forma cómo me tocaba. No eran suaves sus manos sino ásperas, descuidadas, enormes.

Pero algo había en cómo me tocaba, sentía sus manos tan frágiles, tan bellamente dulces, que me excitaba y me conmovía.

Sumergido él juega. Moja con la lengua. Ella gime. Se queja.

Jamás me sentí en peligro, todo lo contrario. Las primeras veces, cuando nos quedábamos solos, cuando no estaban los grandes en la casa, permanecía horas al lado del viejo, pegada a él, entonces, me insinuaba a propósito, era nuestro vínculo. Algo recuerdo de esa cara de miedo, su angustia. Me sentaba con un vestido muy corto sobre sus piernas y cuando empezaba a tocarme, lo sentía temblar.

—¡Para! No sigas—dice él, más excitado.

Ella se toma su tiempo. Juega. Está acostumbrada. Primero recorre sus piernas. La cubre de besos.

—¡Piénsalo! Eras solo una niña—gime él.

—¿Una niña? Crees que las sensaciones y el placer son exclusivos de los adultos—desafiante se vuelve hacia él provocativo, bajando el cierre del pantalón, deslizando las manos hasta frotarse contra su virilidad.

—Eres insoportable—exclama, tirándose de espaldas.

Agitada. Lorena desliza sus manos y suavemente sigue acariciándolo.

—¡No pares, por favor! Sigue—él dice— ¡Cuéntame más, lo quiero todo! Quiero saber más.

Lorena lo interrumpe con un beso y se monta sobre él. Empieza a quitarse el vestido y sus abultados pechos se asoman por el sostén.

—Él se me acercaba torpe, lento, muy lento y mientras lo hacía, sus ojos iban empañándose—ella dice mientras sigue moviéndose lentamente. *El viejo estaba completamente entregado y a mis pies. Parecía que se había contenido toda una vida y eso me encendía, teníamos un secreto, él y yo, y eso me excitaba. El miedo. El olor a miedo. Por las noches pensaba en el viejo y me tocaba. Mojaba mis dedos y me tocaba.*

El hombre, cada vez más encendido la busca, cada vez más encendido, se le monta y avanza entre sus piernas. Su miembro erecto acaricia el vientre, bajando hasta frotar contra el pubis.

Recostada bajo su cuerpo agitado se frota contra el pubis. Recostada sobre su cuerpo agitado, él husmea en sus calzones.

—¿Y pasó de todo?—susurra excitado mientras trata de encajarse en el sexo húmedo.

—*Aún a riesgo de su brutalidad*—responde sin dejar de moverse.

Despacio vuelve a montarse sobre él, invitándolo a jugar. Atrapado entre sus piernas, gime, ella se mueve.

—*Apropiada iniciación para una infancia tan precoz*—murmura, mientras su sexo se acercan.

—*Me pregunté una y otra vez por qué me fascinaba tanto el viejo. Todas sus atenciones y caricias, todos sus gestos eran para mí.*

—*El muy maldito se excitaba contigo porque era un depravado*— replica él mientras se mueve con más violencia, ella aprieta los labios mientras su vulva va creciendo y produciéndole un placer extenuante.

—*No me parecía un depravado, más bien alguien dispuesto, siempre ahí.*

—*Un viejo sucio y perverso. Nada más.*

—*Tú no entiendes nada*—protesta Lorena y se aparta.

Chupa, besa, gime, y refregándose contra ella se aferra a su espalda. La voltea y la obliga. Ella se arquea, luego se encoge cuando él desliza la lengua que hurga mojando el calzón.

Él se arrodilla. Ella, dejándose avanzar, lo ayuda mientras él sigue empujando.

—*¡Para! ¡Cuidado!*—dice— *¡Más despacio!*

—*Sus dedos se deslizaban suaves. Es lo que el viejo hacía.*

Lorena le enseña, lo conduce, apenas se mueve.

Voltean. Él se aferra. La abraza. Se aprieta contra sus pechos, chupa, muerde, la moja.

Lentamente le acaricia los hombros, la espalda. Se mueve, ambos se mueven. Muy cerca del ombligo, los besos, la pronunciada temperatura de sus labios. Lorena lo ayuda siguiendo el recorrido de sus manos.

—¿Así? . . . ¿Así es cómo te gusta?—él pregunta, deslizando los dedos por la tibia hendidura.

Por momentos, él se acelera y se refriega. Se monta. Suaves embestidas. Se aparta. Oprime. Se contiene.

—*Él me tocaba con sus manos y yo ardía de sensaciones inexplicables*— le dice, mientras lo conduce con precisión. *Sentía como mi sexo crecía dilatándose por completo.*

—*No puedo más*—grita. *Si eras apenas una niñita. Pequeña malcriada.*

Con saña, golpea y empuja contra las nalgas de ella.

—*Nunca vi algo tan violento*—dice y embiste contra su cuerpo, contra su carne. Se estremece, lo acaricia y se aparte. Se aprieta, arriba, abajo. Él goza.

Lorena se estremece, lo acaricia y lo aparta.

—*El viejo no era violento. Metía las manos entre mis calzones y apenas jalaba, yo empezaba a moverme. Acababa de cumplir siete años. ¡Aaah ese placer! . . . Mi cara ardiendo mientras seguía frotándome con sus manos ásperas, poderosas y perfectas.*

—*¡Para! ¡No!*—ordena agitado.

Mojados sus dedos se deslizan. Entran, salen por la tibia hendidura.

—*Quietecita, me susurraba el viejo, casi sin decir. Sus manos secas me quemaban por dentro. Muy pronto aprendí a disfrutar el contacto con su endurecida virilidad. Mojada, entera mojada, sentía que todo iba expandiéndose. Me quemaba por dentro. El viejo ejercía un poder enorme sobre mí. Y yo deseaba, día y noche, que nos quedáramos solos. Quería que me lo hiciera, que no se detuviera y siguiera haciéndomelo todo el tiempo.*

—¿Y hasta dónde se atrevió el viejo? ¡No, cállate, no me digas, te juro que no puedo, me tienes loco, no más, ven, acércate.

—Nunca tuvimos sexo directamente, si a eso te refieres. No era sexo lo que quería, solo tocarme, solo sus manos, sus dedos el viejo nunca trató de hacer nada más. Todavía recuerdo sus facciones, su gesto conmovido, dulce. Y apenas empezaba a cerrar sus ojos ya sabía que empezaría a mover sus dedos, hundiéndolos en mí.

—¡Déjalo! ¡No quiero saber más! ¡No pares! —exclama agitado y tan a punto que casi no puede contenerse.

Ni se si acabaría porque no me acuerdo, pero hay cosas que se me quedaron grabadas. Lorena se aparta.

—¡Espera! Él vuelve a atraparla. —¿Así es como te gusta? —le dice, Empecinado recorre el sexo, frotando sus vellos, moviendo sus labios, sus dedos próximos a entrar y salir, aferrándose con insistencia.

Lorena lo detiene. —Fíjate con qué suavidad —dice, tocándose. Más despacio, dame la mano, ahora relájate, más lento, dame tus dedos, así más despacio... Así está perfecto.

—Haz lo que quieras —gime, extenuado por todas esas sensaciones que alborotan cada milímetro de su geografía.

Lorena lo conduce. Desprovisto y completamente en sus manos, se deja avanzar por la hendidura. Húmedos sus dedos, resbalan por el sexo. Atrapado de curiosidad. Sumamente excitado, empieza a exigir, acoplado a ella, lamiendo como un niño.

Ella lo atrae, lo atrapa. Las lenguas se rozan, apenas se frotan. Excitados van y vienen. Pronto se mueven violentos, momentos después, un gemido sordo de suspiros entrecortados, y ella estalla. Él la sigue después, juntos se abren al fin de algo que deshace los cuerpos y los vuelve a solar en el mundo, húmedos, libres en su porosidad.

Después de unos segundos, se separan. Relajados, se ríen, abrazados en silencio hasta que decidida a continuar la historia Lorena se concentra en el relato.

—Mi padre trabajaba hasta tarde, mi mamá nunca se dio cuenta de nada. Parece una frase conocida. El hombre siempre estaba en la casa. Yo pensaba en la furia de mi padre si llegaba a enterarse. Pero después me olvidaba de todo. El viejo siempre estaba haciendo algo, un día arreglando un mueble, otro, regando el jardín. Mi hermano empezó a seguirme todo el tiempo, hurgando en mis desórdenes, poniendo en peligro cualquier atisbo mío de incorrección. Estaba empecinado en husmearme. Me sentía acorralada en todo lo que hacía. Invasión por esa manía de vigilarme día y noche hasta que una tarde se topó al viejo con ganas y como siempre andaba merodeando, él quiso intentarlo con él. Si andaba tan pendiente sería por algo, pensaría el viejo. Por supuesto que a la menor insinuación, mi hermano llorando corrió a contárselo a mi padre.

—Mi padre lo golpeó tanto que casi lo mata. Nunca más supe de él. Nunca más se habló una palabra al respecto. Seguro que, a estas alturas, está muerto. Ese día del desastre odié a mi hermano. Había cuidado cada detalle durante todo el tiempo que duró lo nuestro. Protegí con silencio y cautela nuestro secreto. Y hablando en serio, la pasaba bien y me encantaba estar con el viejo y si hubiese sido por mí, todo hubiera seguido de la misma forma y jamás nadie se habría enterado. En ese tiempo exactamente empecé a odiar a mi hermano.

*B*enjamín

*A los seis, su imaginación se había desatado
y todo por culpa de una extraña que llegó para perturbarlo,
es lo que Benjamín recuerda*

Nunca conocí a mi padre. Vivíamos mi mamá y yo en una casa heredada de la abuela. Fueron tiempos felices. Solos, ella y yo, muy acostumbrados hasta que apareció ese hombre, un intruso, y que más encima tenía una hija.

Aún me acuerdo del día que llegaron a la casa.

Mi mamá se veía tan feliz. Casi eufórica entró con ellos a la casa y me abrazó muy fuerte.

–Benjamín, tengo tan buenas noticias. A partir de hoy, tendremos una nueva familia.

Y ahí estaba el hombre con una chiquilla tomada de la mano.

De golpe, él acercó una mano enorme y como si estuviera frente a un adulto, estrechó la mía. Riendo me levantó en sus brazos.

–Ella es Carolina –dijo. Es hija mía. Salúdala. Anda, no seas tímido, si ella no muerde. Entonces mi mamá, que se notaba nerviosa frente a mi actitud, me dio un pequeñísimo aventón para que me acercara. Es un poco tímido, agregó después.

–Estoy seguro que serán buenos amigos –dijo el hombre.

Yo tímidamente sonreí, qué más podía hacer si era mucho más grande que yo. En ese minuto los odié a ambos, porque además la chiquilla que era flaca y muy alta, me miró con desprecio.

Esa misma noche tuvimos una cena especial. Celebramos y hasta hubo alboroto. Luego entendí que el tipo era simpático y hasta divertido, solo que se le pasaban un poco las copas.

Pronto vino la mudanza. El terrible desorden. Los montones de cajas. Muebles y cosas por todas partes y de un día para otro, todo en mi vida había cambiado.

Éramos cuatro en la familia.

La casa era de dos pisos, por lo que los niños dormiríamos abajo y los grandes arriba. Yo era tan chico que no entendía mucho, no tenía derecho a opinar, pero al menos tuve la suerte de no tener que compartir mi pieza ni mis juguetes con esa chiquilla porque habría sido el colmo.

Carolina tenía once y yo seis. Apenas la vi supe que nuestra relación no sería fácil y que tampoco lo sería acostumbrarse a la chica, y ese sí era un problema de fondo. Una extraña con la que tendría que aprender, sí o sí, a compartir mi vida de ahora en adelante. Además, simpática no era. Tenía un temperamento fuerte, era mentirosa y bien mandona, y cómo tenía más años que yo, estaba claramente en desventaja.

Acostumbrado a jugar solo, empecé a tenerla encima todo el tiempo. La odiaba. Odiaba cuando me tomaba la mano y me llevaba a su pieza para que jugáramos a su antojo. Odié sus típicos juegos de niña. Ella, la mamá y yo el hijo y tenía que hacerle caso en todo o el papá. Odiaba su manía de peinar mis rulos. Me asfixiaba. Me dolía y hasta lágrimas me salían.

Los cambios fueron en aumento y eran cada vez más drásticos. Antes de que llegaran a la casa, mi mamá me acompañaba por las noches hasta quedarme dormido. Y en menos de una semana, mi mamá dejó de leerme cuentos. Después de las diez, todos a sus

piezas y mi mamá se iba con el hombre al dormitorio hasta el otro día. Después de eso, teníamos estrictamente prohibido subir al segundo piso. Había dos baños en la casa, uno arriba y el de abajo que teníamos que compartir entre la chiquilla y yo. Estaba acostumbrado a que mi mamá me bañara casi todas las noches, luego, me ayudaba a preparar la ropa y al día siguiente nos íbamos al colegio. Pero tuve adaptarme a la nueva vida, con hermana postiza y todo.

Pronto, se obsesionó con que tenía que aprender a ducharme solito y que a mi edad los hábitos eran muy importantes. Pero lo que más me molestaba era que jamás le habían importado esas cosas.

—¿Por qué no aprendes de Carolina? —me decía.

—¿Cómo ella se ducha y se viste solita? —Y le hacía cariño en la cabeza. Más encima, yo veía a la chiquilla sonreír como sacándome pica.

—Ya sé que ella es más grande —agregaba— pero tú también estás crecido y tienes que aprender.

Entonces, la chiquilla no encontró nada mejor que decirle que ahora, que estábamos entrando en primavera, si no hacía frío podía enseñarme.

—Es algo que harás por el resto de tu vida —dijo mi mamá— hijo, todas las personas cuando son adultas se duchan. No se hable más del asunto.

Muy pronto empezaron las peleas por el baño.

Todas las mañanas, se repetía lo mismo. Carolina demoraba tanto que cuando venía mi turno estábamos todos atrasados y, por su culpa, llegábamos tarde al colegio.

Mi mamá, empeñada en que su nueva familia funcionara, encontró la solución. Apenas Carolina cerrara la llave del agua, tenía que ponerse la toalla y salir del baño. Entraba yo, y ella se vestía en su pieza, así yo alcanzaría a ducharme.

Entonces, me sacaba el pijama y muerto de frío tenía que correr a la ducha para que no se quedara viéndome con su cara de pájaro.

Eso de tener que compartir el mismo piso con la chiquilla no me gustaba nada. Me la topaba a cada rato y teníamos una clara lucha por el espacio. Menos mal que él trabajaba todo el día y casi siempre llegaba tarde, así es que no lo veíamos demasiado en casa.

Al principio, Carolina abría la puerta de mi pieza de golpe y ni siquiera me pedía permiso. Aprendí a defenderme y cada vez que entraba sin golpear, yo gritaba para que mi mamá viniera a retarla.

Pasaron seis meses y seguíamos juntos. Como no había televisión en los dormitorios, cada cual tenía sus propios juegos y nos llevábamos relativamente bien.

A veces, Carolina me invitaba a jugar y nos encerrábamos en su pieza, hasta me ponía sus vestidos y jugábamos a que yo también era una niña.

Otras, llegábamos del colegio y cada uno se encerraba en su pieza. Ella, con sus muñecas, preocupada de la ropa, los peinados y sus cosas de niñas y yo inventaba mis propios juegos sin molestar a nadie. Cuando mi mamá tenía que salir, nos venía a cuidar una empleada.

Una mañana desperté exaltado, necesitaba ir al baño con urgencia y no podía esperar a que Carolina saliera de la ducha. Abrí la puerta y me metí desesperado y cuando justo estaba frente a la taza del baño, ella abrió la cortina. Nos miramos sin decir ni una palabra. Era la primera vez que la veía sin nada de ropa. Ella, sonriendo bajó la vista, depositándola sobre mi sexo con extrañeza. Casi muero de vergüenza, el sexo se había puesto completamente duro.

Por la tarde, Carolina andaba tan simpática que hasta me regaló unas láminas de su álbum. Tenía una destreza increíble con las manos y cuando jugaba a los monitos, casi siempre se ganaba las láminas del curso.

Al otro día, mi mamá se preparaba para ir de compras, pero la empleada no llegó. Como él estaba trabajando, por esta vez, nos quedaríamos solos.

–Se portan bien –dijo, y cerró la puerta de un golpe. Como era sábado no teníamos el apuro del colegio.

Cuando mi mamá se fue, yo estaba concentrado en un nuevo invento y, después de un rato, Carolina golpeó mi puerta.

–Te tengo preparada una sorpresa –dijo en tono misterioso. Cierra los ojos.

Impaciente, obedecí. Ella tomó mi mano y caminamos hasta cruzar una puerta. Cuando volví a abrirlos, estaba frente a la tina del baño llena de agua caliente. Había espuma por todas partes.

–¿Te gusta? –preguntó. Ahora te voy a bañar.

Yo no sabía qué hacer, y me puse a reír. Ella me tapó la boca.

–Esto es en serio –replicó y se quedó mirándome, y yo a ella. Luego empezó a sacarme la parte de arriba del pijama, con sus helados dedos dibujó la forma de mis costillas. Yo estaba temblando. Me sacó la parte de abajo, y quedé completamente desnudo, entonces me metí adentro de la tina y me senté muy rápido. Estaba tan avergonzado.

El agua estaba caliente. Me acosté de espaldas, la sensación era exquisita, de pronto, mi sexo empezó a flotar y era lo único que sobresalía a poco de llegar a la superficie. De pronto, noté cómo me estaba mirando y sentí cosquillas en el estómago. Mi pene fue poniéndose completamente duro. Carolina empezó a reír, quise levantarme, pero ella me tomó de la cintura y me jaló con fuerza para impedirlo. Enseguida, empezó a echarme agua encima de la guata, después más abajo. Dijo que me jabonaría muy bien para que quedara bonito y que mi mamá ni me iba a reconocer después.

Con la esponja repleta de espuma fue jabonándome, primero el cuello, luego la espalda, los brazos, hasta que rozó levemente mi sexo y entonces, volvió a suceder.

Carolina me miró sorprendida y me preguntó si podía tocar. Dijo que nunca antes había visto el sexo de un chico y que quería saber cómo se sentía. Mis orejas estaban ardiendo. Me sentía enfermo, afiebrado. Con su dedo índice, tocó mi sexo, este se movió. Asustada apartó las manos y volví a hundirme en el agua. Nerviosos empezamos a reír. Me tiró agua en la cara y yo hice lo mismo arrojándole agua en el pijama. Empezamos a jugar con la espuma. Yo seguía adentro de la tina, y ella estaba toda mojada. Carolina sacó el tapón. A medida que el agua bajaba fui quedándome otra vez desnudo. Se sacó el vestido y se metió en la tina. Sin preguntar nada y esta vez sin temor, empezó a tocarme y de pronto se subió encima mío. Empezó a tocarse abajo hasta que sentí algo mojado. Inmediatamente después, vino un calor muy intenso. Asustado, me moví y ella se levantó. Me salí de la tina de inmediato y me tapé con la toalla.

Al poco tiempo, la relación con mi mamá cambió y empecé a sentirla lejos de mí, pero a ella parecía no importarle, realmente se había enamorado del tipo.

Otro día volvimos a quedarnos solos. Mi mamá tenía que ir a ver a la abuela y le pidió a la chiquilla que me ayudara a poner orden de la pieza en mi dormitorio.

Apenas mi mamá salió, Carolina se quedó viéndome muerta de la risa. Yo cerré la puerta con pestillo.

Ella se puso frente a mí y se levantó el vestido.

—Tócame —dijo.

Yo sin saber mucho qué hacer, puse torpemente mi mano bajo su ombligo. Ella tomó mi mano y la deslizó hacia abajo. Allí pude tocarla. Tocar su sexo. Nos acostamos en la cama y ella se subió arriba, otra vez sentí ese calor, después mi sexo entraba en ella.

Un año. Habíamos cumplido un año juntos y cada día nos llevábamos mejor. Éramos una verdadera familia. Eso fue lo que dijo mi mamá, y el hombre entusiasmado, sacó unas botellas de

vino. Día de celebrar. Preparamos entre todos una cena, pusimos velas y música. Ellos bailaron mientras nosotros nos reíamos y todos estábamos felices. Durante la cena, ellos se tomaron varias copas y hasta nos dieron de probar un poco de vino a cada uno. Un premio por lo bien que nos estábamos portando. Dijeron. Algo ebrios subieron las escaleras y dando un portazo desaparecieron.

Yo me metí a la pieza y me saqué toda la ropa. Carolina me siguió y se metió adentro de mi cama. Sentía mis latidos agitados, estábamos desnudos. Esa noche nos abrazamos y hasta nos dimos besos en la boca. Nunca nos habíamos tocado así, mi sexo se apegaba al de ella, rozándonos, hasta que estuvimos muy juntos. Esta vez yo me subí arriba y empecé a moverme y ella también, hasta que sin decir nada, ambos estábamos moviéndonos cada vez más agitados. De pronto, sentí como una explosión adentro.

Con el tiempo, nuestros encuentros se hicieron frecuentes, y hasta puede que mi mamá haya sospechado, pero nunca dijo nada. Con un dejo de satisfacción, comentaba a las visitas que nuestra relación era tan natural que parecíamos de la misma sangre. Yo miraba a Carolina y sonreíamos con complicidad mientras recordaba nuestros juegos, cuando ella se subía sobre mí, y dibujaba sobre mi pecho con sus manos, con sus dedos, mientras yo me movía, entraba en ella, y finalizábamos el rito untándonos enteros.

A las pocas semanas, Carolina y su padre se fueron y ya no la vi más. Nunca pude olvidar el olor de su cuerpo. Tenía un aroma ácido y dulce que aún llevo dentro de mí.

Dicen que se fue con su padre a otra ciudad.

Fin de la historia.

Adriana

*Sus padres se iban, viajaban siempre,
y ellas se quedaban al cuidado de las nanas*

Al cumplir los doce años, mi hermana y yo nos fuimos a vivir a un departamento. Mi hermana era cuatro años mayor.

El cambio se debía a que mis padres se ausentarían por un viaje y tendríamos que aprender a arreglárnoslas por el tiempo que ellos tardaran, mínimo un par de meses.

Según la opinión de nuestros padres, éramos demasiado jóvenes para vivir solas, así es que decidieron contratar a una empleada que se ocuparía de nosotras, y que además haría las labores domésticas.

Mis padres vivían en un mundo tan personal que cualquier otro ser vivo les significaba una molestia, es por lo que todo el tiempo preparaban nuevos e inesperados viajes, manteniendo la ensimismada y loca forma que tenían de quererse.

Entonces empezaron los problemas. ¿Quién sería la compañía apropiada para las púberes? Ni pensar en una mujer joven y levemente atractiva, seguramente al día siguiente de partir ellos, tendría a un tipo instalado en la casa, merodeando cerca de las dulces e inocentes niñas.

Durante un par de semanas, nos dedicamos a especular. ¿Quién sería la elegida? Soñábamos con una muchacha joven, si bien no demasiado bonita, que sí estuviera en edad y porte para seducir a algún atractivo joven y con ello ampliar nuestros conocimientos del amor y el misterioso mundo de los hombres.

Después de varias y diversas entrevistadas, la acompañante de las adolescentes resultó ser una mujer ancha, de baja estatura y gruesos anteojos, instalados sobre una puntiaguda nariz.

Ciertamente, una mujer de aspecto bastante tosco y que no nos pareció nada simpática. Es decir, nos cargó desde el principio. Pero cuando mi padre tomaba una decisión, nada podía sacarlo de ahí y mi madre, con tal de evitarse problemas, simplemente acataba sus órdenes, con una suerte de perspicacia adquirida con el tiempo.

Entonces, no había nada peor que rezongar, puesto que sabíamos mi hermana y yo, que aunque hiciéramos un tremendo escándalo ésa y no otra sería, en definitiva, la mujer que nos acompañaría durante la ausencia de nuestros padres, y sabíamos también que todo en ellos era una farsa y que lo único que buscaban era deshacerse de nosotras.

La primera semana, la mujer fue en extremo reservada, hacía las labores domésticas en silencio y a menos que una de nosotras le hablara, no decía ni una sola palabra.

No hacía ruido, por lo que aparte de mi hermana y yo, parecía no haber nadie más en el departamento.

No se veía a gusto ni a disgusto y la casa estaba limpia y ordenada.

A medida que pasaban los días y presa de un impulso desconocido, empecé a acosarla. Sin darme cuenta, aquella imperiosa necesidad fue instalándose en mí cada vez con más fuerza.

Un día, la mujer estaba trabajando en sus labores, quise sorprenderla, me acerqué haciendo todo para que no advirtiera que

estaba allí, iba a abrazarla por la espalda y de pronto sentí un aroma indefinido. Jabón, perfume, shampoo, se mezclaban con la transpiración y el detergente. Un olor de mujer que emanaba de su cuerpo, de su pelo, y presa de una atracción fulminante, la tomé con urgencia por la espalda dejando en evidencia la impulsividad con que me desbarataba. La mujer reaccionó con una inesperada mueca y se acercó todavía más, a ella le estaban pasando cosas conmigo.

Empecé a hacerlo a menudo. En silencio, aparecía de la nada y la sorprendía firmemente por la espalda, a veces impulsiva y algo brusca, otras, me aferraba a su cintura con suavidad mientras ella se quedaba inmóvil. Entonces, mis manos se deslizaban muy cerca de los pechos. Incómoda, ella arrugaba un poco la nariz y rezongaba luego, me decía que si seguía con esas cosas se iría de la casa.

Pero en el fondo, yo sabía que le gustaba, sus mejillas ardían y sus ojos se ponían muy brillantes.

Algunas veces intenté levantarla entre mis brazos y casi lo logro. Mis atrevidas actitudes de confianza dieron espacio a nuestras primeras conversaciones y con ellas, la atracción con que me cautivaba aquella mujer misteriosa creció.

Una rotunda y evidente fealdad la hacían más interesante. Autónoma. Solitaria. Tímida.

Podía, a la vez, hacerme parte de ese sentimiento. Ella era vulnerable, una mujer que había aprendido a soportar dignamente el rechazo de los otros a su nada ventajosa figura, y no es que yo me sintiera fea o menos atractiva que las otras chicas de mi edad. Me sentía atraída por la misteriosa forma con que la mujer se paraba en el mundo, lejos de los típicos acomodados femeninos.

Yo quería ser una mujer misteriosa. Eso era lo que más deseaba, ser en el mundo alguien distinto, pero la mayor parte del tiempo me sentía todo lo contrario y mi forma de ser me resultaba insoportable.

Sentí fuertes pulsiones y erotismos irresistibles y desatados con amigas de mi misma edad. Sentí, desde muy joven, que las mujeres eran mucho más sensuales y atractivas que los hombres.

Decidí abordarla con frecuencia.

En ocasiones, la tomaba por la cintura y a pesar de sus redondas y exuberantes formas, lograba atraparla entre mis brazos. Estuvimos algunos meses en esos asuntos. Cada vez que pasaba cerca, le daba un pellizco, un beso robado o un agarrón donde cayera.

Mi hermana mayor se hacía la loca. No veía más allá de su nariz y todo entre nosotras parecía sumamente fácil.

Empecé a estar cada vez más cerca. Por las noches, fumábamos en el balcón y conversábamos mucho.

Ella me regalaba cigarrillos y como yo “ya era una mujercita”, por supuesto que podía fumar delante de ella. La mujer hacía unas argollas enormes con el humo del cigarrillo. Nos reíamos de cualquier cosa.

Después, con cualquier pretexto, me quedaba con ella hasta tarde en su dormitorio y nos tirábamos sobre su cama fumando y conversando.

Una noche, presa de un fuerte impulso, besé sus labios. Ella corrió la cara y, escondida bajo sus enormes anteojos, me desafió indignada. Eso sí que era una falta de respeto y había pasado todo límite. Estaba furiosa. Dijo que si lo volvía a hacer, dejaría el trabajo de inmediato.

No sabía si creerle. Pero me alejé por unos días.

Un día me la topé de frente, me quedé mirándola, entonces sonrió. La abracé con propiedad y la mujer volvió a temblar. Mentía. Yo sabía que estaba mintiendo. Quería que la buscara, que la besara, que me acercara más.

Con el tiempo, descubrí que cuando nos relajábamos era hasta extrovertida y, poco a poco, sus mejillas se iban poniendo ardorosas.

Todo en ella se volvió cautivante.

Finalmente, en menos de un mes de largas y acaloradas conversaciones, la mujer empezó a soltarse, nos hicimos amigas, ella se veía distinta.

Un día me preguntó qué música me gustaba y ahí estaba ella, de vuelta un domingo con un long-play de regalo. Era su primer sueldo y uno de mis discos favoritos.

Mi felicidad era total, qué más podía querer en la vida, había encontrado a alguien que me mimara con cigarrillos, conversaciones y además, regalos.

Al abrir el paquete y ver el disco, la besé con fuerza. Esta vez ni se movió. La mujer fue abriéndose para mí y yo estaba segura de que nunca antes lo había hecho con nadie.

Un noche, mi hermana se fue a una fiesta y era un hecho que llegaría tarde.

Nos quedamos totalmente solas y me dijo que fuéramos a su habitación. La mujer estaba nerviosa, intranquila, tenía las mejillas muy coloradas y arrugaba, de tanto en tanto, un poco la nariz.

Una vez que estuvimos dentro de su pieza, me dijo que me acostara sobre su cama. Se quedó mirándome un rato. Hablamos. Nos reímos.

Encendió un cigarrillo y empezó a hacer sus argollas, tirándome el humo sobre la boca.

Apagó la luz y encendió la pequeña lámpara que estaba sobre el velador.

Se acercó y besó mis labios.

Lentamente, empezó a sacarme la ropa.

Primero la polera. Se quedó viéndome como un pájaro extraviado. Mis pechos estaban crecidos pero pequeños, ella los frotó suavemente, sus manos estaban muy frías, sentía la piel ardiendo, empezó a recorrerlos con los labios.

Sin el menor esfuerzo ni pudor, fue sacándome la ropa hasta que me quedé totalmente desnuda.

Deslizó sus manos hacia abajo y empezó a tocarme, yo me sentía empapada. Ella se levantó y sacándose los anteojos mostró sus pechos, deliciosos y grandes.

Hasta podía tocarlos. No lo podía creer. De hecho, me lo estaba pidiendo.

Mi hermana empezó a sospechar. Con frecuencia aparecía en la habitación de mi nana y empezamos a tener problemas. Teníamos que hacer esfuerzos para vernos y las cosas fueron complicándose. Pero eso lo hacía todo aún más excitante. Tuvimos que esperar un buen tiempo hasta que mi hermana tuviera otra de sus fiestas.

Por fin, mi hermana volvería a llegar tarde.

Esa noche aprendí algo más.

Como las veces anteriores, fumamos mucho.

A veces nos reíamos, y otras nos besábamos.

Pronto, me desvistió lento, hasta que mis pechos quedaron descubiertos. Se acercó y empezó a besarlos con ternura. Me quedé inmóvil, sintiendo cosas exquisitas.

Desabrochó mis pantalones.

Estaba nerviosa. Tenía miedo. Confesó que nunca había tenido una experiencia así.

Empezó a bajarme el cierre del pantalón.

Ágil fue deslizándose por mis piernas, dejándome desnuda. Se arrodilló frente a mi sexo y acercó una de sus manos buscando, sin parar de besar y chupar, siguió haciéndolo.

Sentí que me desmayaba.

Ella siguió frotando sus manos, sus labios sobre mí, dándome un placer increíble. Nos besamos intensamente. Hasta que no pude más y estallé en escalofríos.

Se quedó mirándome un momento y luego se tiró de espaldas.

Esta vez era mi turno. Casi no sabía cómo, con ese cuerpo enorme y deliciosa, cómo desvestir ni tocar y lo que menos quería era decepcionarla.

Desabroché su delantal. Llevaba puesta una de esas enaguas de los tiempos de las abuelas. Era de nylon suave, con pequeños encajes a la altura de los pechos.

Bajé los tirantes hasta que sus hombros quedaron descubiertos. Su piel estaba suave y muy fría, sumamente blanca, casi sin textura. Sus pezones, dos aureolas pálidas, brillaban encendidas.

Acerqué los labios y pude sentir sus pechos hinchados, tibios. Los besé. Ella empezó a moverse. Empecé a chuparlos. La mujer apretó mi cabeza contra su cuerpo. No quería que me detuviera. Sin parar de moverse, me exigía. Yo seguí haciéndolo hasta que su garganta gruñó locamente, como si estuviese bajo una especie de embrujo.

APUNTES PARA UNA INVESTIGACIÓN

Siglo XVII / Aún a comienzos, era moneda corriente, se dice, cierta franqueza. Las palabras se decían sin excesiva reticencia y las cosas sin demasiado disfraz; las prácticas no buscaban el secreto; se tenía una tolerante familiaridad con lo ilícito. Los códigos de lo grosero, de lo obsceno y de lo indecente, si se los compara con los del siglo XIX, eran muy laxos. Gestos directos, discursos sin vergüenza, transgresiones visibles, anatomías exhibidas y fácilmente entremezcladas, niños desvergonzados vagabundeando sin molestia ni escándalo entre las risas de los adultos: los cuerpos se pavoneaban.

Siglo XVIII / el vínculo sexualidad y poder –dicen– gira en torno a los demás. Es a comienzos del siglo XIX cuando la sexualidad amplía abundantes discursos hacia todos los segmentos de la sociedad burguesa. Se habló de la división de una medicina del sexo con la del cuerpo, muy pronto aparecieron acuciosas investigaciones. Las confesiones eran arrancadas implacablemente. Así los despliegues de la sexualidad se vincularon a poderosas formas de conocimiento que establecía vínculos entre el individuo, el grupo, la norma, la autoridad y los demás. Una sexualidad de placeres privados y ocultos explotó en los discursos de un sistema que demanda satisfacción. Se llegó a comprobar que existía un instinto sexual capaz de presentar anomalías constitutivas, adquirir desviaciones, debilidades de la edad, o procesos patológicos. Se elaboran nuevos símbolos sobre un código que sangra. La sexualidad es objeto de investigación y análisis científico. Se controla rigurosamente sobre los cuerpos. Es allí donde permanecen ocultas las claves sobre la salud de los individuos, las clases trabajadoras, cargadas de patológicas y peligrosas identidades. Primero, una histerización de los cuerpos, principalmente el de las mujeres, analizado y completamente saturado de sexualidad. Luego, pedagogizaciones recurrentes en la sexualidad en los infantes y algunas tácticas contra masturbatorias. Secretos hurgados explícitamente a través de la mediación entre psiquiatras, médicos y otros, a quienes se confesaban los pensamientos privados y las prácticas menos dichas, y con ello, de la mente de cada cual, era posible obtener una incipiente, pero eficaz formalidad. Hablarse y entenderse, supongo. Lo que no estaba, al parecer en discusión, es que siendo niños, sin excepción, poseíamos una sexualidad natural y a la vez extremadamente peligrosa. Las minuciosas técnicas de control permiten una detallada vigilancia sobre el sexo de los niños. Los secretos son relegados al silencio. Secretos que por inconfesos, hacen posibles las más eficientes confesiones. El onanismo infantil debe ser tratado como epidemia.

Los tenues placeres de los infantes movilizan a los adultos, que cargando y sobrecargando, desde continuas incitaciones, fuerzan los cuerpos de los niños hacia todas las culpas. Un pensamiento vinculado a los tempranos discursos religiosos, la carne, el pecado y la moral cristiana, todos soportes eficientes para la temida sexualidad de los menores y su ambiguo potencial de sujetos individuales, contagiados de peligrosos excesos para el cuerpo. Hurgan, los adultos, en silencios ocultados. En todo aquello que pudiera inducir nuevos secretos. Hurgan por doquier. Son secretos ocultados, secretos que buscan ser descubiertos. Una tarea de eliminación destinada al fracaso, situada en ese recomenzar siempre. ¿Dónde es posible develar secretos, sino allí, justo en el lugar donde han sido confinados desde siempre? Todos los niños son culpables, todos los adultos, de no ser lo bastante suspicaces. Se sembró en ellos la sospecha, se les mantuvo despiertos ante los peligros recurrentes; se les prescribían conductas y volvían a cifrarse pedagogías; en el espacio familiar se aclararon las tomas de contacto de todo un régimen médico-sexual. El “vicio” del niño no es tanto un enemigo como un soporte; es posible designarlo como el mal que se debe suprimir; el necesario fracaso, el extremado encarnizamiento en una tarea bastante vana permiten sospechar que se le exige persistir, proliferar hasta los límites de lo visible o invisible, antes que desaparecer para siempre. A lo largo de ese apoyo, el poder avanza, multiplica sus estaciones de enlace y sus efectos, mientras que el blanco en el cual deseaba acertar se subdivide y ramifica, hundiéndose en lo real al mismo paso que el poder. Se trata, en apariencia, de un dispositivo de contención; en realidad, se han montado alrededor del niño líneas de penetración indefinida.

Siglo XIX / Se invade la sexualidad infantil y se persiguen sus “hábitos solitarios”. La prohibición de los “incestos” apunta a su objetivo sobre las borrosas y apretadas imágenes, sobre los placeres tenues. El mundo de los adultos se moviliza y sitúa una mirada específica sobre el sexo de los niños. Se instalan rigurosos dispositivos de vigilancia. Se alerta a padres y educadores. Se imponen inagotables y correctivos discursos. Se establecen trampas, se constriñe la confesión. De acuerdo a los avances de la medicina y la psiquiatría, los infantes deben ser arrancados del cielo que habita los valores tradicionales de una arraigada tradición en la cultura occidental donde la religión sentenciaba el sexo de manera exclusiva al conjunto de órganos internos y externos que permiten que una mujer pueda dar a luz y que un varón pueda fecundarla.

Segunda Carta

LA FORTALEZA, LA FAMILIA

Escribir es un bien superior. Entonces, por qué no escribir sobre los acontecimientos reales y aportar algo de objetividad a espacios donde los lugares comunes abundan y las sospechas se tejen en extremo. Nada es tan importante como la pluma para no tener que dar todo el tiempo explicaciones.

Mi querido hijo

Decían que la riqueza de la familia se sustentaba en los escasos escrúpulos del primer Salvatierra en desembarcar en este continente y que sobre esas escrituras se alzó con libertad el gran poder y sustento de nuestra autonomía.

Lo sabes, nunca he puesto atención a lo que opinen los demás sobre mi familia, menos sobre mis hijos o sobre mi persona.

Hay refinamiento en nuestra sangre. Huellas antiguas recorren nuestras venas. Nunca olvides que la nuestra es una estirpe única y que sus orígenes se remontan al viejo continente. Herederos de los que llegaron para quedarse y perpetuar su moral, nos hicimos dueños de la tierra. Desde ese momento pudimos elegir, regodearnos solo porque sí. Portadores de las grandes historias somos la prolongación del reducido clan en un continente arrasado por la barbarie.

Hemos vivido durante siglos en este singular estado de privilegios que nos hace únicos, invencibles para el resto, por lo tanto vulnerables a su odiosidad.

Podíamos replicar las formas de acumular el capital o al igual que nuestros antecesores recurrir a las fiestas privadas con invitados especiales que favorecieran los negocios o intercambios. Incluso volvernos extravagantes, casi excéntricos, intolerantes.

Éramos tres en el poderoso núcleo, hasta tu padre estaba excluido.

Nada de amigos ni de fiestas. ¡No! Las gentes eran fuente de contagio y no solo por sus hábitos. Sabes cómo detesto la falta de estilo. Siempre he estado convencida que existe más precisión en las mujeres, sobre todo al momento de normar aspectos convenientes y que nos beneficien como núcleo. Para ello, lo primero y fundamental es el total control de los bienes, sobre todo si somos dueñas de él. Ya has visto lo inútil que es tu padre. Sin embargo, eran claras y convenientes las razones por las que las leyes dictaminaban al marido como dueño de la totalidad de nuestro patrimonio en un claro desmedro de nuestras autonomías. Pero nada de eso había de preocuparnos, si las Leyes de Estado no nos beneficiaban, siempre existirían algunos resquicios del lenguaje. Qué me dices por ejemplo de “Patrimonio” no existe la palabra “Matrimonio” en una justa medida respecto de los bienes.

Pensé en el futuro. No podíamos exponernos demasiado. ¡Créeme! No necesitábamos a nadie, sin esa gente no nos perdíamos nada. Lo único que tenía claro era que nada era tan importante como nuestra casa y que dediqué mi vida a cuidar de ella.

De nuestra casa recuerdo el olor de los castaños meciendo sus ramas de más de quince metros. Se respiraba a libertad en el chasquido de los árboles que con sólidas raíces separaban las grandes extensiones de viñedos de la casona patronal. Conseguí los primeros planos y estudié las construcciones ejecutadas en los distintos períodos. La hacienda tenía más de 230 hectáreas de terreno, ubicada a treinta y cinco kilómetros de Santo Domingo. A kilómetros de la casona principal construida en los tiempos de la colonia, años antes de la independencia, un brazo de río cruzaba el predio con sus canales y acequias alimentando un sofisticado sistema de regadíos.

Anchos y estoicos muros de adobe configuraban la sólida estructura que había resistido los muchos terremotos que afectaban nuestro territorio nacional. Cuatro patios centrales con habitaciones y salones rodeados de corredores y pasillos comunicaban con otras habitaciones rodeadas de pasadizos y escondites. En el último patio, el lavadero y la pieza del planchado, completamente separados de la casa, allí donde ustedes se escondían entre las sábanas alborotados de desorden armando sus bullicios, corriendo y chapoteando recién vestidos, empapados entre guerras de agua, mojando a la lavandera que entre burbujas de espuma y escobillas chillaba bajo la conquista de tu sonrisa, desde niño no hacías otra cosa que sonreír, mi querido, siempre fuiste un exquisito.

En una segunda etapa, la construcción se amplió a otra casa un poco más pequeña pero no por eso menos cómoda y acogedora. Separada de la primera y siguiendo la misma línea arquitectónica de patios interiores, con jardines perfumados de flores, lirios, gladiolos y magnolias y naranjos y limones y otros frutales, cerca de la capilla donde tu padre se arrodillaba en actitud de plegaria en el segundo patio.

Al fondo de la casona, estaban los espacios comunes destinados al servicio doméstico. Ahí no entrábamos jamás.

Recuerdo los techos de la casa y sus tejas y canaletas y al jardinero, limpiando con esmero las hojas que caían tapando los desagües para evitar el agua en exceso en inviernos lluviosos.

Tantas veces los vi correr bajo la lluvia como si nada les importara.

Extensiones de frutales, duraznos, damascos, almendros y otros árboles y huertos con verduras siempre frescas y gallinas y huevos y gatos y perros y caballos y vacas y otros animales trepando cerros y al pie de la montaña los establos, nos proporcionaban una alimentación saludable y lo necesario para una buena vida. En la hacienda había de todo además de los bellos e indescritibles paisajes con extensas zonas agrestes que convivían con los jardines de estilo diseñados por los mejores paisajistas.

Bosques de cedros, álamos y araucarias, variedades de cipreses, arces y otras variedades de árboles nativos crecían arrastrando sus ramas so-

bre la tierra desordenadamente en el parque. Según expertos paisajistas, había que dejarlos crecer porque la poda era nefasta.

Recuerdo la enorme piscina y las piletas hechas de pequeños baldosines cerámicos resquebrajadas por el tiempo. Y los parrones y las metálicas estructuras de medio arco.

El predio, la casona colonial, su piscina, puentes colgantes, estatuas, miradores pertenecieron a la Compañía de Jesús que se había instalado allí a mediados del siglo XVI, las tierras pasaron de los jesuitas a destacados políticos, y finalmente vendida por los curas al primer Salvatierra y herencia para las sucesivas generaciones.

Cuando tu padre y yo nos casamos el regalo de tus abuelos fue construirnos esta casa. Me encargué directamente de la tercera etapa de la construcción y para ello seleccioné restauradores, arquitectos, paisajistas del más alto nivel y que estuvieron a mis servicios por años. Tiempo después de empezar la obra gruesa nació tu hermano.

Decidí elevar rejas, construir cercas, muros y paredes y proyectar algunas zonas estratégicas. Ubiqué dependencias que pudieran ser útiles en todos los jardines. Muy pronto algo brilló con luz propia y en días nublados el enorme caserío parecía diluirse en el paisaje. La arquitectura original de la propiedad fue restaurada, una forma de renunciar a lo banal, pensé, y nacer renovados y más plenos. Además, todo tipo de escondites.

Es cierto, hemos tenido que esforzarnos. Está claro que el tamaño del fundo es tan enorme que por momentos se hace inmanejable, y con ello los empleados se vuelven cada vez menos eficientes.

Vivir supervisando empleados, niñas de mano, jardineros y cocineras no fue fácil después que naciste tú. Afortunadamente tenía dos buenas niñeras que cuidaron de ustedes.

Pero de pronto hubo tal bullicio que los empleados y no paraban de pedir y pedir instrucciones y casi me volvían loca con sus quejidos. Decidí contratar un ama de llaves y reconozco que de no haber sido por

ella habría sido imposible que todo esto quedara tan hermoso. Cuando todo volvió al orden sentí total alivio y participé activamente junto al capataz y peones y albañiles supervisando las construcciones. No hay que olvidar que éstas son tierras de hombres y sí hemos tenido que luchar contra ellos, más nunca perder de vista el objetivo. Cualquiera pensaría que es de esa forma como suceden las catástrofes en las familias, cuando el tiempo les arrebató la riqueza y el poder anticipando desgracias. Sabemos que en países como el nuestro, estas gentes emergentes tienen ambiciosas pretensiones e insisten en supremacías sin fundamentos. Ahora que la riqueza se acumula entre alardes y aspavientos en manos vulgares, me empeñé en que no se mezclaran con los nuevos ricos, vulgares arribistas y adinerados. La solución fue educarlos con institutrices. Mis hijos habitarían lejos de los demás de acuerdo con la tradición.

Mientras otros desarrollan sus despiadadas estética del mal gusto con creativos negocios entre aparatosos volúmenes y bulliciosos de escándalos, muy lejos de las estéticas de las clases emergentes siempre puedo manifestar claramente una suerte de desprecio. Jamás seremos como ellos, muy lejos de la norma, nos mantendremos aislados.

Reconozco haber abusado de mis privilegios pero ¿de qué otra forma los convences? Tener la piel blanca, ser alta, delgada, y elegante, no es todo, me preocupaba de vestir bien y con eso una victoria asegurada, poder y dinero en mis manos.

El mandato al interior de mi familia era nuestra continuidad.

Tu abuelo era un hombre radicado en el epicentro de la zona de control, tú eres igual a él. Tenía la firmeza y elocuencia de un discurso republicano impecable. Poco convencional, pero no por eso menos implacable, a mi padre le encantaba hacerse notar poniendo en aprieto a más de alguien que alentara su pasión. Laico, venerable masón de la Logia O'Higginiana, brillante y altamente perturbador para su época, insistía en lo afortunados que éramos al pertenecer a esta familia. De él heredé la fuerza. Se jactaba de lo bueno que era vivir en esta época pero no creo que hubiera podido imaginar la velocidad con la que avanza todo y los cambios horribles a los que nos vemos expuestos. En fin, tú

sabes, que todo esto de las tecnologías me pone extremadamente nerviosa. Malos augurios de artimañas modernas que solo buscan someternos.

Mi padre me colmó de libros. Las apasionadas lecturas me iban alejando del mundo, incluso llegué a pensar que la vida real era bastante más interesante y cercana para mí en esos libros. Sucedió que de tanto acumular ideas me volví una extraña y los que participaban de nuestro reducido círculo empezaron a mirarme con desconfianza.

Mi madre, en cambio, era una mujer organizada, tenía todo bajo control y conforme a protocolo, distante, despectiva y muy conservadora. Ni hablar de la fe. Una mujer de clase, beata hasta la exageración, eso generó en mí una enorme resistencia. Siempre desconfié de esos lugares.

Heredé de mis padres la elegancia también el rigor y la fuerza.

Toda mi vida he sido una mujer distinta, lo que a la larga ha sido una ventaja. Me siento portadora de una buena mezcla y por ello me encargué que esta casa se convirtiera en una fortaleza diseñada especialmente para protegernos.

Depositaria de estas confidencias fui acumulando historias y cada una se volvió más tediosa que la otra. Decidida a vivir otras vidas y a punto de revelar historias de bocas ajenas, antes de sumergirme en las experiencias reales, si quería acceder de forma menos complaciente a las mentes sin prejuicio, tendría que entregarme al álter ego de mi transgresión. Aunque todo me resultara incómodo y tuviera que resistir a algunas de esas personas la mirada y escuchar de frente sus confesiones, no cómo lo hacían los curas, protegidos tras las rejas del confesionario, ni en un diván, como los cómodos psicoanalistas, tuve que mantenerme incólume y jamás dar prueba de algún malestar.

Sin descontar mi interés en algunos méritos literarios, seguí adelante con mi proyecto, completamente segura de mis convicciones.

Supe que los juegos sexuales son tan antiguos como los niños mismos pero que son muy pocos los que se atreven a revelar aquellos secretos.

¿Y qué? Los niños no son ángeles.

Si bien, el niño es un perverso polimorfo, su sexualidad no se localiza necesariamente en los genitales ni tiende necesariamente al coito. Cuando los adultos intervienen inhibiendo estos juegos, los niños desvían o deforman la expresión de esos instintos provocando una serie de mecanismos mentales (parafilias) que les permitan salvaguardar el erotismo.

Josefina Salvatierra Riquelme
En Santiago de Chile, un estallido de aromos
y sus efímeras flores anuncian la primavera

Javier

*Confirme que los niños no son ángeles ni seres asexuados,
sino pequeños cuerpos habitados por el sexo, una mente, una lengua*

¿Secretos sexuales de infancia?

Es curioso, pero solo recuerdo uno.

El de un tipo de una camioneta y un remedio llamado Tendrol.

Tengo nueve años. Son las cuatro de la tarde. Es verano.

Hace muchísimo calor. Es la hora de la siesta en el vecindario.

Muchos duermen. De aburrido, decido ir a comprar un helado.

Camino un poco.

Un Láser por favor, le digo a la señora del quiosco.

Mi helado preferido, brillante y completamente rojo. Así es que algo sentía yo, algo adelantándose, incluso antes de los nueve.

Me acuerdo que estando más o menos en segundo básico, llegan al colegio los promotores de una nueva marca de helados. Vienen con uniformes y todo. Hacen un enorme alboroto. Qué felicidad. Nos regalan helados, uno para cada niño de la clase. Los saborizantes artificiales dulcifican mi paladar inexperto, a la vez, el helado imita la forma de un pene. De regreso a casa, voy feliz con mi helado en la mano y de pronto, me topo con una camioneta, igualita a la del tío Jessy de los “Dukes de Hazzard”.

De la ventana de la Chevrolet Apache año '59, el hombre me pregunta dónde está la farmacia más cercana. Le doy algunas indicaciones, pero el conductor no parece satisfecho.

—¿Puedes acompañarme? —pregunta.

Un golpe de adrenalina recorre mi cuerpo. Me acuerdo de inmediato de las advertencias de mis padres.

—Nunca hables con desconocidos —me dicen— es muy peligroso.

Giro la cabeza en un claro ademán de negativa. Entonces, él se asoma. Puedo verlo. Es un tipo de aspecto vigoroso, pero con una voz muy suave. Casi tan suave como mi helado.

—Soy del sur. No me ubico en Santiago —dice.

Luego sonrío.

—¿No te gustaría ser mi copiloto?

Lo veo mover sus brazos velludos y de puro ingenuo, o no sé si tanto, sin pensar en el peligro, impulsivamente acepto y me encaramo en la enorme camioneta.

El hombre vuelve a sonreír. Yo devoro mi helado. Realmente hace mucho calor. Parece un buen tipo. Pienso en el cariño de la gente del sur, tan distinta a nosotros los santiaguinos. Está vestido con short y polera. La camioneta avanza. Lo miro de reojo. Siento que mis mejillas están ardiendo. Él pasa los cambios a la altura del volante, puedo ver que sus brazos están desnudos, son fuertes. Me mira. Sonríe. Luego, me pide que le indique el camino a la farmacia.

Llegamos. El tipo detiene la camioneta y me pasa un billete de cien pesos, de esos que tenían el dibujo de Arturo Prat. Me pide que le compre una pomada. Se llama Tendrol. Repite su nombre. Obedezco y me bajo de la camioneta.

Asustado, camino hacia la farmacia. Hago un esfuerzo y pido el remedio.

—Tendrol —digo. —¿Tiene usted Tendrol?

La vendedora me mira con desconfianza. Dejo el billete sobre la mesa.

—Son ciento noventa pesos —dice. No te alcanza.

Muero de vergüenza. Lo único que quiero es salir corriendo. Me siento culpable. Todo es incómodo, la situación, comprar, todo, vuelvo y le cuento, pero a él parece no importarle. Finalmente nos alejamos del lugar con las manos vacías, rumbo a lo desconocido. Pronto, me topo con la imagen de un niño, soy yo reflejado en el espejo de la camioneta, con los labios pintarrajeados y un gesto de inocente coquetería.

El hombre relata la historia de su dolor y apunta la zona afectada, muy cerca de la ingle. Dice que necesita tocarme justo allí.

—Es ahí —dice. Y vuelve a señalar, esta vez, más abajo.

—Ahí —insiste, pasando su mano muy cerca de mi entrepierna.

Yo estoy vestido con un short rojo, medio gastado en la cintura. Tal como está, es mi favorito. Con habilidad, él desata los nudos, y a pesar de las firmes amarras de mi madre, su mano se cuele directo sobre la piel. Lento, recorre mi intimidad. Después los papeles se intercambian. El tipo lleva mi mano a su pubis.

—¿Y ustedes, no hacen estas cosas en Santiago? —pregunta.

Me doy cuenta de sus intenciones. La camioneta avanza. El calor es insoportable y a la vez exquisito. Es casi como estar en un sauna. Miedo, placer, excitación, todo mezclándose, también intensas ganas de que no se detenga. En cosa de minutos, frena de golpe a punto de chocar con otro auto y la situación se transforma con violencia. Mi vida cambia.

En ese momento, entiendo que eso se repetirá en el tiempo, será así, cada vez toda la vida.

El tipo casi pierde el control del vehículo. Frena, las huellas del viejo Ford se estampan sobre el pavimento. Es casi como estar viviendo los "Dukes de Hazzard" en vivo y en directo. En medio de

la polvareda y un gran alboroto, me bajo y corro tan rápido como puedo. Menos mal que no estaba tan lejos de casa.

Sin duda, el hecho fue un elemento externo tan potente que cambió la adrenalina del momento para mi suerte o para mi desgracia. De no ser por el posible choque, seguro que el tipo me habría abusado. Puede haber sido mi salvación porque finalmente solo alcanzó a tocarme un poco y no pasó a mayores.

Es todo lo que recuerdo. No emitiré más detalles. No recuerdo haber tenido alguna erección ni nada, pero rescato de la experiencia, la atracción y el rechazo, como dos fuerzas que funcionaban a la vez. Al llegar a casa me siento sucio. Asqueado por la culpa. Asqueado y envuelto en una atracción ambigua. Con el tiempo, mis pulsiones empiezan a manifestarse en sueños.

Soñé con ese hombre muchas veces, pero aquellos sueños infantiles serían de cualquier modo irrealizables. Cuanto más tiempo pasaba, más certeza tenía de que jamás volvería a experimentar la intensidad de ese niño frente a lo desconocido. Diría que, durante toda mi infancia y también parte de la adolescencia pienso y sueño con él, y en cómo me habría gustado seguir experimentando. Lavo mis manos, una y otra vez, a hurtadillas, sin que nadie me vea. Eso recuerdo. Las culpas no me dejan en paz. Lavo mis manos muchas veces buscando una forma de penitencia que calme mi sensación de disgusto y de malestar. Tuve suerte. Después de todo, el tipo no fue violento. No podría hablar de una experiencia traumática, pero igual se anticipó a algo que tenía que ver con mi percepción del deseo. Hoy pienso que, para mi madre, sería duro enterarse y saber que su papel en esta historia se remite a amarrar muy firmes los pantalones, para evitar que se me cayeran o que quedara al descubierto algún lugar indebido. Jamás me atreví a hablar de aquello y lo que más me duele del episodio es la falta de confianza, en especial con mi madre. Crecí

atrapado entre la educación pacata de mis padres y un odioso colegio católico. Pero lo que más me impresiona es la obsesión de lavarme las manos, y al mismo tiempo, de desear que hubiese pasado mucho más. Me siento atraído por el tipo. Busco placer en esa proximidad. Pero una voz irrumpe en mí con fuerza. Dice no. Eso no.

La culpa es tan intensa que atenúa mis instintos. Puedo imaginar al tipo frente a un niño inocente. Mi short rojo, haciendo juego con el helado y mis labios teñidos por los colorantes. Es más, siento que ha sido hasta liberador. Hoy puedo verme frágil, más desprovisto y entender mejor la intensidad de aquellas experiencias que, en alguna medida, definieron mi vida adulta.

Puedo revivir las culpas, la atracción, el rechazo y reconocer, en la mirada de los adultos, sus contradicciones.

Lo sucio, lo limpio, lo negro, lo blanco, el elemento externo, como suerte de salvación. Ver todo en forma más libre y clara es bueno. Finalmente, el placer en absoluto es terreno de los adultos y es por eso que no tuve problemas en revelar este secreto.

Ana

*Acerca de cómo, sofocada por recuerdos
que durante años perturbaron su vida, la mujer de la siguiente historia
desaparece en la escenificación de su propio melodrama*

Te sorprenderán mucho estas líneas, pero hoy se me ha venido a la cabeza la idea de escribirlas luego de todos estos años.

Adivino tu sensación de desnudez al leer estas confesiones, pero no he podido evitarlo. Revelar nuestro secreto y hacerlo de esta forma es lo mejor que se me ocurre para recordarte. Supongo que finalmente llegamos a ser adultas. Convertidas en mujeres, tal y como lo soñábamos.

A los nueve, las ganas fueron creciendo entre nosotras. Empezábamos a descubrir el mundo, desnudas y expuestas, en medio de enormes sobresaltos. Habitadas por fantasías de las que nosotras mismas nos asustábamos, a ratos el terror, a ratos sintiéndonos tan frágiles, buscábamos algo más de atención, muy pronto aparecieron las caricias.

Jamás me hubiese atrevido a mencionar los momentos de secretos y silencios que tan fuertemente determinaron mi vida futura, ni los miedos y contradicciones que soporté a fin de calmar mis sentimientos.

Compartidas nuestras ganas, sabíamos lo que hacíamos. El nuestro era un mundo privado, construido exclusivamente por nosotras, porque estábamos entre iguales.

Puede que esta confesión te sorprenda, pero si lees entre líneas, aceptarás que fuiste mi primer amor, el mismo que de niñas soñábamos.

Aún no deja de impresionarme la desproporcionada intensidad con que vivíamos aquellas situaciones. Con el tiempo, los deseos sutilmente fueron borrándose, recién ahora siento la importancia que tuvieron para mí esos sentimientos tan teñidos de culpa y de placer, una ansiedad que, de algún modo, me enervaba.

Todo se detiene el día en que mis padres deciden vender la casa. Al separarnos, hábilmente desplazarían nuestras pulsiones. Eso detiene nuestra historia y toda una vida de opciones.

Vivimos momentos de desolación. Durante más de cuatro meses, la pena irrumpía en nosotras hasta el agotamiento y cada vez que nos veíamos, era llorar y llorar sin descanso.

Nuestros padres no sabían qué hacer, ni cómo enfrentar los efectos del acontecimiento. Finalmente, la nuestra sería una gran pérdida.

“Tienes que acostumbrarte a la idea”, decía mi mamá, pero estábamos en plena adolescencia y sabíamos que un cambio de casa significaba que no volveríamos a vernos nunca más.

Eso era lo definitivo.

Después supe que si ellos hubieran esperado más tiempo, la nuestra habría sido una separación complicada.

Crecida, confieso ciertas culpas.

Culpas que se relacionan con la envidia.

Crecida, confieso, por ejemplo, que deseé cada cosa tuya desde que tengo recuerdos. Mi primer deseo tuvo que ver con tu madre. Deseé el calor de tu madre. Su dedicada abnegación.

Eras la hija única de un matrimonio de privilegios. Ambos profesionales, con educación y un nivel económico más que aceptable.

Crecías sin que nadie desviara las atenciones de tu madre. Las mejores ropas. Los mejores útiles para el colegio, la primera bicicleta, el televisor y todos los regalos.

Tu madre era comprensiva y generosa, además de inteligente, lo que tenía gran valor para nosotras. Bastante más liberal que el resto de las mujeres, ella no dejaba de sorprendernos con sus historias. Pienso que se daba cuenta de mis inclinaciones y reconocía mis debilidades y todas mis penas infantiles, y hasta se compadecía diciendo que era como su segunda hija. Pero yo sabía que aquello no era cierto. Además, la quería exclusivamente para mí.

Tu madre se convirtió en una de mis grandes frustraciones infantiles. No solo por lo que significaba para ti, sino por el anhelo de ese vínculo para mí imposible.

No recuerdo haberte visto llorar por algo. Mucho menos discutir con tus padres. Eras una niñita feliz y sin problemas. Tu vida era un cuento de hadas en un mundo perfectamente escrito. Un escenario decorado con las más delicadas ilustraciones y que juntas, compartíamos a diario.

De pequeña, tuve algunas malas fantasías.

A veces soñaba que esa vida tuya y toda tu felicidad eran falsas y que aquellas buenas personas te habían adoptado. Todo se desmoronaría de un momento a otro y al fin, te vería llorar. No podías ser tan feliz. Nadie podía tenerlo todo.

No sentía solo admiración, era mucho más que eso. Estando cerca de ti, me sentía la misma, salvo por la confirmación de que estabas allí y que éramos inseparables.

Compartíamos la vida. El mismo colegio. La misma edad. Nos acostábamos a la misma hora. Durante la noche me iba a la casa, pero al día siguiente ya estábamos juntas otra vez. Todos los días de aquella pequeña vida.

¿Puedes imaginar el horror cuando me enteré de la decisión irrevocable de mis padres? El separarnos sería un tremendo daño y a pesar de que sabía que no era tu culpa, te culpé como la responsable de mis penas.

Nunca más supe qué fue de ti. Seguramente estarás casada y con todos los rigores del caso.

Recuerdo una de tus fotos de niña colgando en la pieza de tus padres.

Recuerdo cuando se nos cayeron los dientes de leche. Como era de esperar, tus nuevos dientes salieron impecables, yo, en cambio, usé frenillos durante años.

¿Cómo no iba yo a envidiarte? Era como si todo estuviera en mi contra. Una nube oscura avanzaba sobre mi cabeza, mientras sobre la tuya volaban infinidad de mariposas, flores y avejillas.

Eras tan suave y educada. Indudablemente serías una mujer adaptada, perfumada y feliz, con un futuro promisorio y una vida perfecta. Yo, en cambio, sería lo opuesto ante los ojos de los que no se cansaban de adularte. Odié esta estrella del mal bajo la cual había nacido. Eras mucho mejor que yo que, para ese entonces, me regocijaba jugando a ser un chico hombre que subía a los árboles y hasta le daba a mi voz un tinte más rudo.

A los ocho años empecé a intuir cosas. Sabía que algo extraño brotaría en abundancia de un momento a otro, precipitando en mí una energía desconocida.

Me obligué a mentir, necesité hacerlo, para ocultar mis nuevas formas.

Años después, me encontré por casualidad con tu madre. Con reservada distancia, recordamos algunos momentos y reímos de aquellas amigas inseparables.

Hablamos de los trabajos del colegio. Decía que tus dibujos eran impecables y delineados, pintados a la perfección. Los míos eran de colores intensos y desbordados de creatividad.

“Una artista”, dijo tu madre. “Siempre supe que serías una artista”. Y claro, ser artista era casi como una bendición, un premio de consuelo frente a tanta desventaja. Desventajas que ni mis propios padres parecían advertir.

Puede parecer inapropiado, pero acabo de comprometerme a revelar este secreto y acepto las consecuencias de esta confesión. Tenía que hacerlo, después de un silencio de más de treinta años. Tenía que salvar la violencia de aquel pacto incrustado de manera tácita. Exponerlo y exponernos a la luz de todos los que esperan la reiteración de una sorpresa. Digo exponernos, pues me han señalado que este texto será parte de una serie de relatos que se relacionan con secretos de infancia y que, con suerte para el autor, llegarán a ser publicados. Puede que, en algún momento, hojees las páginas de este libro y te veas incluida, más hermosa que nunca, porque, seguramente, te mantienes joven, como si no pasaran los años por ti.

Te escribiré cuando sepa los detalles de la publicación, para que puedas acceder al libro sin problemas.

Busco tus aureolas endurecidas y recuerdo aquella primera experiencia de amor. Éramos dos niñas inquietas, desprovistas, naciendo a una sexualidad que fluía a manantiales.

Busqué tus aureolas endurecidas y fui convirtiéndome en una chica insaciable. Tus pechos pequeños crecen distintos a los míos. Como un lactante, busco. Sueño con que sangras. Nos bañábamos. Nos tirábamos al agua. Reíamos durante horas. Éramos felices. Sueño contigo por las noches. Sueño que somos hermanas, que te amo y que seremos inseparables. Celebramos ambas señoritas y desnudas. Mi deseo crece. Lamer tus carnes estremecidas, tu pubis. Tocar las puntas de tus pechos, misteriosos y tan distintos a los míos.

Con el tiempo, besar tus labios y los labios que tus labios besan, son el inicio de mi traición. Coqueteo con los que te pretenden, los incito a que me besen, a que me toquen los senos en

algún rincón y me siento una delincuente traidora. Desde nuestro primer encuentro de intimidad, una historia de traiciones se desencadena. Mi deseo crece y no contenta contigo, busco más allá de tus compromisos y me hago amante.

Silenciosa, me revuelco en los labios de un muchacho que desmorona tu imagen de santa. Mancho con deseos tu beata pulcritud y nada calma mi apetito. Hago visitas a escondidas. Concierto citas con tu novio años mayor. Él me busca y yo a ti. Y así, entre juegos de niños, nos acoplamos, nos tocamos apenas. Él me desea y yo a ti.

Desde aquella primera vez, me deslizo en silencio, a hurtadillas aprendo a someter los espasmos. Con apenas nueve años, busco ese lugar donde nos hacemos idénticas. Prohibida, traslado mis deseos hasta tu boca que me niega. Busco la humedad en esos labios de niña y aquello que naciera como relato erótico y secreto, me traslada a la peor de todas las imágenes descampadas.

¿Qué es lo que encubre nuestro secreto, sino el horror de que la vida nos arrebate? No hay que desenterrar tesoros de lo que hemos de atrapar.

Busco deslizarme. Giro y pongo mi rostro sobre la pelvis y tú subes una de las piernas descubriendo para mí tus fabulosos misterios. Bebo y recorro tus labios repletos de mi propia avidez. Desde la precariedad de mis movimientos, me monto sobre ti. Ardientes, nos movemos.

Pronto me vuelvo una niña mala, cuando los deseos de estas manos aturden.

Aprendo el doble juego, busco la línea intermedia.

Me arremolino en destellos amargos y potencio mis instintos. Acorralada en un mundo sin pertenencias, mis palabras hoy abundan de confesiones, entre susurros y jadeos recuerdo las marcas de tus labios.

Aaah. No tener esa capacidad. No poder hacerlo. Nunca situarse al costado, siempre adentro. Inestable, me erijo en el eco de una voz que falsamente retumba y susurra.

—No creces —me dice. Te estancas.

Te vas al baño. Te tocas, lo haces mucho, a ratos, veo tus facciones alteradas por el movimiento y tus gestos lujuriosos te apartan de la ingenuidad con que caigo retumbando entre secretos. Tus secretos me apartan ahora. Quisiera recuperar en algo la confianza. Sentir tu deseo y apaciguarme. Tiemblo por la negación con que compartimos la vida. Invoco la trampa que te traiga a mí, antes de que estas pesadillas nos despierten.

¿Dónde sucumbieron nuestras expectativas?

¿Quieres saber cuándo todo esto se detiene?

Te recupero dormida. Atrapada en mis sueños.

Entonces duermes. Duermes mucho. Como si solo me soporaras dormida. Nunca los deseos serán míos. Nunca los tuyos. Soy el espejo por el que me contemplas obsesivamente, como si a alguien le sirvieran de algo estas alucinaciones.

Manuel

*Me confesó haber crecido en tierra de hombres.
Me confesó que nunca le importó lo que dijeran o pensaran los demás*

Jugábamos mi padre y yo, jugábamos mucho. Peleas, cosquillas, manoteos y suaves golpes.

No tengo ganas de revelar los detalles de nuestra intimidad, pero siendo rigurosos, la nuestra fue una relación directamente sexual. Mi padre era todo para mí, amable, cuidadoso y muy preocupado. Una parte importante de mi infancia la pasé con él. Mi madre se ocupaba mucho de mis hermanas y en todos estos años, ninguna de ellas se dio por enterada.

Mi padre me enseñó a sentir placer y me condenó al silencio. Me enseñó a ser precavido y por sobre todo, a jamás comentar nuestros juegos a los demás.

Cuando eres niño no sabes nada y si se habla de sexo, no hay forma de enterarse, claro, si no es por los grandes, los hermanos, los amigos, los primos.

No tenía alternativa. Cuando estábamos solos, mi padre era cariñoso, frágil y delicado. Acordábamos claves secretas, encuentros a solas y nos las arreglábamos bien.

Pronto entendí que mi padre actuaba de una forma cuando estábamos solos y de otra muy distinta frente a los demás. A veces, se ponía intransigente, poco tolerante y sus mentiras se hicieron insoportables.

En la adolescencia, fui alejándome y como si lo esperara, sin objeciones, ni reparos, aceptó la distancia.

De un día para otro. Nuestra intimidad se esfumó.

Él dejó de tocarme.

Tenía más de doce años. Resentí su abandono. No entendía sus mentiras, actuaba como si jamás hubiese existido nada entre nosotros y todo hubiese sido invento mío.

A pesar de todo, debo reconocer que mi padre fue un maestro. Caricias y besos, siempre con ganas, me enseñó a seguir deseando.

Y ahora me pregunto ¿Qué importa? Si, al final, da lo mismo. En todas partes, suceden cosas así. Nadie habla de ello, pero es normal y por último, la mayor parte de las veces son situaciones que no pueden evitarse.

Algo tenía yo que atraía a los hombres y no a las mujeres y eso me identificó desde el principio.

Había en la familia una clara división entre hombres y mujeres. La homosexualidad nunca fue tema, estábamos condenados al silencio y eso perjudicó, sobre todo, a mi hermano menor, también homosexual, retraído y muy tímido.

Nunca hablamos de sexo, tampoco tuvimos la mínima y natural intimidad que suele darse entre hermanos, mirarse, reír, jugar un poco.

Un día entré en el baño y él estaba totalmente desnudo, al verme huyó despavorido. Yo sabía todo y solo quería estar cerca, hablarle, que jugáramos. Saber que, como todos, tenía un hermano de verdad.

Hoy siento desprecio por todos ellos.

Odiaba las costumbres impuestas por la doble vida de mi padre. Un pequeño fracasado que, ni siquiera, pudo terminar su carrera de leyes, imponiéndonos su estilo de abogadillo emergente.

En sexto año básico, tuve mi segunda experiencia amorosa con un cura del colegio.

El padre José fue mi primer amor, a su lado me sentía distinto. En medio de grandes restricciones, él nunca me hizo sentir avergonzado, sino todo lo contrario.

Había en el colegio algunos rincones prohibidos, el confesionario, la capilla antigua, el patio de atrás y un par de salas abandonadas, donde concertábamos nuestras citas.

Me acuerdo perfecto cuando empezamos a gustarnos.

Un día, me ofrecí para ayudarlo.

El padre José accedió.

Para lucirme, ese día recogí los papeles tirados en el suelo y saqué la bolsa con basura. Él me lo agradeció sinceramente.

Empecé a quedarme con él cada vez que podía.

Limpiaba el pizarrón, recogía las basuras, hacía lo que fuera por estar cerca, mientras él se quedaba sentado en uno de los bancos de atrás, mirándome de reojo.

Apenas sonaba la campana, mis compañeros salían corriendo. Nos quedábamos en la sala lo que durara el recreo.

Un día, a la hora de la salida, nos quedamos solos.

Sentados en las pequeñas sillas, estábamos muy cerca uno del otro. Estábamos mirando unos dibujos. El padre José tenía que seleccionar los mejores para una exposición que se haría después.

De pronto, sentí un impulso irresistible por tocar su sotana y acerqué una de mis piernas a la tela, necesitaba hacerlo. Cuando sentí su textura, mi piel se erizó. Entonces, me pegué más a él y sin el menor pudor, me quedé mirándolo fijamente.

El padre José se veía distinto: bello, joven, muy dulce.

Sin dejar de mirarme, puso una de sus manos sobre mí. Estaba caliente, húmeda . . . Temblando se deslizó muy despacio por mis muslos, hasta llegar a mi entrepierna.

Una mezcla de horror y de placer inundó todo mi cuerpo y me agitó por dentro. Me quedé quieto con esa fuerza desconocida que parecía rebotar en las paredes de mi estómago.

Él se había dado cuenta de todo.

Nunca supe muy bien cuál de los dos empezó con las insinuaciones porque, claramente, yo era bastante más erotizado que el resto de mis compañeros.

Pero se me quedó grabada la imagen de sus manos sobre mis piernas.

Al final es posible que el cura haya sentido culpas y remordimientos y a lo mejor la pasaba pésimo, pero lo que es yo, realmente lo disfrutaba.

A pesar de que el cura era delicado, sensible y muy pudoroso, todo un sacerdote, hice con él algunas de las cosas que hacíamos con mi padre.

Nos topábamos en la sala de profesores. Nos las ingeniábamos para hacer las cosas, y la pasábamos bien.

Teníamos menos oportunidades.

Siempre a escondidas. Siempre apurados. Nos manoseábamos en los rincones. Nos encerrábamos en los baños, atrapados entre besos y envueltos en caricias ansiosas y tan prohibidas.

Al igual que con mi padre, el cura se ocupaba de mí en exceso y me llenaba de mimos. Pero como era tan niño, salvo leves aproximaciones, lo nuestro no pasó a mayores, incluso pienso que hasta estábamos medio enamorados. Finalmente, alguien tiene que haberse dado cuenta porque meses después, lo trasladaron a otro colegio.

Más o menos en octavo año básico, nos quedamos sin profesor durante unas semanas, hasta que apareció un reemplazante. Apenas vi al nuevo profesor me encantó y esta vez no era sacerdote.

En el colegio todo se sabía, se sospechaba o se suponía. Pero, para ese tiempo, tenía más experiencia y no dudé en utilizar mis conocimientos. Nos encontrábamos en los lugares más insólitos.

Años después, me lo topé en una tienda. No sabía si saludarlo o no. Se quedó mirándome y se puso a reír. Fue un encuentro agradable. Volvimos a salir un par de meses, pero al final no resultó.

El sexo tiene demasiado lenguaje encima. Pero en mi caso, me pasó que crecí entre hombres especiales y diría que esas mismas experiencias me hicieron el camino más fácil.

Proyectos acotados. Los delitos del sexo / Desde proyectos originales del 3 de agosto de años antes, en que se plantearan diversas modificaciones a los códigos: Penal, de Procedimiento Civil, Orgánico de Tribunales, y a la Ley de Matrimonios Civiles, particularmente en materias vinculadas al delito de violación y otros delitos que pudiesen aparecer como menores que pretendan ser capaces de modificar los Códigos de Procedimientos Penales y Orgánicos y de Matrimonios Civiles y materias de delitos del sexo, cuando no existan otros delitos, según modificaciones penales de contenidos matrices y que pretendan corregir adecuaciones legisladas en materias vivas de estos delitos. Posterior a eso, un día 6 de diciembre de años después, se presenta una indicación con sustitución de artículos, a fin de ampliar conciencias de modificaciones para otras penalidades regidas y acotadas como delitos del sexo. Dado que eficientes estudios demostraron que existían errores de percepción y apreciación pública, también presentes en la legislación penal a propósito del fenómeno de la violencia sexual en el país. Por lo tanto, en las Reformas contenidas en lo Legal, las agresiones contra menores de edad son consideradas las más graves, sancionando todos aquellos delitos del sexo, practicados contra menores, aumentando condenas satisfactorias al código con que serán sancionados penalmente, para evitar a la vez la agresión, cuando las sanciones siendo mayores a la agresión, sean cometidas por quien tuviere a la víctima bajo sus cuidados, aunque sea solamente de hecho, vale decir a todos aquellos que se sitúen bajo el carácter inminente de desprotección es que se evita crear delitos, y se facilitan la denuncias y la comprobación de los mismos por parte de terceros, sin que éstos interfieran en las mismas causas del delito. Simplificando las diversas medidas para proteger a las víctimas, y con ello evitar que las mismas se sientan amenazadas, reservándose el silencio de careos y visitas con dichos agresores, para evitar padecimientos para todos innecesarios. Luego de los debates producidos en torno a la Ley, restringidos los aspectos de su normativa, teniendo que ver con las sanciones a violadores de menores de 12 años, en que se formulara un veto aditivo, en virtud del cual, se impidiera que los condenados por delitos del sexo, sobre todo a menores, puedan acceder a beneficios carcelarios de cualquier tipo, incluyéndose libertades condicionales, salidas de domingo a parques u otros recintos abiertos o cerrados, ya sea con familiares o amigos. También se evitarán las reclusiones exclusivamente nocturnas, que permitan la cercanía de tentaciones hacia próximos delitos en materias diurnas y pretendiendo que desde una norma planteada, se adicione a la ley formas más aprobadas por todos y que se incorporen finalmente al texto que derive de temas penalizados y legales, a fin de evitar normas que se rigidicen luego las penas y delitos atrozmente practicados en ocasiones a menores de edad y que no han sido debidamente sancionados como delitos sexuales, en que se

empleara a un o una menor de edad en la realización de materias pornográficas, por ejemplo, a vistas de otros personas o en sus efectos, sin estas personas ser vistas cuando el material fuere difundido y se apliquen al autor sanciones diversas, que serían al menos dos, una por la utilización y otra por la distribución del material pornográfico y de materias relacionadas con el sexo, en que se utilicen menores y que antes no fueren sancionadas específicamente, sin que los menores estuvieren o no involucrados. Y en estos y otros casos mismos, las víctimas podrán atenderse en recintos públicos o privados de hospitales y no solamente en Servicios Médicos Legales que comprobaren las certezas de los hechos y las acciones inadecuadas en contra de normas morales establecidas en los sistemas aceptados como actuales, con obligaciones del Estado de castigar la violencia al interior de la sociedad. Facultando las denuncias de personas distintas a familiares, como médicos, educadores u otros (importante) en casos en que las víctimas no pudieran hacerlo, cuando no cuentan con familiares idóneos que puedan hacerlo, cuando éstos están involucrados en los hechos, por simple complicidad y los denunciantes pueden solicitar a la vez las totales reservas de sus identidades familiares. Apreciando pruebas según normas de la sana crítica; es decir, sin llegar a la arbitrariedad. Quedando facultados otros que harán de jueces y que adopten medidas para protección de la víctima y de los familiares involucrados como cómplices o testigos mudos de los actos. También se adoptarán medidas inteligentes y necesarias para que las diligencias sean llevadas privadamente según corresponda eliminar los careos, salvo que la propia víctima quiera ser vista frente a frente con el o la agresora en cuestión, sin mantener reservas sobre su propia identidad o la de terceros ajenos al procedimiento, prohibiéndose la publicidad, a menos que la víctima lo considere estable para su propia seguridad, según un nuevo ordenamiento que dispone que las personas aunque estén casadas, conservan su libertad sexual, y son libres de aceptar o rechazar la posibilidad de tener relaciones sexuales con su cónyuge. De esta forma, se castigará la penetración carnal entre cónyuges, con fuerza o intimidación si uno de estos no lo permite en forma voluntaria sin que el otro tenga la obligación de seducir para que el acto se manifieste. En el caso de abusos de incapacidad corporal, mental, enajenación o trastornos de la víctima, sólo se castigará penalizando cuando se estime que es necesario en atención a la gravedad de la ofensa ocasionada. Esta nueva ley derogaría la anterior cuando sea llamada Excusa Legal Absolutoria, en virtud de la cual el ofensor que se casa con la víctima de violación, raptó o abuso deshonesto, se exime de la pena o es sobreseído en la causa que se le sigue por esos delitos. Esta derogación es importante, ya que se trata de una norma anacrónica incompatible con la obligación del Estado de castigar la violencia al interior de la sociedad.

Tercera Carta

ESCRIBÍ

*Establecidos los escenarios
y propicias las confianzas,
idearía una estructura
que me permitiera hilar
finamente y sin prejuicio
mis recreativas versiones de
estas historias confiando en
la veracidad de los confesos.*

Mi querido Mariayo

Aprendí que las experiencias sexuales son ocultas, silenciadas o negadas por incapacidad de otros. Retrógrados, cínicos y muy cómodos en sus acotadas pertenencias.

Al otro lado de la ciudad tuve la suerte de encontrarme con confidencias y relatos del mundo. Bien es sabido que en tales materias, las situaciones o descubrimientos inesperados de “aparentes faltas” se corresponden con impulsos o pulsiones sorprendivas que los niños no tienen por qué entender.

Por lo mismo, puedo garantizar que todas las historias que aparecen en este manuscrito, con evidentes pretensiones editoriales, han sido tomadas de la vida misma. Busqué más allá de los detalles, entonces los libros se hicieron insuficientes.

Tendría que sumergirme en las experiencias reales. Y para ello, necesitaba un sistema que no limitara esencias sutiles y que nos permitiera consolidar y fortalecer nuestro vínculo.

Dejé volar mi imaginación lejos hasta que pude cruzar al otro lado y conseguir esas historias que complementarían mis investigaciones.

Pensé en secretos y cómo conseguirlos. Imaginé que aquellos testimonios me permitirían avanzar en exploraciones más arriesgadas, tanto o más que la de ustedes.

Lo primero era entender que en la infancia las primerísimas pulsiones pueden manifestarse de las formas más curiosas, singulares, incluso extravagantes. ¿Cómo?... ¿Cuándo surgen aquellos deseos?... ¿A qué edad?... ¿Cómo hacían otros para controlar su intensidad?

Preguntas, solo había preguntas al pensar en ambos y en aquella particular forma de cariño.

En este manuscrito encontrarás de todo. Escenas de lo real, anécdotas, paisajes literarios, investigaciones y también mis análisis de documentos clínicos o legales que me parecieron relevantes. Estas pulsiones se presentan con frecuencia y son esenciales para el desarrollo y estructura de la identidad.

Impulsados por un afán exploratorio, los infantes aprenden a observar, hacen preguntas, buscan conocer, representar y experimentar la realidad del mundo que habitan para dar respuesta a sus inquietudes y a las muchas interrogantes que los embargan; es fácil percibir cómo moldean los temas de acuerdo a lo que ellos mismos imaginan e ignoran, convirtiendo sus constantes preguntas en respuestas ancladas a fábulas o mitos, los niños son capaces de una fina elaboración de fantasías o creencias de acuerdo a sus capacidades de comprensión o conveniencias que pueden derivar en errores y creencias absurdas.

Algunos de estos secretos podrían parecer descabellados, excitantes o hasta graciosos. ¡Dios, cuánta pulsión habita nuestros cuerpos y a tan temprana edad!

Así fue como hubo quienes se atrevieron a revelar sus historias, por supuesto, no sin antes asegurarles mi más absoluta reserva.

Habrás notado que existe un amplio repertorio de posibilidades de cómo viven otros niños sus eróticas.

A través de este abanico de relatos y desde voces distintas, busqué aproximarme a los saberes de la letra. ¿Por qué, las experiencias se vuel-

ven negadas o directamente desaparecen? Algo parece borrarse, algo que cauteriza esos registros iniciales justo en el periodo que se forman los individuos. Imaginé texturas, discursos cruzados, ausencias.

¿Quiénes se atrevían a revelar la naturaleza de un secreto? Sería suficiente mencionar que a diferencia de lo que aparece en la mayoría de los filmes cualquier semejanza con la realidad no era casual, y que los nombres mencionados en el libro eran absolutamente falsos?

Soy fantasiosa, acepto mis ambiciones.

Busqué contrapuntos, quiebres, rupturas más interesantes que las convenciones de dudosas procedencias, creadas por otros. Me interesó ir avanzando en interrogatorios y confesos hasta entender que ya no todo era tan cierto y que cada cosa podía multiplicarse.

Predisposiciones, anclajes o aparentes verdades, que se arraigan en abundantes supersticiones se ajustan a los eficientes prejuicios. De ese modo, se refuerzan creencias o malos hábitos instaurados por los hombres.

Describirlos como “pequeños monstruos perversos polimorfos”, los niños están poseídos por una sexualidad peligrosa, impulsiva, desean a su padre o a su madre, y juegan, sobre todo juegan, a tocarse, indagando en los cuerpos con desenfado, inventando las más insospechadas ideaciones a fin de obtener placer; entre juguetes o fétiches, descubren, investigan buscando el goce específico que suscitan los recorridos por estos impredecibles territorios.

Cómo habrás leído, en un impulso natural por protegerlos y contra la vergüenza o el pudor, decidí conseguir estas historias.

La persistencia es un mérito personal.

Negaciones inducidas desde una obvia coerción del mundo adulto, dejan muy en claro que este tema ha sido raramente explorado, y que contiene “potencialmente” su propia fuerza. Ciertas organizaciones infantiles permanecen fijas, a veces para toda la vida en esta cadena de significantes a los que nos encontramos atados.

Descubrí que los niños estaban habitados de pasajes inciertos, arraigados en algún lugar de la memoria y que existían viajes fuera de cual-

quier escala imaginativa que nos conectaban con las fuentes de deseos fundamentales que gobiernan nuestra subjetividad.

Dedicaría mi tiempo a indagar en prohibiciones y hostigamientos y así delimitar los materiales que sustentarían estos relatos. En aquel misterioso universo donde todo sucede, había que escrudriñar las mentes

Pensé. Enfrentar la enorme dificultad de conseguir secretos que aun bajo juramento de confidencialidad absoluta la mayoría de las personas adultas se negaba a compartir.

Pero a poco andar, descubrí que tenía mis recursos.

Había algo en mi carácter de aparente docilidad que resultaba muy natural al hablar de estos temas, más aún con personas desconocidas.

Cuando la simulación supera el entendimiento, nos volvemos torpes y confiados. Con algo de actuación, y una pequeña dosis de melodrama, confirmé que las confesiones se me daban fáciles.

La estrategia era casi imperceptible.

Había encontrado al fin un método adecuado a mis propósitos y que me permitiría acceder de forma menos complaciente y segura a todos aquellos silencios incrustados en la mente.

El dinero lo paga todo. La moral, la política, los bienes, se frotan unos contra otros modelando las insoslayables marcas de una moral supersticiosa.

Plantearía ciertos criterios, sin la menor reserva, ni repugnancia, sin curiosidad ni temor.

En definitiva, el resultado de mi tozudez me había hecho depositaria de los más esmerados relatos orales, lujosos en detalles, y experiencias infantiles, que logré desarrollar en profundidad en este manuscrito.

Hay descripciones y apuntes, donde se ven expresadas las culpas, la provocación, la vergüenza, en otras podrás reconocer la naturaleza de las fuentes.

Lo único cierto, mi tan querido Mariano, es que contra toda norma, voluntad o moral adulta, existe una sexualidad infantil sin que aquello

apunte al libertinaje de los niños o a su inocencia y la única forma de comprobarlo era complementar las historias y los libros.

Nadie podría negar que algunos de estos impulsos eran tan fogosos que resultaban prácticamente inextinguibles.

Al interior de mis sueños, pensaba en ustedes, semidormida pensaba en mis niños y en todo aquello que pudiera fortalecerlos. Buscaba una salida para evitarles los dolores de estas formas de barbarie que brutalmente se imprimen sobre las frágiles existencias, de no tener herramientas o recursos o no estar lo suficientemente preparados.

Contagiada por mis propias fantasías, íntimamente al tanto de sus experiencias, fui cuidadosamente depurando los detalles. No olvides que el culto a lo religioso tiñe cualquier pulsión cargándola de hondos pesares y que el dolor, el arrepentimiento, pueden inundarlo todo con sus malas artes y es ahí donde deberás actuar con inteligencia.

Desde el punto de vista de la ciencia a propósito de la especie, es que tú y tu hermano comparten más de un vínculo y que en ese fuego se funden cuerpo y sangre.

Josefina Salvatierra Riquelme.
En Santiago de Chile, estampada de caballos.

Abusos delincuenciales / En la observación de abusos sobre asuntos relacionados con las materias del sexo, es posible apreciar algunas cifras de análisis que destacan entre los depredadores amplios márgenes y que no en todos los casos, más bien por el contrario, se consideran signos de alienación, es decir, individuos jurídicamente imputables procesados y hasta castigados con el máximo del rigor por tales abusos de ellos en porcentajes mínimos más que considerados o sea en porcentajes próximos al 30 por ciento (de cifras rigurosamente estudiadas) a ciertos individuos, no se les detectan trastornos groseros de personalidades psicopatológicas y los mismos desde una apariencia de lobos descarnados, citando los cuentos infantiles, se asoman al mundo próximos a un modo de conducta sexual y social aparentemente adecuada sin visos ni pretensiones, menos que imaginadas de peligrosidad, en porcentajes cercanos al 70 por ciento (de las citadas cifras como referencia) es así como vemos personajes amenazantes de personalidades trastornadas con altos riesgos de comportamientos bestiales, disfuncionales y/o parafilicos, desviados psicopáticos, antisociales y/o sexópatas o bien como dijera Michel Foucault en sus grandiosos y desenfadados volúmenes de HISTORIA DE LA SEXUALIDAD: *De los antiguos libertinos nace todo pequeño pueblo, diferente a pesar de ciertos parentescos... perseguidos pero no siempre por las leyes, encerrados pero no siempre en las prisiones, enfermos pero quizás escandalosos, peligrosas víctimas presas de un mal extraño que también lleva el nombre de vicio y a veces el de delito: niños demasiado avispados / niñas precoces / colegiales ambiguos / sirvientes y educadores dudosos / maridos crueles o maniáticos / coleccionistas solitarios / paseantes con impulsos extraños / que en discursos más científicos aparecen con los siguientes nombres de herejías / los exhibicionistas / los fetichistas / los zoófilos y zooerastas / los automonosexualistas / los mixoescopófilos / los ginecomastas / los presbiófilos / los invertidos sexo estéticos y las mujeres dispareunistas.* En menor número, alrededor de un 10 a 20 por ciento de las cifras estudiadas (en variados lugares en apariencia civilizados) se reconocen a los individuos que manifiestan la enfermedad, una vez que hacen graves trastornos de personalidades psicóticas alienadas y en gran mayoría de comportamientos jurídicamente inimputables es decir la tradicional actividad asociativa y tan humana de incorporar entre los sumandos el delito sexual y las psicopatías que debieran ser conside-

rados ambos como agravio, todo esto, por supuesto desde una mirada muy personal puesto que en civilizaciones como las actuales tan modernas y automatizadas y del mismo modo enfáticamente las mismas, debieran ser posiciones rigurosamente desacreditadas las psicopatías que exhiban gestos de desbordes asociados a la impulsividad o la falta de remordimientos (luego de excedidas fechorías) o la definitiva y rotunda incapacidad de hacerse de vínculos amorosos o de mínimas cercanías con otros, estos individuos llamados y estudiados como representativos de las psicopatías, exigen gestos de comportamientos agresivos, impertinentes, con severas incapacidades de aprender de las experiencias así como en gran número, los delincuentes sexuales no pueden ser descritos de este modo, es decir como delincuentes psicopatizados sino como sexuales simplemente, la creencia por ejemplo de que un violador actúa trastornado por emocionantes desbordes y deseos sexuales bestiales se ha visto desacreditada en la actualidad al menos como explicación desde un marco y a propósito de los géneros otro tanto ocurre y no menos frecuentemente con posibilidad de una aseveración y consistencia que pareciera inadmisibile: el calificar a los agresores sexuales como enfermos mentales que conlleva ausencia de enfermedad mental, sobre todo en estos nefastos personajes, es habitual y por lo general lo que se observa más bien son individuos impertinentes, inadecuados a las conductas aprendidas en el marco de una socialización y que, desde una opinión generalizada, aparecen como deficientes por cierto y no menos importante sería imprescindible destacar que el deseo sexual sobre la tragedia de los represivos agobios desde la cultura finalmente triunfa en el mapeo de los amores vistos como perversos / un amante ideal podría ser de una bestialidad atroz / una candorosa y pequeña niña una dama travestida de atributos masculinos llámense a estos falos de empinados prepucios o una mujer amputada / la verdadera frecuencia de las parafilias en extremo resulta de difíciles determinaciones pues estos trastornos constituyen secretos cautelosamente guardados por el individuo o al interior de las familias y que casualmente ninguno comenta a propósito / en que todos podrían consumarlos a pesar de que existen rigurosos estudios de desviaciones y sexualidades que dicen que estos trastornos serían más frecuentes en hombres y no tan recurrentes en el sexo femenino.

La Catita

Con su pelo largo, rizado y su carita de ángel

Estaba tan nerviosa, que ese día no me cundió nada, no podía dejar de darle vueltas y más vueltas al asunto. Al final, ni una papa había pelado, apenas un arroz para cocerle una vienas encima y listo y no hice ni una de las cosas de la casa.

Para colmo, le tocaba dejar todo encerado justo ese día, y tan gastado que estaba el parquet, pero la señora le había dicho que pronto le pondrían piso flotante que era vitrificado y todo. Ahí sí que no había que hacer nada y a mí, que me gustaba dejarlo bien brillante. Mientras refregaba el piso, no paraba de darle vueltas al asunto y me venía otra vez la imagen de los dos niños y me sentía más culpable.

Y ese día, la señora llegaría como a las cuatro.

Solo tenía dos cosas por hacer, contarle todo o mejor me quedaba callada. Lo otro era encararla a la abuela del chiquillo, y yo misma ir a decirle que no lo iba a dejar entrar más a la casa y que me iba a poner bien firme. Si por algo la niña estaba a mi cargo y cualquier cosa que le pasara era yo la responsable.

La Catita tenía seis años y era una niñita preciosa. Tenía su pelo largo, lleno de rulitos y su carita de ángel. Mi patrona, era dentista y trabajaba en su consulta todo el día.

Yo tenía que estar antes de las nueve y me iba después de las seis. Cómo haberme descuidado tanto con la niña, si me quedaba con ella desde que era guagüita, si además, ese era mi trabajo. Al final me habían contratado para eso y la patrona confiaba tanto en mí.

¿Y si mejor le preguntaba a la Catita qué otra cosa le había hecho ese chiquillo?

Pero cómo iba a hablarle de esas cosas si era tan chica. Además, qué sabía ella de lo bueno y lo malo. No, mejor le contaba todo a la señora. Si ella era la madre, tener que saber hacerlo no más. Además, cómo iba a quedarme callada y si después la llevaba al médico y la examinaban a la niña. Ayyy Dios santo. Ojalá no haya llegado tan lejos. Chiquillo malo. No, no me lo perdonaría nunca. Lo otro era hablarle a la Catita, y decirle que esas cosas no se hacen y que por esta vez no iba a decirle nada a su mamá...

Pero... ¿y si la llegaba a pillar de nuevo? la amenazaba no más a la Catita con que la mamá la iba a castigar.

Frente a la casa vivía una chiquilla que había tenido un mocoso bien jovencita, el niño tenía cinco años y lo cuidaba su abuela porque la madre se la pasaba saliendo.

El chiquillo iba al colegio en la tarde, así que tempranito llegaba todos los días a tocar el timbre. Yo le preguntaba si su mamá sabía y poniendo su voz bien ronca, como de niño más grande, me decía que ya le habían dado permiso.

Se veían tan lindos los dos, tan chiquititos, y tan bien que se llevaban. Con razón ni se les oía jugar, toda la tarde en la casita de muñecas de mi niña. Qué me iba a imaginar yo que justo iba a pasarle esto, yo que siempre andaba pendiente, de qué me servía

tanto andar haciendo aseo, si al final lo más importante era que la niña estuviera bien cuidada y sanita.

Me salió bien buena patrona. Era jovencita y por suerte tenía muy buen humor, harto simpática diría yo, así que yo hacía mis cosas no más y nunca tuvimos problemas.

Parece que el marido la había dejado por otra señora, pero ella no contaba nada. Vivía sola con sus tres niños y la Catita era su conchito. Los chiquillos me querían harto pero como eran más grandes, se la pasaban todo el día en el colegio. Vivían en una casa grande, bien linda de esas modernas, tenía un refrigerador grande y hasta lavadora de platos.

Era un condominio en La Reina que tenía jardines bonitos y juegos de esos de madera y columpios para los niños chicos, pero mi Catita no salió callejera y prefería quedarse conmigo, como en la última Pascua, su mamá le había regalado una casita de muñecas que estaba en el patio, se la pasaba siempre jugando adentro toda la tarde. La casita sí que era linda, tenía todas sus cosas, hasta muebles chiquititos, camita para sus muñecas, tacitas, mesitas, de todo.

Trataba de no pensar pero me daba una pena cuando me acordaba. Mi niña. Seguro que había sido idea del chiquillo, con esa mamá tan loca que tenía. Porque la Catita era obediente y no me molestaba en nada.

Yo la bañaba, no todos los días eso sí, y después la vestía bien bonita y le peinaba su pelo bien y le hacía un moño apretado y le quedaban todos sus rulos colgando.

Después, se iba a jugar atrás, mientras yo hacía mis cosas bien tranquila. Pero ese día estaban tan calladitos que no se habían visto en toda la mañana.

Me acerqué bien despacio asomándome por una ventana y los pillé justito. Me dio tanta impresión que nunca más en la vida se me va a olvidar la imagen.

El chiquillo estaba muerto de la risa y ella, muy foronga, se levantó el vestido mostrándole sus cuadros. Entonces el cabro chico viene y se los baja, y mi Catita lo ayuda y deja sus cuadros tirados y se vuelve a levantar el vestido y se queda toda peladita y el chiquillo la toma por la cintura y empieza a darle besos en la guagüita y le chupa el ombligo. Y los dos muertos de la risa, y ella le decía que le daban cosquillas, hasta que la veo que empieza ella solita a bajar sus manitos para tocarse y él la sigue, y ahí sí que no aguanté más y abro la puerta de golpe. “¿Qué se creen que están haciendo?”, les dije y tomé a la Catita y le puse sus cuadros bien puestos, y agarré al chiquillo y lo fui a dejar a su casa.

Pero, lo que es la vida, en cuanto le conté a la patrona, lo primero que hizo, fue lanzar una tremenda risotada. Yo casi me muero, luego me pedía que le contara los detalles y ella más se reía y ni siquiera retó a la niña.

Lo que pasa, señora Juana, es que estas cosas son completamente normales. Así que usted quédese tranquila.

Paula

el hijo del general

Mis papás tenían un amigo militar.

Don Emilio, era general en retiro de las Fuerzas Armadas y su mujer, la señora Meche, muy amiga de mi mamá. Vivíamos en el mismo barrio y ambas compartían un único afán, ser buenas esposas. A diferencia de los papás, don Emilio y su mujer, participaban de la intensa vida social en la Institución y, a veces, se les pasaban algo las copas.

Un día cualquiera recibimos una sorpresiva invitación. Nos esperaban a cenar a las ocho porque querían presentarnos a uno de sus hijos que venía llegando del extranjero.

Se llamaba Víctor y en la cena contó que era notario.

En algún momento, recuerdo que nuestras miradas se cruzaron. Sentí una corriente en el estómago.

El hombre tendría como cuarenta años, de pelo castaño y ojos marrones intensos. En la sobremesa, las conversaciones se extendieron y el hijo del general desapareció de escena. Escondido en algún lugar del segundo piso.

Yo seguí en el comedor, jugando sobre la mesa con algunos objetos que estaban por ahí para entretenerme. Había logrado reunir en total, todas las piezas de un viejo dominó y su caja de madera, cinco soldaditos de plomo y unas revistas viejas con fotos de militares.

Don Emilio, al darse cuenta que Víctor había desaparecido, me pidió que fuera a buscarlo al dormitorio para que bajara a compartir con sus invitados.

Subí las escaleras y toqué dos veces. La puerta se abrió despacio y apenas estaba adentro, el hijo del general, la cerró casi sin hacer ruido, luego clausuró sus labios con los dedos para que guardara silencio.

El hombre acarició mi pelo y luego me tomó entre sus brazos. Estábamos solos. Era un hombre, yo tendría apenas nueve años. Sentí que una parte mía quería salir corriendo, como cuando las niñas se enamoran. Me dejó encima de un antiguo escritorio de madera que tenía una cubierta de cuero por lo que no sentí frío, pero sí sentí que mi cuerpo se estremecía. Sin decir una sola palabra, él me sonrió y con una de sus manos me condujo delicadamente hasta quedar recostada de espaldas sobre la superficie.

Luego, con suavidad, acarició mis piernas, deslizando sus dedos hasta subirme el vestido. Sin ninguna vergüenza, empezó a bajarme los calzones hasta rozar mi sexo con uno de sus dedos.

Mis mejillas estaban ardiendo, aún así, no estaba asustada. Me quedé tan quieta como pude tratando de calmar mi respiración y los latidos que casi se me salían del pecho.

Él empezó a frotar mi sexo con un dedo, durante unos minutos y yo sentía que estaba casi a punto de entrar en mi vagina, a medida que lo hacía, casi no podía respirar. Mi sexo se iba poniendo más y más húmedo y siguió tocándome tal vez como cinco minutos, hasta que de repente su dedo resbaló adentro de mi vagina, entrando y saliendo apenas unos segundos, hasta que todo se puso brillante y tan intenso como el estallido de un volcán y juro que es-

tuve casi a punto de gritar pero, él cubrió mis labios con sus manos con suavidad para evitar que hiciera ruido.

Luego, empezó a sonreír, ayudándome a recuperar el calzón. Yo me bajé del escritorio y me lo puse. Él abrió la puerta y bajó tranquilamente las escaleras.

Recuerdo que estaba como hipnotizada. Me metí al baño y me quedé ahí escondida un buen rato, sintiendo ese temblor.

Cuando volví a bajar todos seguían en la mesa conversando y Víctor, muy animado, contaba más de ese país de donde venía y al cual tenía que regresar en unos pocos días.

Me quedé en silencio, sentada mucho rato en un sillón, hasta que le dije a mi mamá no me sentía bien y que tal vez tenía un poco fiebre. Cuando ya estábamos en casa me di cuenta que los papás no tenían idea de nada y que jamás se enteraría de este secreto que me he atrevido a revelar por primera vez.

Finalmente, el hijo del general desapareció por dónde había llegado y no volví a saber de él nunca más.

Carmen

*Nacida y criada por adultos y su mascota
en un aislado paisaje del sur*

Confieso que me ha parecido excesiva y demasiado incómoda su propuesta y juro de haberme tomado en serio el enorme compromiso, jamás le habría revelado mi secreto. Me siento definitivamente arrepentida y reconozco que accedí a su petición en forma irresponsable, pero su amabilidad fue más seductora que mi entendimiento. Podrá parecer insólito o lo bastante desquiciado, pero me gustaría comentar que este secreto, celosamente guardado durante años, fue escrito encerrada en el baño de la oficina, y que lo escribí tan rápido como me fuera posible a fin de salir de la bochornosa situación, en una postura muy incómoda, arrodillada sobre la tapa del excusado, lo que me recordó mis confesiones de niña.

¿Imagínate si lo encuentra uno de mis hijos en casa?

Menos quisiera que lo leyera alguien en el trabajo. ¿Te imaginas las risas de mis compañeros?

Porque a pesar de los años y de ser una mujer adulta, este secreto es algo que nunca antes compartí con nadie y es por lo que ahora ni sé cómo empezar.

No es fácil. No te creas. Nada fácil revelar esto.

Aún se me pone la piel de gallina y me viene un leve cosquilleo en el estómago cuando me acuerdo de los años en que el Capitán y yo jugábamos en el patio de mis vecinos, personas mayores, inquilinos de una familia adinerada, ambos trabajadores y muy honestos. El matrimonio tenía a su cargo la supervisión de grandes cantidades de planchas recién cortadas y que llegaban en enormes camiones a la hacienda. Las planchas eran cuidadosamente apiladas en forma de “castillos” y se quedaban al cuidado de ellos durante períodos largos.

Vivían justo al lado de nuestra casa, en una pequeña y aislada mediagua que había sido construida al fondo del enorme terreno, rodeada de árboles, maleza y muchos rincones donde esconderse.

El Capitán era un cachorro negro de baja estatura, torso alargado y una minúscula cola. Un quiltro juguetón y travieso que no paraba de lamerlo todo.

Mis vecinos lo recogieron de la calle siendo cachorrito. Como buen quiltro que era, tenía bastantes malas costumbres, supongo que no tan relacionadas con la raza misma, sino que con sus hábitos callejeros.

Pero la pasábamos bien, era un animal divertido y que desde el principio hicimos muy buenas migas. Yo era bien chica. Debo haber tenido unos tres o cuatro años.

Recuerdo a mi madre y a la vecina, sentadas cerca del fogón a leña tomando mate. Sucedió casi todas las tardes y cuando se ponían a conversar podían estar tardes enteras.

Nada que hacer, decía don Pedro, el marido de la vecina. Ellas siempre tenían de qué hablar. Así es que él se paraba de la mesa y se encerraba toda la tarde en el dormitorio.

Entonces, aprovechábamos el Capitán y yo de correr a nuestras anchas escondiéndonos entre los castillos de madera, perdidos al fondo del enorme terreno.

Fuimos creciendo juntos entre las risas y los jugueteos, nuestros cuerpos rodaban sobre la hierba. En días de lluvia con frecuencia nos escondíamos en el cobertizo y siempre terminábamos todos embarrados.

Con los años, el Capitán y yo empezamos a entendernos. Estaba tan encariñado conmigo, que apenas me veía se me tiraba encima y sin hacer demasiados esfuerzos me botaba al suelo. Entonces no paraba de lamer y morderme con suavidad. Al principio a mí no me parecía nada de asqueroso, sino todo lo contrario, embriagada de placeres indescriptibles y de sensaciones provocadas por el animal, nos pasábamos horas jugando entre los matorrales.

Juro que traté de imponer mi humanidad por sobre el animal para que no me sobrepasara su fuerza, pero con un desenfado de perro increíble se me tiraba encima y casi sin darme cuenta, fue haciendo de las suyas.

El quiltro disfrutaba metiéndome el hocico por todas partes y yo me entregaba sin reparos, era tan inteligente, que empezaba a pasarse de listo.

El animal también se excitaba conmigo ¡No te creas!

No puedo negarlo. Las sensaciones de placer iban en aumento. Aprendemos nuevos juegos y mi excitación crece. No tengo idea. No entiendo lo que me sucede, el Capitán despierta mis deseos, un apetito sexual enorme. No entiendo nada. Me atraviesan cosquillas exquisitas cuando me lame y muerde las orejas.

Un día empezó a menearse de una forma muy extraña. Nunca lo había visto frotarse con tanta insistencia sobre una de mis piernas.

De pronto algo resbaloso, extraño y mojado, de color intenso y asqueroso se asoma entre sus pelos. Casi me desmayo. Corro a esconderme en mi pieza. Me encierro en la casa. Busco excusas. No salgo a la calle en días.

Poco a poco, aprendo más de su naturaleza canina. Sus mordiscos van haciéndose tiernos y más lentos. Corre. Me bota. Lame,

como si buscara provocar mi excitación. Recuerdo un día en que mi madre sale de compras y mis vecinos a la iglesia.

Vivíamos en un pequeño pueblo muy al sur y cuando mis padres tenían que ir a comprar cosas, tardaban horas, tanto que era como ir de un pueblo a otro.

Para no dejarme sola y con libertad de todo, mi madre cierra el portón con un enorme candado. Debo haber tenido unos ocho años.

Ella no adivina nada. Ni siquiera lo imagina.

Recuerdo que lo único que quería era que se fueran todos. Para quedarme sola, aprovechando que los adultos no volverían hasta tarde.

Busqué una escalera y la puse frente al muro que separaba nuestros patios. Me sentía acalorada, inquieta, ansiosa. El quiltro al verme, se puso a ladrar tanto, que casi me devuelvo. Apenas consigo llegar a la maleza el animal salta sobre mí. Muerde mis piernas, lame mis orejas, con su lengua áspera y resbalosa. Me siento repleta de su baba. Moja mi nariz completamente y también mis labios. Mete su hocico en mis orejas. Me atrapa una sensación desconocida, una fuerza increíble. Aún puedo sentirla cuando me acuerdo. Mi corazón agitado late, mis mejillas están ardiendo y mi cuerpo entero tiembla. Empiezo a apretarlo.

Una idea loca atraviesa mi mente. En ese momento, quiero ser como el Capitán, igual a él. El quiltro lentamente baja la cabeza y empieza a lamer como si buscara mi placer, huele, gime, gruñe.

No quiero que el animal se detenga por nada del mundo y empiezo a moverme, soy yo misma, debo reconocer, sin la menor vergüenza, quien lo aprieta violentamente entre las piernas. Sin temor a sus mordiscos, a sus garras, sin temor a nada, quiero más, mucho más ese placer. Mi ropa interior está mojada, fría y resbalosa. En ese momento, el Capitán mete su hocico justo ahí y agitado me succiona, humedece y moja mi sexo. No puedo aguantar más.

¡Te lo juro! Me saqué el calzón, abrí las piernas completamente y me entregué al famoso quiltro en cuerpo y alma.

El animal sigue lamiendo, entre jadeos gime. Las corrientes vuelven, se apaciguan, una y otra vez. Allí mi primer orgasmo, el quiltro no para de lamer. Me muevo fuera de control y entre las corrientes eléctricas y deliciosas e incitantes. Tengo mi primer orgasmo.

Desde ese día, mi cuerpo premeditadamente crece y aprendo a tener los mejores orgasmos que hasta ahora recuerde. Sabía que no habría nadie y que los adultos no volverían pronto. Sabía que algo no andaba bien. Pero quería hacerlo, quería descubrir eso a lo que ya me anticipaba. De ahí en adelante, la cosa se puso cada vez más intensa. Aprendimos los acoples y la situación se repitió durante bastante tiempo. Como era de suponer, a medida que fui creciendo fueron aflorando los sentimientos de culpa y todos mis remordimientos.

Diría que aún hoy, esto tan celosamente guardado se ha convertido en uno de mis mayores temores y juro que en todos estos años, jamás me he atrevido a contárselo a nadie. La sola idea de que alguien descubriera mi secreto me aterrorizaba. Sabía que los grandes jamás lo entenderían.

Menos mal que el perro no podía hablar.

Hubo veces en que el quiltro se movía delante de todos con una actitud bastante sospechosa, entonces, se apoderaba de mí el horror. Nunca nadie se enteró de nada. Habitualmente los domingos, los vecinos y mi mamá se iban a la iglesia y yo me quedaba en la casa del lado. Jugábamos ardorosamente hasta que los adultos regresaban.

Un día mi mamá me había regalado un vestido bien bonito y quedó tan embarrado el pobre, que casi no me atreví a mirarla después.

—Se ven tan felices —oí decir a la vecina.

Mi mamá asintió con una sonrisa complacida.

—El problema es que queda toda embarrada —comentó dando un suspiro. Vea usted ese vestido que lleva puesto, primera vez

que se lo pone y ya está inmundo. No tendré más que refregarlo y refregarlo con bastante agua y jabón. Y eso toma tiempo, quién sabe cuánto.

Lo importante, señora Teresa, es que su niña esté feliz —afirmó la vecina. Han hecho tan buenas migas.

Se ve que usted sabe lo que cuesta criar una hija única—respondió mi madre dando otro suspiro.

—Menos mal que los míos ya crecieron —dijo ella haciendo un gesto de alivio.

Ambas entonces sonrieron.

—Y menos mal que a mí no me obligaban a ir a la iglesia —pensé yo.

Entonces esperaba días enteros para que llegaran esos momentos en que aprovechándome de la ausencia de los adultos, me pasaba a la casa del lado para que el animal se me tirara encima. Así entre los castillos de madera y las viejas tablas, dejaba que hiciera lo que quisiera conmigo. El quiltro era bien hediondo, y a veces hasta asco me daba, pero las sensaciones que me provocaba eran más fuertes que eso y se volvía a repetir la escena, una y otra vez.

Un mal día, el quiltro enfermó gravemente y a las pocas horas, se murió. Fue terrible. Estuve días llorando sin consuelo.

Mi mamá me ofreció tener otro perro, uno para mí sola, pero me opuse terminantemente. No quería tener otra mascota por nada de este mundo.

Ella no sospechó nada y mis vecinos siguieron tan tranquilos como siempre. Pero eso no es todo, y vaya que los secretos tienen sus consecuencias. No puedo negar que a raíz de lo mismo, fueron apareciendo sensaciones cada vez más descabelladas. Me excitaba con los perros cuando perseguían a las perras en celo, de inmediato me venía la imagen del Capitán y de sus lamidos que me producían tanto placer.

Podrás imaginar lo complicado de la situación.

De adulta, escuché algunas historias de mujeres que llegaban a las urgencias de los hospitales con perros pegados, cuando pensaba en eso, me sentía terrible. La sola idea de pasar por algo así me llenaba de pánico. Pero, después de todo, sobre el tema no es mucho lo que se comenta. ¿Qué está dentro de lo normal o de lo anormal? ¿Qué estaría dentro de los parámetros permitidos y qué no? Imposible saber.

Lo que sí me queda claro, es que todo el mundo en algún momento de la infancia ha tenido secretos cautelosamente guardados.

Centro de cumplimiento penitenciario / Inculpado: en el Centro de Cumplimiento Penitenciario de esta ciudad, se procedió a entrevistar a Raúl Ismael Bravo Morales, chileno, nacido en Valdivia, 48 años, cédula de Identidad N° 7.095.676-7, soltero, comerciante ambulante, domiciliado en Sargento Aldea N°569, y que declara:

Soy conviviente de María del Carmen Fernández y padre de varios niños, actualmente me encuentro detenido en la Cárcel de esta ciudad, trabajo como artesano y comerciante ambulante, soy una persona de creencias religiosas muy especiales, por esto mismo estoy preparado para enfrentar las acusaciones que Satanás me hace... Gano al mes alrededor de \$150.000 a \$200.000, el dinero lo ocupaba en mis asuntos; mi familia no necesitaba mayores bienes, ya que todo está contaminado... Preguntado en este acto respecto a castigos inferidos a mis hijos, debo responder que eso era efectivo, pero no era mi mano... En todo caso nunca fueron malos tratos, los chicos se portaban mal y debido a la gran cantidad de hijos debían tener reglas muy severas. No los dejaba salir a la calle ni tampoco estudiar para evitar que se contaminaran... Me considero una persona muy normal y considero muy injusta mi detención en la Cárcel y pese a mi encierro, estoy conforme, ya que Dios me tiene en este lugar por algún motivo... Espero tener la oportunidad de salir para poder rescatar a mis hijos... Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para lograr mis objetivos... Me considero un tipo normal y bastante inteligente... Simpatizo de la Iglesia Evangélica Pentecostal... Pero no soy integrante de ella. Muchas veces he leído la Biblia en la calle para lograr la conversión de la gente. Respecto a mis hijas mayores, me refiero a Margarita y a Violeta, la primera era mi regalona, salía conmigo para todos lados. Ella ocupa un lugar muy importante en mi vida. Admito haber sostenido relaciones sexuales con mi hija Margarita desde los ocho años de edad en muchas ocasiones, pero todo era divino e impuesto por Dios... Mi mujer sabía lo ocurrido pero debía callarlo porque así estaba impuesto... En cuanto a Violeta de 13 años, muchas veces intenté integrarla

a esto ritos de purificación... Pero nunca accedió... Cuando la tocaba o me acostaba con ella se resistía, por lo cual la odiaba, ya que en ella aún existía el ángel de Satanás... Violeta siempre fue muy apegada a su madre. En mi persona. Con mi mujer hemos tenido muchos hijos, nunca quise se instalara métodos anticonceptivos, porque eso es pecado... Todos mis niños han sido quitados por los juzgados de menores, eso también es muy injusto. Respecto a Estella, niego haberle hecho algo malo, reitero mis anteriores declaraciones, la guagua la regalé a una persona que conocí cuando trabajaba en Argomedo con Prat, vendiendo condimentos. Ustedes nunca van a encontrar la guagua, eso se los aseguro... No voy a decir nada más sobre Estella, ustedes nunca la van a encontrar, sólo Dios y yo sabe qué pasó con la criatura, ustedes son discípulos de Satanás y no voy a decir nada más. Preguntado en este acto por otros hijos, no tengo nada más que decir. No voy a prestar ningún otro tipo de declaración, porque yo tengo el espíritu de Dios y ustedes son enviados de Satanás.

Se hace presente al Tribunal que oficiales de esta brigada de homicidios sostuvieron dos prolongadas entrevistas con el inculpado, quien en todo momento se escudó en sus creencias religiosas para eludir respuestas o entregar particulares puntos de vista sobre los hechos investigados, por consiguiente y atendiendo a las evidentes alteraciones de orden psiquiátrico, se optó por concluir estas sesiones.

Criaturas de Dios

DESVIACIONES DEL GALANTEO

Acerca de cuando los hermanos Madrigal Salvatierra aprovechaban sus momentos entre juegos, sudorosos y sofocados sus alientos de respiraciones exhaustas y corrían por los jardines de la casa y se frotaban en la hierba aprovechando las mínimas ausencias.

1

El animal amansa sus ladridos. Abiertas sus patas se refriega y le pide sus caricias. Estimuladas cercanías, susurros sordos, excitados muerden, corren y hasta se revuelcan. Desatados sus movimientos, disfrutan a tirones. Entrecortadas risas. La fina raza. Agitado el amo de gemir sus babas. Y otra vez, el animal gimiéndole de vuelta. Moja, lame los enmarañados pelos.

Aun así, contagiados entre gritos, perturbados crecen. Urge capturar al animal. Frotar sus ancas descubiertas. Muerde. Lame. Mientras el otro, se refriega. Infantil se expande. Repartidos sus abandonados pelos. Imitar sus movimientos enervantes. Vueltas y más vueltas gimen los manchados cuerpos hasta soltarse. Cuando es invierno y el agua inunda los jardines, apasionados corren, a salvo y lejos de todo, como criaturas en celo inflamados arden de felices.

Algo más crecidos los niños juegan. El más pequeño despier-ta sus graves apetitos, los excitados juegos, las nuevas formas y descubrimientos. Morder felices. Suavemente revolcarse entre juegos y aromas sofocantes.

Amanecidos ambos, el mayor tarda. Duerme. Traspasar distancias desde lejos. Gruñidas las doloridas ganas, su furia el pequeño avanza. Entonces, empujar las ropas y salir furioso, cama abajo y desgredado. Muy noche. Enloquece. Lejos, un animal corre y con apenas verlo, se revuelca. Salta. Ladran sus florecidas ganas. Correr descalzos, los sofisticados hábitos cuando él, su furia empuja, pateo y jala. Tiembla su placer largo, lento, entonces, le pide perdón.

2

El más pequeño aprende rápido, va y viene inventando cosas. El mayor esquiva, finge, suplica. Sus deseos suspenden el tiempo. Atrapados en la íntima cercanía del vínculo, el mayor obedece.

–No tengas miedo –dice el más pequeño entre esa inquietante oscuridad

Los juegos obligan, se confunden. Contagiados bajo la lluvia. El menor insiste, provoca. Sabe y muy cerca hostiga, lo descompone y no se detiene. Una y otra vez, el mayor suplica, se avergüenza y por momentos llora. Los besos obligan, se confunde, nunca puede contra sus habilidades.

Entre privilegios se repiten las antiguas prácticas.

Arrasado por la insistencia del más pequeño el mayor fracasa, su incómoda torpeza le pide que no pare, que nunca pare de besarlo. Los deseos se multiplican.

Desde pequeños corren, juegan a los besos y se tocan. Los niños son criaturas inocentes. Inexpertos, atrapados en sus húmedas salivas, avanzan, huyen, segundos, minutos.

Excitado el cuerpo, exquisitamente abierto, suave, detiene palabras. Sus pálidas manos se hunden.

El mayor tiembla. Sumergido el menor avanza, se desliza, ambos convulsionan. Acoplados, propician sus naturales formas. Sobrepasados sucumben, mojados se alivian. Lamer con insistencia. Lamer muchas veces y de todas las formas. Acariciar el cuerpo, hacerlo estallar y que finalmente arda. Se acabe.

3

Los pequeños cuerpos tardan sus naturales encantos, florecientes los reiterados brotes van, vienen, levemente crecidos entre destellos.

Cubrir la impaciencia de los jóvenes. Esperar de la virilidad el estallido, fantasear la musculatura iluminada de hormonas despiertas a fuerza de golpes y de chicos embelesados. Son tantos y todos juntos. Aparecen por todas partes. A escondidas imitarlos. Desligarse. Íntimamente cerca de tardes a solas, girar levemente el cuerpo, turbarse como muchas veces, los pellizcos.

Húmedos se evaporan, deslizados y lampiños, desnudos se miran. Apropiados de juegos, de cuartitos y guaridas, sobre colchones en desuso, expandidos, juegan.

El mayor golpea. El menor acaricia.

Sofocado el mayor, ansioso frota y se aprieta contra las axilas. Al contacto con los dedos obtiene sus primeros gritos. Envuelto, vibra, espeso de ganas. Tenso el capullo, vigoroso y desenvuelto, delicado de texturas, crece. Consigue de la forma su tamaño.

El menor tensiona, con la boca pegada entre los muslos y sin dejar de frotar, los dedos concentrados suben, bajan, agitadamente, cuando exhalado y tibio el cuerpo tiritita sus espasmos. Atrapar desencajado. Agarrar con fuerza los gemidos. Su corazón por dentro. Mojar las carnes. Empaparlas apenas entre pliegues. Una y otra vez el gesto, los aromas dulces, ácidos. Hundir la boca contra el fondo. Tragar vigorosamente.

4

Sácamelos tú y verás cómo florece. ¿Es cierto? ¿Tú qué crees? Tenía que pasarte alguna vez. O creías que solo a mí se me pondría así tan duro. ¿Ves cómo resbala? ¿Quieres sentirlo? Tocar. ¿Dónde te gusta? Muéstrame. ¿Cómo te gusta? Más apretado. Más cerca. ¿Cómo prefieres? ¿Te pondrás violento? ¿Duele? ¿Cuánto duele? Adentro. Me gusta así. Te haría desaparecer. Quiero que me hagas ahora. Más despacio. Ahora. Es lo que quieres. Más fuerte. Responde. Dámelo. ¿Lo quieres adentro? ¿Que te lo haga bien adentro? ¿Qué esperas? ¡No grites! ¿Te mojo? Puedes olerlo. Sentirme. ¡Sé cómo te gusta! Lo siento. Lo huelo. Eres mío. Sólo mío.

5

Se detallan detergentes, artículos de despensa, cereales, conservas, vinos, licores y exquisitas carnes; abonos para el jardín, insecticidas, pesticidas y lo necesario.

Sábado de compras en la casa.

Las empleadas entregan su listas, agitadas corren alguna olvida los productos y a escondidas raya con su mejor letra.

La señora revisa. La señora decide. Maneja a la perfección las sutilezas en el trato.

—Hay que estar encima—. Sabes cómo funcionan las fugas de dinero. Todos saben. Todos acatan. Obedecen. Control total sobre los sirvientes. El marido tiene sus pequeños asuntos y asiente todos sus argumentos, sus determinaciones.

—Adiós, mi querido.

—No olvides los chocolates —le dice el menor.

—No te preocupes cariño. No me olvido.

—Cuídate mamá —le dice el mayor.

Esperan unos minutos, uno de ellos corre hasta la reja para cerciorarse, en el auto se alejan papá, mamá.

Un día entero, piensa. Todo un día para nosotros.

6

Las ausencias de los padres se hacen frecuentes.

Con los años, los jóvenes amantes desarrollan sus habilidades para no ser descubiertos.

Conocen cada puerta que comunica con un nuevo escondite. Actúan a voluntad, sin que nadie los interrumpa.

Incorporados naturalmente los variados artificios, el menor aprende a divertirse. Turbado por la excitación, recorre los alrededores yendo y viniendo por toda la casa.

Durante la ausencia de los padres, todos se relajan. Empleados y niños, deciden no meterse unos con los otros. De esa forma, se evitan las reprimendas, los castigos.

Los niños se pierden.

Nada se sabrá de ellos durante el resto de la tarde.

.

7

Sutiles formas de placeres evolucionan entre los muros de la fortaleza. En los mínimos escondites, muy inquietos detienen el tiempo. Inundados de cosquillas, avanzan los deliciosos despegues.

Fluidos tibios resbalan, mordiendo hombros, techos, lámparas. Atormentados con furia entre susurros y voces. Sus labios pegajosos de salivas agitan cavidades adentro, sellados de pactos secretos.

El menor se desliza cierre abajo, y crecido, lo toma entre sus manos. Acerca los labios. Su cabeza va y viene suavemente entre las piernas. Se detiene. Avanza. Atrapados los labios, precipita su confianza. Lento, suave. El mayor gime. Subyugados y envueltos, contagiados de insistencias, el menor juega. Levemente muerde. Cuello abajo, sigue el movimiento de sus labios. Agitado el cuerpo sube, baja. Presiona sus insistencias sobre el músculo cargado, el mayor grita y se aprieta violento. Enloquece de placer. Aturdido por llantos gemidos, el menor se repliega. Se aparta, lo empuja. El mayor entonces lo toma entre los labios y muy suave repite los gestos. Adelante. Atrás. Hasta el fondo. Los abundantes gritos, sobre el rostro, los muslos, los labios, enteramente mojados se besan, gimen, desatados lamen de todas las formas, arden y hasta se duelen agotados entre los espasmos.

8

Deseosos y excitados los hermanos ruegan por instantes de intimidad. La impaciencia crece. Mariano tiene el poder. Sabe cómo provocarlo. Aumentar sus deseos, hacerlos crecer.

Mariano pone el cerrojo y sabe. Con la misma placentera inquietud, reconoce los pequeños fragmentos; recuerdos empapados de antiguas ocasiones.

Recorre los espacios. Sabe que la demora hará crecer sus ganas. Sabe que de encontrarlo, lo hará donde se ocultan los más delicados asuntos transitando por códigos estrechos, finamente guardados.

Mariano lo atrapa. Caen abrazados. De un salto se levanta y sale corriendo.

—¿Quieres alcanzarme? Le dice lanzando la chaqueta.

—¡Inténtalo! —le grita y corre a esconderse entre los enormes castaños que arrastran sus espesas ramas por el suelo.

Entonces, semidesnudo y con gestos obscenos Mariano se mueve para irritarlo.

Juegos atrapados y recurrentes hábitos de antiguas fórmulas son los escondites. A huidillas desde pequeños, los hermanos avanzan, notable es la agilidad y el riesgo de sus aprendizajes.

Cuando el mayor se esconde, el menor lo atrapa.

9

En un sofocado impulso, el menor se abalanza sobre su hermano y oprime sus insistencias con todo el peso del cuerpo. Sus manos se aferran a los muslos. Pellizca con violencia. Los levanta. Ávido, se moja. Lo moja. El mayor excitadísimo cede. Se abre. Alzados los tobillos con un gesto incitante, se apoya contra los hombros. Sediento, se deja atrapar. Arrepentido y a punto, se repliega y aprieta. Susurrando, gime, balbucea. Mariano se hunde hasta el fondo y entre las húmedas paredes, se desliza. Jesús Andrés lo recorre con sus labios, expulsando su lengua resbalosa, pero Mariano lo empuja con firmeza sobre la cama. Amenazado, el mayor no resiste, se deja morder, chupar. Deslizado, baja hasta el pecho, pellizca su carne, el vientre, los muslos. Mariano se levanta y arrastra a su hermano cerca de la ventana, golpea firme contra sus nalgas. Enardecido por su resistencia, hace un nuevo esfuerzo, y estira las piernas para apartarlo definitivamente. Expulsado, el menor se agita. Siente que lo pierde huidizo, la dolorosa mueca, su ambigüedad. No soporta su rechazo. Actúa para irritarlo. Gesticula sus movimientos de señorita con sarcasmo, sobreactúa sus ademanes delicados. Jesús Andrés sabe que la broma de Mariano derivará en risas y gritos. Pero decide abandonar.

10

En una casa habitada por mayordomos ciegos y servidumbres sordas. Entre susurros y sofisticadas habilidades se preparan los estupendos escondites. Favorecidos los encuentros furtivos y las ilícitas costumbres. Hectáreas de frutales, piletas lujosas, jardines explayados de alamedas, el dinero sobra, orgiásticos y desvergonzados de privilegios y derroches, permitidos los festejos, las agitadas copas se quiebran bajo la mesa, los recuerdos los dilatan.

Cultos, adulados de buen gusto, refinados y tremendamente sensuales, los hermanos se incitan sin inhibiciones. Se detonan las miradas, se exasperan los enjambres. Dispuestos a todo. Pornográficos y desvergonzados se tocan, demasiado cerca. Consentidos y soberbios actúan sus costumbres. Se presagian desastres de perfeccionados vicios para aquietar el tiempo con sílabas detenidas.

Contrariar las formas, satisfacer ternuras y extendidos ampliamente traspasar el vínculo, salpicados tímidamente de frases incompletas. Brillan los gemidos, profundamente atragantados y muy frescos agitados entran, salen, en círculos se agitan, atrapados se mueven, urgiendo necesidad, promovidas las costumbres se satisfacen a cualquier precio, se teme que los padres suban por las patas de la mesa y desenmascaren a sus hijos completando el paisaje familiar, pero lejos de vecinos entrometidos, la familia se satisface a voluntad.

En las fincas se duerme por las tardes.

11

La familia se reúne en el fundo. Se preparan los festejos para celebrar en grande. Un nuevo aniversario de los padres. Cercados por los enormes jardines las abundantes hectáreas de campo.

Una fiesta sin invitados salvo los hijos.

El delicado jardín estilo inglés, bordea uno de los costados en recintos aledaños a la casa, desde allí se vislumbra la enorme piscina.

Árboles frutales, y variedades de rosas y perfumes levemente distintos coronan el paisaje estival. Atentas a las órdenes de la señora, los sirvientes van y vienen con sus bandejas hasta dejar la mesa impecable y servida.

Insiste en verlos a todos, salvo cuando Mariano está de viaje.

Jesús Andrés obtiene su título de Ingeniero Forestal, convertido en profesional exitoso está obviamente a cargo de los negocios de la familia. Aún vive junto a sus padres a pesar de los reproches de Mariano por su falta de autonomía. Su vida sentimental es un desastre de reiterados fracasos, novias aburridas, pechoñas insostenibles, que terminan por dejarlo. Claramente no le interesan las mujeres. La discusión gira en torno a la última novia.

Todos juntos disfrutas el aperitivo. La madre pregunta.

—¿Cómo se llamaba esta niña? No recuerdo su nombre —insiste distraída. —¡No sabes tratarlas! Es el punto. Nunca aprendiste de tu hermano, nadie se atrevería a dejarlo, y él, dejaría a todo el mundo. Te pareces tanto a tu padre.

—¿No crees? —dice, dirigiéndose al marido. Risas.

José María Salvatierra, está parado al lado de la ventana y se entretiene con una pipa. Fuma en silencio, irritado, pero puede soportarlo. Se evade, es un experto.

José María Salvatierra, irá dejando irritantes estelas y aureolas de humo con su pipa.

Mariano recién acaba de regresar de unos de sus últimos viajes por Australia y a pesar de los ruegos de la madre en sus intentos por disuadirlo, partirá de viaje a Europa y se quedará por unos meses dejando atrás la casa materna. Cada vez se preocupa menos de los demás. Vive en un lujoso departamento, regalo del padre al cumplir veintiún años. Ella jamás le perdonará a su marido haber facilitado su huida. Nada le importa tanto como sus viajes, sus aventuras sexuales, sus finas y exquisitas mujeres y hombres guapísimos.

Mariano habla de sus proyectos.

–Pienso dedicarme al cine. Tengo dinero y me interesan las apuestas arriesgadas.

–No sabes cuánto me alegra, querido –dice, sonriendo halagada–. Tienes un talento innato y lo sabes.

Mariano toma su mano y la besa.

–Exageras –dice, incomodando a los demás.

–Sabes cómo me aburro –agrega ella, aumentando la tensión.

Durante todo el aperitivo, Mariano es casi el único que habla.

La madre, de vez en cuando, asiente, interviniendo con comentarios livianos. Mariano no está muy convencido del mejor lugar, donde instalarse para poder dedicar más tiempo a la nueva empresa.

Jesús Andrés se pasea con el aperitivo. Tiene que ser tan cáustico, piensa, mientras bebe otro sorbo. No soporta su soberbia. Lo mira mientras habla y gesticula. Se ha pasado la vida en proyectos que fracasan y sin la más mínima vergüenza, insiste en incomodarnos a todos con sus cuentos.

Mariano marca a propósito los desniveles en el orden familiar, dejando muy en claro que él y su madre son completamente distintos.

–Nadie entiende nada en esta casa –dice, mientras fuma y juega con la copa entre sus manos.

El padre se incomoda. No participa de la conversación. Detesta sus excesos, cada vez más irritado, permanece con la vista fija en el extenso jardín.

Al igual que Jesús Andrés, su padre no soporta la pedantería de Mariano. Lejos y contra sus enseñanzas y principios, él carece de toda moral. Detesta la ligereza de sus posiciones, sobre todo en materias políticas. Congraciado con una izquierda, inaceptable para todos. El padre evita hacer comentarios para no desatar la discusión familiar. Es sumamente fácil, piensa, muy fácil cuando no se ha invertido un ápice en ganar el dinero que desordenadamente malgastas. Nada a costas del propio esfuerzo.

Pronto se avergüenza y muerde sus labios, puesto que él, José María Salvatierra hizo lo mismo. Y así más atrás, las dos últimas generaciones que resultaron bastante inútiles, y muy eficientes al momento de malgastar la fortuna familiar.

Jesús Andrés administra el campo, los empleados y conoce muy bien los manejos de dinero. Tiene ideas bien puestas en la cabeza.

Al menos uno de mis hijos aprendió algo más que frivolidad piensa.

La madre celebra con risas los comentarios de su hijo mejor, que le resulta a cada momento más encantador.

–Es verdaderamente preocupante cómo se ve el futuro –dice, encendiendo otro cigarrillo.

El mayordomo avisa que es momento de pasar a la mesa.

–¡Basta de palabras! –dice el padre y se levanta. Hagamos esto de una vez.

Durante la celebración, ambos hermanos se miran de vez en cuando. La madre agita la copa y brinda repetidas veces por el placer de tenerlos a todos. Al fin, Mariano está de vuelta. Ma-

riano, sin quitar los ojos de su hermano mayor, sonrío y toma un pedazo de pavo con las manos. Jesús Andrés percibe su mirada, la misma antigua y dolorosa complicidad, incómodo al ver que su madre los observa.

Cuando Mariano no está de viaje, los hermanos se juntan, una o dos veces por semana en su lujoso departamento.

El padre permanece concentrado en los manjares de la cena tiene la cabeza gacha mientras los momentos de brindis se suceden. El padre, de vez en cuando, interrumpe mientras los demás conversan.

La madre libera las tensiones y esparce sus perfumes. La celebración se ilumina de recuerdos, al finalizar el almuerzo. Recuerdos de cuando todos vivían juntos y eran tan felices. Después de las delicias del postre entre copas y brindis, el padre saca uno de sus mejores licores, preparándose para el bajativo y enciende un habano, regalo de Mariano de otro de sus viajes por Cuba.

El licor une por un instante el abismo que los separa. Una vez que los padres abandonan la sala, Mariano invita a Jesús Andrés a dar un pequeño paseo por la finca. Es un día bellissimo. Y saben que tendrán algún tiempo, antes de la hora del té. Salen juntos, Mariano de vez en cuando lo sorprende con sus bromas. Jesús Andrés sonrío convencido de que Mariano no tiene remedio.

Cuarto Cuarto

DESÓRDENES DEL ESCRIBIR

Cómo entrar en un secreto. Cómo hacerlo sin que por éllo los hablantes dejen de ser una fuente de inspiración, cómo sin carácter de jolgorio ni de mera morbosidad.

Mi querido Mariano

Aprendí que las experiencias sexuales son ocultas, silenciadas o negadas por incapacidad de otros. Retrógrados, cínicos y muy cómodos en sus acotadas pertenencias. Por lo mismo, puedo garantizar que todas las historias que aparecen en este manuscrito, con evidentes pretensiones editoriales, han sido tomadas de la vida misma.

Al otro lado de la ciudad tuve la suerte de encontrarme con confidencias y relatos del mundo. Bien es sabido que en tales materias, las situaciones o descubrimientos inesperados de “aparentes faltas” se corresponden con impulsos o pulsiones sorprendivas que los niños no tienen por qué entender.

Busqué más allá de los detalles, entonces los libros se hicieron insuficientes. Tendría que sumergirme en las experiencias reales. Y para ello, necesitaba un sistema que no limitara las esencias más sutiles y que nos permitiera consolidar y fortalecer nuestro vínculo.

Dejé volar mi imaginación más lejos y pude cruzar el otro lado de la ciudad para conseguir esas historias que complementarían mis investigaciones. Pensé en secretos y cómo conseguirlos. Imaginé que luego, aquellos testimonios, me permitirían avanzar en exploraciones más arriesgadas, tanto o más que la de ustedes.

Lo primero era entender que en la infancia las primerísimas pulsiones pueden manifestarse de las formas más curiosas, singulares, incluso extravagantes. ¿Cómo?... ¿Cuándo surgen aquellos deseos?... ¿A qué edad?... ¿Cómo hacían otros para controlar su intensidad?

Preguntas, solo había preguntas al pensar en ambos y en su particular forma de cariño.

En este manuscrito encontrarás de todo. Escenas de lo real, anécdotas, paisajes literarios, investigaciones y también mis análisis de documentos clínicos y legales que me parecieron relevantes. Estas pulsiones se presentan con frecuencia desde los primeros años de vida y son esenciales en el desarrollo y estructura de la identidad de los individuos sanos.

Impulsados por un afán exploratorio los niños aprenden a observar, hacen preguntas; buscan conocer, representar y experimentar la realidad del mundo que habitan para dar respuesta a sus inquietudes y a las muchas interrogantes que los embargan, es fácil percibir cómo moldean los temas sexuales de acuerdo a lo que ellos mismos fantasean e ignoran, convirtiendo sus constantes preguntas en respuestas ancladas en fábulas o mitos, capaces de una fina elaboración de fantasías o creencias de acuerdo a sus capacidades de comprensión y conveniencias que pueden derivar en errores y creencias absurdas.

Algunos de los secretos que aparecen en este manuscrito podrían parecer descabellados, excitantes o hasta graciosos. ¡Dios, cuánta pulsión habita nuestros cuerpos y a tan temprana edad!

Lejos de estructurar relatos concebidos con prejuicio y aún más lejos de confirmar algún tipo de verdad, moral o certeza, estaba segura que cuando el amor nos conduce, las pulsiones nos dominan.

Confirmé que la vida cotidiana no está para nada en sintonía con la moral y las buenas costumbres. Lo sé. Aún contra tus reclamos (entiendo

perfectamente tu hastío y hasta lo comparto) sabías que era indispensable que asistiéramos a la iglesia los domingos, considerando que tu padre no se perdía la misa de las siete, solo o acompañado por tu hermano. ¡Créeme! No era tan terrible. Eso nos permitió dejar una marca de la profunda unión que existía al interior de nuestra familia. Los rumores y comentarios malintencionados vuelan como el viento entre estas gentes.

Poderosos y convenientes vínculos con la iglesia católica facilitaron nuestras redes de pertenencias indisolubles. Nos perpetuamos en círculos diminutos de generación en generación. Es una forma de vigencia, fortalecer lo sutil y deslizarnos por los objetivos con movimientos pausados. Nuestra clase tiene sus estrategias, excluyentes, moralistas. Aun así, siempre he pensado que religión y cinismo van de la mano, recién hoy algunos se dan cuenta y que la información favorece el conocimiento. Hay cosas que se vuelven verdaderamente intolerables, al menos para mí, por ejemplo, la entrega de nuestras libertades. Además, es sabido que algunas de estas familias que entregaron sus confianzas a la iglesia, también entregaron su inocencia, pero he decidido evitar detenerme en los oportunistas y tan codiciosos territorios de la prensa, ya que para mí estaba claro que los niños y sus eróticas sostienen una cadena de estancamientos en una zona sin palabras, donde tampoco existen corduras o faltas. Complacencias y coqueteos terapéuticos al respecto evitaban ahondar en los acontecimientos que se alojan en los laberintos de la naturaleza humana.

Algunos piensan que hay ciertas conductas que bien valdría mantener ocultas y en total oscuridad y que hay saberes capaces de un enorme daño. Por razones que ignoro me vi hojeando algunas páginas sobre temas que hoy aparecen como sorprendivos y que han estado siempre ahí, tangencialmente, mucho antes de hacerse tan populares.

Algunos rodean a las víctimas con espíritus de sospechas, estando plenamente al tanto, muchas veces al interior de las familias, profundizando los vínculos filiales como silenciosos cómplices de las inadecuadas actitudes de los otros. A pesar de todo, estoy convencida de que muy por el contrario también habrá los que tendrán que reconstruir las vidas. Siempre es mejor estar al tanto de los ocultamientos exhaustivos de tales prácticas.

Hay saberes capaces de un enorme daño. Por razones que ignoro me vi hojeando algunas páginas sobre temas que hoy aparecen como sorprendivos y han estado siempre ahí, tangencialmente, mucho antes de hacerse tan populares. Algunos piensan que hay ciertas conductas que bien valdría mantener ocultas y en total oscuridad, en mi opinión, siempre es mejor estar al tanto. Dicen que algunos rodean a sus víctimas estando plenamente al tanto, son los silenciosos cómplices que sin asomo levantan sospechas amparando, las inadecuadas actitudes de otros.

¡No! No fue agradable ni reconfortante oír todas esas historias ni tener que sostener el circo de rarezas que ni yo misma hubiera imaginado.

Es posible que algunos pasajes no sean familiares o definitivamente incómodos, pero mi decisión justamente fue ahondar en aquellos lugares.

Pensé intervenir las palabras, extenderlas hacia las más leves contradicciones del cuerpo. Estos relatos describen mis íntimas imágenes.

Quise cuidar sus naturalezas libres.

Harta de los mundillos que nos restringen, los observo, siempre los observo. Descubrí que cualquier conducta levemente diversa se percibía de inmediato como un atentado.

Al descubrirlos mi virtud de mujer y madre se complace. Verlos jugar y compartir al interior del caserío con libertad y placer me llenaba de satisfacción. No podía imaginar mejor escenario para que tú y tu hermano crecieran. Me movían poderosos objetivos.

Con los años soy testigo de sus cambios corporales, puedo verlos entrelazados en esa complicidad tan indispensable y que nos favorece.

Reconozco sus instintos y hasta puedo presentirlos porque vivo como ustedes sienten y porque son míos los quiero lejos del mundillo de los vulgares. Pensé crear ingeniosos argumentos que desviarían los gestos evidentes de mis hijos y buscar otras escenas para el enriquecimiento de la trama. Pero al final de todo este despliegue y casi al borde del espectáculo, entendí que bastaba con desarrollar historias convincentes y por qué no una opción estética. Sabes que nada me provoca más incomodidad que las alianzas de los recién llegados, ampulosos en sus manifes-

taciones. Son cientos, miles de esas gentes que nada tienen, que ver con mis intereses. Al interior de nuestra familia persisten dictámenes muy antiguos, argumentos superiores, imperceptibles para el resto. Tal vez me había propuesto demasiado y eso había detonado en mi la misteriosa enfermedad a la que estaba condenada.

No olvides que las normas sociales, las personas y sus convenciones no me parecen interesantes sino muy por el contrario, por lo tanto es muy lógico que éstos a quienes yo denomino “vulgares”, no se permitan siquiera un paso al frente contra nada y no dudarían en condenar cada uno de mis actos. Pero, tú y yo sabemos que sus creencias nos sumergirían aun más miserablemente en la oscuridad.

Josefina Salvatierra Riquelme

En Santiago de Chile, 32°C

*Considerando que todo ejercicio de lenguaje
es y será ficción, espero que en lo que va de este manuscrito
hayas tenido una lectura placentera*

José

Y justo ahora, él no podía quedarse callado

El José tenía ocho años. Su madre se había muerto de una larga enfermedad y parece que fue bien terrible. Como su papá nunca vivió con ellos, fue a parar a la casa de una tía por parte de su mamá.

Decía que su tía al principio era cariñosa y que se preocupaba mucho de él. Pero como que siempre le había tenido lástima, aunque mala la señora no era, y como él era obediente y medio tímido, se adaptó rápido, qué otra cosa podía hacer el pobre, si era su destino y nadie puede cambiar eso. Estaban acostumbrados a vivir tranquilos los dos, hasta ese día en que apareció la mujer. Parece que venía del sur y que hacía años no se veían. La cosa es que llegó sin dar aviso y, como era su hija, venía para quedarse.

La prima del José era viejona. Tenía como veintinueve años. Él, desde que la vio la primera vez, le tuvo miedo.

Ella se encargó de hacerle saber que no le hacía ninguna gracia que estuviera viviendo en su casa. La prima andaba siempre idiota. Se enojaba por cualquier cosa. Al tiempo empezó a espiarlo. Por las noches, se le iba a meter a la pieza y él tenía que hacerse el dormido. Como su tía no estaba en la casa, no tenía cómo defenderse solo y tan chico, de una viejona como ella.

El José desde el principio le tuvo miedo. A veces, se ponía brusca y le pegaba y dice que cuando empezaba a llorar era mucho peor porque la otra se ponía histérica. Y si después de que le había pegado y lo había maltratado hasta el cansancio, lloraba mucho, ella le empezaba a secar las lágrimas y le pedía perdón mientras le daba besos en todo el cuerpo. El no sabía qué hacer y se quedaba callado, incluso hasta le creía al principio. Pero era bien loca la mujer.

Así duraba lo que durara no más, después se volvía a poner violenta y lo hostigaba igual. El José decía que siempre andaba con cosas en las manos, cuchillos, tenedores o cualquier objeto punzante, y cuando pasaba cerca, de puro mala le daba un puntazo. Él la esquivaba tratando de arrancar, pero su prima lo agarraba y apretaba sus mejillas muy fuerte para que le doliera aún más. Era como que inventaba cosas que le hicieran doler al pobre. Y todo eso lo hacía cuando estaba solo y la tía estaba en el trabajo, aunque a veces ella veía sus marcas, pero no hacía ni el más mínimo comentario. Apenas le decía que tratara de no acercarse. Pero nunca hizo nada más. Y como él se quedaba callado, la mujer empezó a amenazarlo. Le decía que si la acusaba con la tía, lo iba a dejar amarrado en el sótano un día entero y ni siquiera iba a poder ir al baño. Finalmente la cosa se fue poniendo peor.

Y a la mujer le dio con otro tipo de jueguitos. Empezó a tocarlo. Se le subía encima y hasta besos con lengua decía que le daba y se ponía a llorar tanto el pobrecito tratando de zafarse, pero como no se dejaba ella lo amenazaba con llevárselo de verdad al sótano y dejarlo sin comer. Porque eso sí, su tía le dejaba todos los días su comida lista. Empezó a llevarlo al sótano, y lo amarraba de verdad y lo toqueteaba mientras él seguía negándose en la medida de sus fuerzas. Una vez, lo tuvo un día entero encerrado, amarrado y sin una gota de agua. Dice que a él le dio tanto terror que quedó traumatizado porque en el sótano había ratones. Pero la mujer jamás sintió pena, ni siquiera un poco de compasión, porque cuando se ponía así, no había cómo sacarle lo mala.

Con el tiempo, el José conoció el verdadero maltrato. Su violencia fue peor y empezó a abusar de él sexualmente. Lo humillaba, lo golpeaba, y le hacía cosas terribles y casi siempre antes de hacerlo lo amenazaba con un cuchillo de cocina. Le decía que si se atrevía a decir algo, lo iba a matar. El José vivió aterrado por más de quince años, aterrado de ella y por supuesto que el pobrecito jamás se atrevió a contar nada. Hasta que finalmente creció, estudió y se fue del maldito lugar. Y dice que no volvió a ver a su tía nunca más. Un día se encontró con la prima en la calle y casi se muere de susto. Dijo que la mujer se veía patética, mucho más vieja, alcohólica y bien deteriorada y hasta tuvo el descaro de agarrarlo del brazo, pero, como él era ahora grande, se soltó, la empujó y salió corriendo lo más lejos que pudo. El José dice que por eso nunca intentó nada conmigo. Me enamoré al tiro de él. Lo encontraba tan correcto. Pensé que se estaba guardando hasta que nos casáramos. Pero ahora que nos íbamos a casar, no pudo hacerle más el quite y me tuvo que contar todo. Dice que me ama, pero que tiene tanto miedo de que nos casemos porque después de lo de su prima, ni siquiera sabe si va a poder tener sexo conmigo, porque de verdad a su prima le tenía terror.

Laura

*Paralizada frente a la inmensidad del agua
con el cuerpo ahogado de culpas.
Como naufragar en un desierto, pensó*

Casi no recuerdo, pero era muy chica... Creo que tenía cuatro años y ya me sentía mala y es por eso que vivía con miedo porque me habían dicho que cuando uno hacía cosas malas, allá arriba había alguien que todo lo sabía y que todo lo veía y que, de seguro, me iría al infierno.

Desde entonces, vivo inquieta, asaltada de presentimientos terribles a riesgo de que algo muy feo y muy malo cambie mi vida de un momento a otro, pero como también decían que hasta los siete años iba a seguir siendo un angelito, deseosa esperaba el momento en que me pondría mala para siempre y como ya sabía todo eso, mis deseos no se calmaban con los arrullos de mi madre ni con los encuentros con otros niños en el colegio. Así fue como me atreví a algo que crecía en mí de un modo incontrolable y lo disfruté tanto porque ya sabía yo, y lo supe desde antes de cumplir los cuatro años, que pronto vendría el infierno y ya no me importaba tanto y aunque los otros niños tenían sus amigos, yo tenía algo que era sólo mío y que no compartiría con nadie.

Esto fue lo que aprendí cuando vivíamos en una casa grande que tenía un patio enorme y a mí me gustaba tanto jugar sola y ya ni me sentía tan mala porque, al final, uno se acostumbra a todo y hasta el miedo mismo me protegía porque “para los grandes”, los demás son una amenaza. Mi mamá se preocupaba mucho de mí porque siempre quería estar sola y porque ya no sabía cómo consolarse por el abandono que yo le manifestaba a los demás y a ella misma. Entonces, se le ocurrió una idea genial y se fue a visitar a una vecina que vivía justo frente a nuestra casa y que tenía varios cabros chicos. Y la vecina le dijo que lo único que yo tenía era timidez y que la mejor manera de que se me pasara era jugando con otros niños y ella, que también era una mujer inteligente, aprovechó de librarse de uno de sus tres chiquillos que sí era malo, como un pequeño demonio, y lo peor es que antes de concertar nuestra primera cita, ellas lo sabían y aún así, las dos madres nos obligaron a las juntas.

Yo apenas vi al chiquillo sabía lo que nos iba a pasar... Entonces nos encerrábamos en el closet y cuando más nos gustaba encerrarnos era cuando su mamá no estaba y venía la nana y nos perseguía con la escoba. “chiquillos inmundos”, nos decía. Salgan de ahí al tiro que va a llegar la señora y los va a pillar a los dos... ¡Salgan de una vez, antes que los moje con la tetera!”, y nos salía persiguiendo.

Entonces yo me empezaba a reír y mucho, mucho me reía porque estábamos obligados a juntarnos, así que, día a día, aprendimos eso de los juegos y, poco a poco, pero bien de a poco, empezamos a entendernos en eso de los secretos que a mí tanto me gustaban y que a él también. Pero igual nos llenábamos de culpas porque a mi amigo, le venían las mismas culpas que a mí me daban desde que le conté lo que los adultos decían del pecado y que bastaba con tocarse un poco y nos iríamos al infierno... ¡Pobre! creo que su mamá, de pura pena, no le contaba. En cambio, yo con horror sabía que él y yo tendríamos secretos y después nadie supo que a mí me

gustaba tanto mi amigo porque tenía la piel café y los ojos raros, muy grises y una mirada como de maldad que descontrolaba a los grandes y por eso, lo castigaban en el colegio...

Hasta que de tanta visita y juego, empecé a disfrutarlo. Aunque a veces, sus hermanos más grandes nos molestaban diciendo sus bromas porque qué sabíamos nosotros de andarse dando besos delante de todos... Así que yo me ponía furiosa, porque lo que los grandes no sabían, era que el niño hacía cosas feas, pero bien feas y que a mí, a veces, ya ni me gustaba tanto juntarme con él, pero igual hacía cosas aunque a la fuerza y tenía que reírme y tenía que hacerle caso cuando conocí su crueldad y hacía tanto daño para ser tan chico que los otros niños salían corriendo apenas lo veían y nos gritaban cosas...

Él era el único amigo que tenía para despertarme la imaginación y al chiquillo le gustaba hacer explotar mi cabeza. ¡No! Miento. ¡Sí! Miento, estoy mintiendo, no es verdad... siempre miento porque nunca se me quitó lo mentirosa, pero nada de eso era tan importante como cuando apareció el terror... Ahnn, un terror siniestro hacia la iglesia y todos sus desastres porque los dos éramos una mezcla de esas que se dan a veces no más en este mundo, y lo que pasa es que juntos vamos aprendiendo las cosas que nos dejan fuera de la iglesia. Por eso tengo que agradecerle a mi amigo porque a mí no me gusta la iglesia y no me gustaba la gente que iba a la iglesia ni las familias que se juntaban en la iglesia y gracias a eso me salvé y pude tener mi propio mundo: uno mío sin que ni él se diera cuenta porque, al final, era yo quien le había enseñado todo y por eso, ya nada me satisfacía más que su risa de maldad y lo que más nos gustaba era tocarnos y nos hacíamos cosquillas y yo me sentía mala, muy mala jugando, mala tocándome y ni siquiera me acuerdo de qué otras cosas hacíamos, pero se que lo disfrutábamos y después nos íbamos a jugar a la iglesia y nos reíamos de los grandes y de sus caras exageradas de adultos serios.

Ahhh ¡Aaah! ahora recuerdo que había personas que hasta dormían cuando el sacerdote daba la misa y después imaginábamos a todas esas personas serias de la iglesia haciendo cosas malas y casi nos moríamos de la risa y teníamos que arrancarnos de la iglesia para evitar el escándalo cuando todas esas personas nos miraban indignadas y entonces, seguí creciendo y aprendí nuevas enseñanzas de las normas y de la moral y del señor nuestro y ahí sí que entré en pánico, pero eso era porque era chica y sólo me faltaba aprender a vivir con mi pánico y desde que aprendí, me negué a entrar en las iglesias.

Y por suerte, la mamá era beata, pero el papá no y más suerte todavía que mi educación fuera ambigua y que mi papá estaba muy lejos de las cosas religiosas y de todas esas desinteligencias, como él mismo les decía... Entonces, la mamá beata vivía alejada de la iglesia por culpa del papá que no creía y porque no era bien visto a los ojos de los demás y de las familias que iban a la iglesia, que una mujer apareciera en la misa sin marido y eso me salvaba y también me salvaba de mi amigo porque ella sabía que no podía decir nada y que lo culpaba a él de todas sus renunciadas, pero se contentaba con hablarnos a mí y a mis hermanos de Dios, de seguro, que para sacarse los remordimientos de encima porque nadie más que ella era responsable con eso de haberme empujado a los brazos del chiquillo y me gustaba tanto estar a oscuras y sentir cosquillas en todo el cuerpo y me encantaba verlo cómo se hurgueteaba para saber más porque él siempre quería saber más y terminábamos necesitando eso, el contacto con eso y eso nos hacía más y más sucios y ahí empezamos a hacer cosas más raras.

Entonces cuando él me tocaba, me daba mucha risa y me reía mucho y mis mejillas ardían y a mí me encantaba tocarlo y darle besos en todo su cuerpo, muchos besos le daba yo a ese cuerpo bonito de niño malo y él me los contestaba con más saliva, bien sucios de saliva. Nos apretábamos en el closet y nos revolcábamos de la risa, creo que si me lo preguntan que puede haber sido

más o menos así aunque los recuerdos, con los años, desaparecen y se pierde cualquier tipo de objetividad. Pero si tengo que hacer un intento por recordar más exactamente qué hacíamos, cuáles eran las cosas más malas que hacíamos, no me acuerdo de nada... El resto de la historia pueden preguntársela a la mamá que lo tiene todo muy bien anotado y después viene y lo cuenta todo y a todo el mundo diciendo que nos escondíamos en la piscina de la casa y dice que cuando mi amigo la veía aparecer, empezaba a subirse los pantalones y muy serio, le decía que estábamos jugando y yo, muerta de la risa, me quedaba mirando el suelo avergonzada porque tampoco llevaba mis calzones. La mamá cuenta que cuando nos pilló, fue a hablar de inmediato con la vecina y le preguntó si nos veía hacer cosas de esas que hacíamos y entonces ella le decía entre risas que sí, que claro que jugábamos, pero que no era para tanto porque todos los niños siempre jugaban a esas cosas. Entonces le contaba que, en su casa, nos escondíamos en el armario y jugábamos toda la tarde encerrados, pero entonces le decía que, como éramos chicos, esas cosas no tenían importancia.

No sé, ya no tengo idea y ya ni quiero recordar. no me siento bien porque, en ese tiempo, mi amigo y eso sí que fue terrible y muy definitivo, tuvo una idea muy mala que me dio terror. Un día, se le ocurrió dejar sus inmundicias en el patio delantero de la casa de otra vecina y no contento con dejar sus excrementos en el antejardín, delante mío empezó a frotarse contra el tronco de un árbol bien bonito y que era casi el más bonito de todo el vecindario y lo más horrible es que mientras lo hacía, se reía y se reía y no paraba de reírse y yo empecé a llorar y me sentí tan mal que me puse muy enferma que hasta fiebre tenía y también ganas de morirme porque quería vomitar del puro asco cuando me acordaba del tronco de ese árbol que nunca más se me olvidó y esa tarde, mientras más lloraba, más se reía él hasta que nos pilló la vecina y salió furiosa a pegarnos con una varilla y al ver lo que habíamos hecho con su árbol, nos apuntó con su furia en señal de castigo, casi como la sentencia que Dios impuso a Adán y Eva.

Durante años, a veces soñaba con el maldito dedo apuntándome para siempre... hasta pesadillas tenía con la señora que, además, era tan fea y tan gorda y con tanto maquillaje que hasta parecía más mala que los dos juntos, porque hasta el pelo lo tenía pintado y tenía muchos collares de esos con perlas y también pulseras y cosas que brillaban y eso sí que era todo un pecado, pensaba yo después, cuando estaba más crecida, que esa señora horrible hubiera descubierto secretos que, tan celosamente, habíamos guardado.

Pero tampoco es muy cierto porque éramos dos niños que ya no se conformaban con hacer cosas a escondidas... “Ándate luego a tu casa chiquilla cochina”, decía la nana, “no se queden ahí encerrados tanto rato que ya no soporto verlos escondidos haciendo quién sabe qué cochinas”. Entonces él y yo, deseosos de peligro, nos iniciamos en los actos del delito y nos hicimos adictos... Entonces empezamos a jugar a eso de los delitos, un dos tres, un delito, robar plantas y flores de los antejardines del vecindario, sí ciertamente un delito, besarse y tocarse en espacios públicos y a propósito y por supuesto, delito mayor defecar en el patio de aquella casa. “Seguro que ya se conocen todo de memoria”, repetía la empleada, así aprenden estos chiquillos del barrio alto y así son después, sucios y cochinos, y nos tienen a todos jodidos los perlas... a nosotros que somos honrados y que trabajamos para limpiarles sus inmundicias. No saben nada de la vida y del sufrimiento de las personas ni tienen idea porque, desde chicos aprenden a hacer puras inmundicias y sus madres ni se preocupan de ellos. Después se andan quejando con las empleadas y echándoles la culpa de todo, a las empleadas nosotras que no podemos manejar a los chiquillos que tienen, todos enfermos de la mente”.

Nuevos inventos nos fueron acercando al mundo de los delitos mientras la nana gorda de mi amigo nos espiaba porque a esas alturas, la mamá no se preocupaba de vigilarnos y nos mandaba todo el día a la casa del chiquillo para que no nos quedáramos

metidos adentro de la piscina y lo peor de todo, fue que el día que mi amigo dejó sus mugres en el patio de la vecina y que yo lloraba tanto para que no lo hiciera, justo en ese momento, salió la vecina furiosa y empezó a insultarnos muerta de rabia. Y así tan furiosa, nos fue a acusar a la casa del papá que justo había llegado más temprano y estaba ahí cuando la vecina gritaba y el papá se puso tan enojado y yo ya no sabía qué hacer para calmar el terror y parar de llorar y la mamá subió y se encerró en el dormitorio con mis otros hermanos y todo era terrible porque ya sabía yo cómo sería y que me iban a castigar para siempre y que no me dejarían nunca más hacer nada de lo que más me gustaba, pero que después de todo, ya no me gustaba tanto porque tenía mucho miedo de que mi papá me matara a golpes ese día porque ahí sí que sabía que había pasado todos sus límites y de verdad, se puso todo tan violento que ese mismo día, recibí los golpes más feroces de mi vida y la mamá ni siquiera apareció para defenderme cuando ella tenía más culpa que todos en esa casa por juntarnos con el chiquillo y entonces supe que nunca más sería una niña mala porque la golpiza fue feroz.

Nunca más volví a juntarme con el chiquillo porque nos prohibieron juntarnos y todo fue terrible hasta que un día, cumplidos los nueve años, le hablé seriamente a mi papá diciendo que no me interesaba hacer la primera comunión y él orgulloso hasta me felicitó y me dijo que se alegraba mucho de que, al fin, su hija estuviera dando muestras de inteligencia y eso ya me significaba una ventaja, pero, en el fondo, esa inteligente decisión se la debía exclusivamente al horror de confesarme... menos mal que todo eso del infierno era mentira y que no tuve que contarle mis secretos a un extraño por mucha sotana que tuviera.

LOS NIÑOS NO SON ÁNGELES / ni seres asexuados, sino niños y niñas habitados por un cuerpo, una mente. Caen allí sobre la tierra, marcados por el sexo, obligados al silencio. Constituidos como secretos, es desde allí que elaboran su mínima identidad, desde movimientos desplazados bajo las insidiosas miradas de sospecha de los adultos. Sus sexualidades infantiles, deseosas, están habitadas por fantasías, que buscan goce y nuevas experiencias de placer. Viven y habitan una realidad infantil con características, dimensiones, tiempos, espacios y principios propios, diferenciados de manera radical con los mayores.

Los juegos sexuales son comunes en los primeros años de vida; jugar al doctor, explorar los cuerpos, así como jugar a papá y mamá, se presentan con frecuencia. Al hablar con un niño de estos temas, es fácil percibir cómo moldean los temas sexuales de acuerdo a lo que ellos mismos fantasean e ignoran, convirtiendo sus constantes preguntas en respuestas ancladas en fábulas o mitos, o mejor dicho, transformándolas en “teorías sexuales infantiles”, reflejos de su propia naturaleza sexual, siendo capaces de una fina elaboración de fantasías, mitos o creencias, de acuerdo a sus capacidades de comprensión y sus conveniencias, lo que puede derivar en errores y creencias absurdas, pero a la vez, dan pruebas de una gran comprensión sobre los procesos sexuales. Aceptar en las niñas y niños su carácter luego de haber sido confinados al encierro, producto de la tradición filosófica religiosa para colocarlos en su verdadero lugar, significó hacia el siglo XIX hablar de seres deseantes, capaces de amores y odios. Entonces, en contraposición a los dispositivos de ocultamiento, existe una sexualidad infantil como “tema” finalmente despejado, constatado por una mirada actual, y que traerá prejuicios eficientes, contrapuestos, bajo una mirada que insiste de la inocencia infantil. Un tema que inevitablemente choca o se cruza con resistencias e impedimentos hacia una comunicación necesaria. La suspicacia producida por los sucesivos ocultamientos somete el asunto a una penumbra, donde se enseña a los niños a ser cautelosos, poniendo en riesgo su propio desarrollo y evolución. La fuerza determinante de la sexualidad infantil en el mundo adulto aparece en ocasiones en una criminología que estalla, como lugar recargado de tensiones donde se cruzan el lenguaje, la política, las economías y que pareciera estar relacionada con el amplio mercado de las intensidades y simultaneidad del sexo.

El sexo ha sido siempre el núcleo donde se anuda, a la vez que el devenir de nuestra especie, nuestra verdad, de sujetos humanos

(Michel Foucault)

¿Acaso el incesto es más peligroso? No, sin duda; extiende los lazos familiares y en consecuencia intensifica el amor de los ciudadanos por su patria. Está comprobado que nos es dictado por las primeras leyes de la naturaleza y que el goce de los objetos que nos pertenece nos parece más delicioso. Las primeras instituciones favorecen el incesto; es encontrado en el origen de las sociedades. Está consagrado por todas las religiones y todas las leyes lo han fomentado. Si recorremos el mundo, veremos que el incesto existe en todas partes —te pido querido, pongas especial atención a estas palabras, pues contiene ideas interesantes y podrían ser muy liberadoras.

Los negros de la Costa de la Pimienta y del río Gabón prostituyen a sus mujeres con sus propios hijos; en el reino de Judea, el mayor de los hijos debe desposar a la mujer de su padre. Los hombres de algunos pueblos de Chile se acuestan indistintamente con sus hermanas y sus hijas, y a menudo se casan con la madre y con la hija a la vez. Me atrevo a asegurar, en suma, que el incesto debería ser ley en todo gobierno que se fundamente en la fraternidad. ¡Cómo es posible que los hombres sensatos puedan llegar a la absurdidad de creer que el goce de la madre, de su hermana o de su hija pueda ser delito! ¿No es, pregunto, un abominable prejuicio que el hombre considere un delito preferir para su goce al objeto que por un sentimiento natural siente más próximo? ¡Equivaldría a decir que nos está prohibido amar en exceso a los individuos que la naturaleza nos prescribe amar más y que, cuanto más nos inclina hacia un objeto, al mismo tiempo más nos ordena alejarnos.

La filosofía en el tocador
Marqués de Sade

Jesús Andrés Madrigal Salvatierra

EL HERMANO MAYOR

*Acerca de lo que le sucedió al
hermano mayor, al enterarse
que los juegos practicados en
complicidad con su hermano
están y estarán prohibidos. Y
de cuando aún sabiéndolo, se
entrega al estrecho vínculo y
de cómo alborotados corren
y se esconden en los rincones
de la enorme casona, incitados
siempre por el menor. Y de
por qué, víctima y cómplice,
sucumbe entre las lágrimas,
henchido de culpas y de pesares.*

Vivíamos una infancia cercada entre muros de habitaciones enormes. Nuestra casa era una fortaleza sellada para el mundo.

Despierto. Corro a encerrarme en el baño. Me quito el pijama. Mis manos son otras. Húmedas se deslizan por el pecho, los brazos y bajan muy cerca del ombligo. Mi sexo palpita, reacciona, algo crece. En ese momento, como si entendiera lo que me pasa, entra mi hermano menor y sonrío. No alcanzo a cubrirme, tampoco quiero hacerlo. Todo está revuelto. Mi corazón se agita, puedo sentir las pulsaciones en los oídos a punto de estallar. Pienso en mi madre. Pienso en gritar y obligarlo a salir. Me aterran las consecuencias, si nos descubren. Quieto, me quedo muy quieto cuando mi hermano se quita toda la ropa. Su cuerpo es tan menudo y flaco. Se acerca, sonrío y me abraza.

–Te quiero –me dice, mientras sus pequeñas manos se deslizan por mis piernas y sigue tocándome hasta que nos reímos.

–Me haces cosquillas, –le digo.

Sus ojos brillan. Me abraza por la espalda.

Desde ese día quise escapar, desaparecer. Éramos unos niños, yo tenía once, mi hermano apenas nueve. Desde ese momento quise escapar de esa vida. Pero supe que aunque lo intentara con mayor voluntad, nada podríamos detenernos.

Mi hermano me altera y me descompone. Cuando estamos juntos, me siento seguro, sin él, la angustia me consume. Me toma por sorpresa, y me hace cosquillas. Sus pequeñas manos siempre están húmedas. Nos reímos. Me contagia de algo, lo abrazo y lo cubro de besos. Sus mejillas arden. Él me provoca, me anima y luego huye, como si disfrutara viéndome acabado. Es hábil, aprende a engañar. Me siento en desventaja. Una y otra vez, caigo en sus juegos sin entender cómo hace para perturbarme.

Mariano se vuelve un hábito. Odio la fuerza del secreto que nos une. Por las noches sueño que nos besamos. Sofocado por la angustia, dependo de su necesidad. Mi hermano menor va metiéndose en mis pensamientos hasta que se vuelven pesadillas. En mis pesadillas, todo se confunde. Mi madre y mi hermano se ríen, cómplices me expulsan del círculo. Desconfío.

Despierto llorando. Algo extremo crece entre susurros y mi vida se desarma. Confundido por sensaciones que desconozco, actúo con cautela. Extraviado, pierdo el control. La ansiedad me enferma. Nos hacemos indispensables. Mojo mis labios con ansiedad. Vigilo a mi madre y, a la vez, tengo que estar siempre atento a las conductas de mi hermano. Aprendo a esconder el miedo cada vez que amenaza con ir a contárselo todo. Nos habituamos al encierro. Me acostumbro a tenerlo cerca. Insiste, me obliga y yo, obedezco como un criado más cada una de sus nuevas ocurrencias. Mi confusión crece. Cuando todos duermen, pienso en él y me toco.

Lo escucho correr por los pasillos. Lo veo entrar en mi pieza. Se mete en mi cama y me toca.

Su mirada es extraña. Sus ojos brillan como un gato endemoniado. Mi hermano menor tiene una energía que se multiplica. Me provoca con sus ganas, mi cuerpo reacciona y él lo sabe.

Nos deseamos. Nos movemos. Nos tocamos enteros.

Sin hacer demasiado alboroto, aprendemos a ocultarnos. Nos ponemos violentos. Aún me excita y tortura la fuerza de nuestro vínculo, a veces con ternura siento que el amor nos hizo cómplices de secretos inconfesables.

Con los años Mariano empieza a actuar en forma grosera, desinhibida. Mi hermano menor toma un camino del que no puedo hacerme responsable, sus costumbres son extravagantes, y se van volviendo más extremas hasta que los modales y el decoro abandonan nuestra casa. Nadie ve nada. Nadie sabe nada. Mi hermano se pasea desnudo, a veces hace gestos obscenos a las mucamas, otras las toma por sorpresa o llama a los perros para intimidarme. Nos aseguramos que nadie, ninguno de los empleados de la casa nos sorprenda, antes de perdemos en los enormes jardines. Los animales, contagiados con nuestros movimientos nos lamen, nos muerden, se nos montan.

Siempre inventamos nuevos escondites. Mi hermano menor me culpa de todo, amenaza siempre con contárselo a mi madre, y hasta me alivio cuando siento que soy el único responsable.

Eras el mayor. No debiste permitir que esto pasara, me lo repito en los peores momentos.

Durante mucho tiempo despierto agitado por las pesadillas. En ellas, mi hermano mira a mi madre de una forma que me inquieta; es como si estuvieran de acuerdo y en mi contra. Sus gestos me desconciertan.

En sueños muy nítidos veo a mi madre en la silla mecedora. Atrás. Adelante, el movimiento monótono es tan amenazante como las manillas de un reloj. Mi madre sobre la silla, una y otra vez el sonido oscila en ese vaivén. En mis pesadillas, mi madre juega a ser otra, y yo y mi hermano somos sus objetos. Mis sospechas crecen. Mi madre oculta evidencias para fortalecernos en el carácter. Siento que ella nos vigila. Imagino que tarde o temprano me odiará por esto, pero Josefina Salvatierra Riquelme no nos dejará salir de este encierro porque nada la complace más que vernos así, entre gritos y refregones.

Nos obligará a permanecer acá, atados aunque a veces nos peleemos, entonces interrumpe para proteger a su favorito. Al escuchar sus gritos, empiezo a llorar y solo entonces, me abraza y me besa.

—No sea tonto, —me dice. —Tienes que aprender a fortalecerte. Nunca olvides, todo esto lo hago por ustedes. No soporto que se peleen, menos maltratarse —nos dice.

—No somos como los demás —asegura convencida. Cuando yo no esté, solo se tendrán el uno al otro. Son hermanos, como tales, deben permanecer unidos.

Mi madre nos prohíbe las disputas. Aprendemos a no discutir ni a pelearnos por los juguetes, simulamos estar de acuerdo y hacemos de todo para consentirla. Su inestabilidad en el carácter anima mis sospechas. Confundido por los remordimientos hay noches en que la soledad, el vacío me sobrecogen.

Nadie creería que es mi hermano quien me lleva al extremo, hubo momentos en que sentí vergüenza por todo lo que sin siquiera inmutarse era capaz de hacerme. Evito contradecirlo porque su orgullo es feroz y puede dejar de hablarme durante días y cuando lo hace sé que a pesar de lo que haga seguirá evitándome. Luego, cuando se le antoja, me busca y volvemos a enredarnos. Mi debilidad lo favorece y sé que, tarde o temprano, todo recaerá sobre mí.

Siento que mi madre esconde algo que no alcanzo a descifrar. Verla sonreír es suficiente para saber que algo está ocultando. Descubro que en silencio nos observa. Nuestro vínculo es irrevocable. El amor se fortalece con las diferencias. A veces, me pregunto si no es acaso la única responsable es de que hacemos. Celebra a Mariano en cada una de sus ocurrencias.

Todo coincide, al cumplir trece años deja de fijarse en mí y todo su interés apunta a mi hermano menor, es su preferido y como tal disfrutará todas sus atenciones y caricias.

El consentido crece. Busco precisar mejor los detalles para entender los impulsos que en ese entonces dominaban mi aturdida cabeza. En

algún punto de mis recuerdos, nuestro tiempo se congela. Éramos dos niños sin malas intenciones, ingenuos como los niños, pero distintos y extraños para el mundo. Asumo que lo nuestro es y seguirá siendo injustificable y que nada me libraré de los miedos que me atormentaron desde los nueve años.

Acepto la extraña y dolorosa emoción que me provoca mi hermano menor, y que mi necesidad anida justo en el límite que nos compromete. Aún así, no pretendo justificar aquello que hice, y que juntos hacíamos, en el tiempo de los niños, pero el deseo agita mis días y enciende mi corazón. Luego, vendrán los peores años, mi hermano menor aprende rápido.

Jesús Andrés Madrigal Salvatierra

En Santiago de Chile

Ureca C. arts

COMO UNA BESTIA HAMBRIENTA
A PUNTO DE TREPAR POR LAS PAREDES

*Días, semanas, años, he tenido
que ceder al alma que ronda
mi escritura. Todo el tiempo el
universo allí danza la diminuta
y fugaz vida de los humanos.
Soy una sobreviviente. Por-
tadora de mi herencia desde la
raíz mientras jóvenes muchachas
y hombres y ancianos y niños
multiplican sus oídos sordos
en las hablas de los efímeros.*

Querido y amado hijo

Reconozco sus instintos y hasta puedo presentirlos porque vivo como ustedes sienten. Pensé crear ingeniosos argumentos que desviarían los gestos evidentes de sus juegos y buscar otras escenas para el enriquecimiento de la trama. Pero al final de todo este despliegue y casi al borde del espectáculo, entendí que bastaba con desarrollar historias convincentes y por qué no, tomar una opción estética.

Cómo ya te lo dije, nada me provoca más incomodidad que los recién llegados, con sus manifestaciones ampulosas, esa gente que nada tiene que ver con mis intereses.

Ya es tiempo de descansar de las exigencias de la pluma. Cuando los libros se hicieron insuficientes me decidí cruzar hacia el otro lado para poder avanzar con el proyecto. Ustedes nunca se enteraron y aunque no lo creas, mis viajes se prolongaron por años.

Lo bueno de tener tu propia habitación es que no compartes tu intimidad con nadie. Exigí la alcoba que queda lejos y totalmente separada de la de tu padre. Así fue como en el más secreto silencio algunas noches salíamos con Manuel.

Tú lo conoces. El chofer amanerado y atrevido que lleva años con nosotros gimiendo a la noche con sus llantos azules. Abandonar estos espacios enloquecidos del encierro tenía un solo objetivo, tomar contacto con mis confidentes y animarlos a compartir algún secreto. Ofrecía por ello una buena suma.

No puedo soportar el olor de las calles.

Tal vez me había propuesto demasiado y eso había detonado en mí la misteriosa enfermedad a la que estaba condenada. No olvides que las normas sociales, las personas y sus convenciones no me parecen interesantes sino muy por el contrario, por lo tanto es muy lógico que éstos a quienes yo denomino “vulgares” no se permitan siquiera un paso al frente contra nada y no dudarían en condenar cada uno de mis actos. Pero, tú y yo sabemos que sus creencias nos sumergirían aun más miserablemente en la oscuridad.

Empecinada con los textos, mis salidas al mundo se redujeron al mínimo. Compras indispensables, temas médicos, asuntos bancarios. De pronto, como si me hubiera contaminado la peste todo empezó a parecerme repugnante y la sola idea de salir de casa me enfermaba. Aun sabiéndolo me empeñé en mantenerlos juntos, justificadamente a salvo bajo riesgo de que enfermaran como yo, sin importar nada los arrastré conmigo. Tomé una opción, no había vuelta atrás.

Llegó el momento que ni siquiera soportaba los olores corporales. Entonces empecé a usar guantes ¿Los recuerdas? Por las tardes me encerraba en la pieza y me pasaba horas mirando fotos o leyendo estas cartas. Otras veces buscaba en los viejos roperos y me vestía con pieles. Mi abuela creía que la elegancia consistía en ser adecuada en los lugares que frecuentas y que el éxito tenía que ver con los encantos naturales. Se nace, decía. Pensar en ella me daba cierta calma.

Como anfitriona era magnífica. La imaginaba organizando alguna fiesta de esas que se celebraban antiguamente en la casa. Me preguntaba cómo habría sido todo entre tú y tu hermano si hubiésemos sido de bailes y la hacienda escenario de suntuosas y concurridas fiestas y banquetes y mesas lujosas con comidas exquisitas y bebidas y música y mayordomos y meseras atendiendo a los invitados.

El mundo allá afuera está lleno de peligros, la gente demasiado cerca o encima. Todo se reduce a prejuicios anticuados sobre la moral, la religión, evidentes maniobras políticas que limitan nuestras libertades individuales.

El asco empieza a afectar todos mis movimientos.

Ahí fue cuando llamaron a ¿Fernando? creo que se llamaba ese médico, por cierto, una eminencia. Me acuerdo que hasta celebramos los resultados de los exámenes, todos normales.

Pero las buenas noticias no duran demasiado y en una siguiente consulta, muy parsimonioso el médico dijo que luego de estudiar bien mi caso, el cuerpo estaba perfecto. Lo más probable es que el problema estuviera en mi cabeza, sentenció.

Mi temor a la gente, la calle, los espacios públicos.

Me derivó a un médico psiquiatra. Recuerdo la cara del médico anticipando desgracias con un lapidario diagnóstico. Sugería exámenes que proporcionarían información más detallada que las radiografías convencionales sobre lesiones como derrames, tumores cerebrales y otras enfermedades al cerebro, era una última posibilidad de recuperar una vida normal. Si no me hacía los exámenes resultaba imposible evitar estas conductas, aunque desde la lógica me parecieran innecesarias o excesivas puesto que eso solo elevaría mis niveles de ansiedad y los episodios podrían ser aun peores o más violentos. Me negué al examen, también a salir de la casa.

Amenazas de impulsos o imágenes molestas, inapropiadas o absurdas, pensamientos negativos, incontrolables y bastante perturbadores me obligarían a encerrarme en el dormitorio.

Mi incomodidad fue creciendo. Cada vez que cruzaba la puerta de mi habitación corría a lavarme las manos, aún más si tocaba algo, una baranda, mueble o lo que fuera. Es curioso cómo la manifestación del asco de manera desmedida podía afectar la vida de una persona. Mi cuerpo se estremecía de horror con solo imaginar toda una vida sintiendo estos malestares que no solo estaban relacionados con el asco sino con el miedo, la angustia, o la estupidez.

Me preguntaba qué hubiera sucedido si lo lleváramos al otro extremo. ¿Crees que habría sido un problema nunca sentir asco? La reticencia a compartir con otros me obligó a ser desconfiada.

Evito todo contacto con la gente. No sin repugnancia y malestar entre el polvo y la mugre, tuve que adaptarme a las costumbres allá afuera. Aprendí a alternar con el mundillo aquel de la amenaza sucia, demasiado empecinada en saber cómo vivían otros niños sus pulsiones, busqué descubrir un delicado velo.

Corro al baño. Vomito. Siento que me desangro.

Compruebo mis limitaciones y pienso cuando ya no esté para cuidarlos. Los imagino tan frágiles en sus existencias que quisiera aislarlos a cualquier precio. Qué persona verdaderamente sensata no lo haría.

En este manuscrito, he plasmado las huellas de mi resistencia. Me separo de esas gentes que, negadas o controladas por el gran poder, se aferran a sus vidas mínimas. Seres insignificantes que pasan por este mundo apenas sin dejar nada, acotados y predecibles, inhabilitados para reconocer sutilezas como la nuestra.

Conociéndote como te conozco, sé que habrás disfrutado algunas de estas historias. Decidí hurtarlas y luego hacerlas desaparecer del mundo real para incluirlas como piezas únicas en ese manuscrito.

Indago en materias quietas, instantes que se viven a tientas y que pudieran ajustarse a formas que favorecen mis propósitos. Relacioné texturas, discursos, ausencias. Secretos, prohibiciones, textos disímiles, confesiones, testimonios, curiosidades, anécdotas que se obtienen en conversaciones, todos puestas ahí en contigüidad.

El asco me ronda y también el miedo. Veo suciedad por todas partes, me siento rodeada por todo tipo de bichos y materias biológicas.

Vuelvo a encerrarme en mi habitación.

Espero, que estas escrituras te sean provechosas. Sabrás que hacer con ellas. Escribir fue la forma de consolidar mi método. Escribir, escribir y no parar de escribir me permitió ir profundizando estos ejercicios rebeldes. Secretamente reconozco que me haría sentir en extremo satisfecha que algún día lograras hacer algo de este manuscrito.

Eres libre. Lo que hagas ahora de tu vida es algo que te pertenece. Estoy segura que seguirás fielmente mis propósitos desde las más sofisticadas y atrevidas formas. Pero nunca olvides que la nuestra es una historia de amor irregular, que creció sin medida entre estas paredes, un amor que no acepta normas. Lo único definitivo es la legítima filiación que define nuestra continuidad.

Solo te pido que seas cuidadoso con tu hermano. No hay cómo huir de una religión. Son más de dos mil años que llevamos auestas. Compartamos el precio de mi decisión y si Dios finalmente existe sabrá lo que hace.

Aún siento náuseas cuando despierto sudada después de tener pesadillas atroces. A veces siento que esas pesadillas acabarán conmigo. Qué más me gustaría que tener unos años menos. Al igual que ustedes he vivido entre estas paredes toda mi vida.

Josefina Salvatierra Riquelme
Santiago de Chile, en tiempo real

Sentados en un lujoso restorán, entre acogedoras sensaciones de confianza, y algunas copas bebidas en desorden, poco después de la cenar le pregunté a mi confidente. . . Si tuvieras algo total y absolutamente secreto, algo que jamás has compartido con alguien. . . ¿Te atreverías a confesarlo ahora? Entonces, embriagados de risas y algo más, chocamos nuestras copas, próximos a rubores tan antiguos entregados a liberar silencios. Fue de ese modo que confundidas nuestras mentes y alterados nuestros cuerpos tuvimos el instante de complicidad que necesitaba para obtener una nueva historia y, por qué no aceptarlo, esa noche fuimos dos los atrevidos en las confidencias.

Mariano Madrigal Salvatierra

EL HERMANO MENOR

Acerca de lo que le sucedió al hermano menor luego de la primera experiencia con su hermano, dos años mayor, y de cómo tiempo después, a modo de carta, le declara sus profundos sentimientos, y de por qué con explorar íntimamente aquellos juegos contenidos de infancia, él insiste en fortalecer el vínculo.

¿Qué me haces que siento que me muero?

A mis nueve, tú tenías once, eras de los hermanos, el mayor.

¿Qué me haces que siento que me agoto y ya no puedo levantarme y la luz de la mañana me pone tan triste? ¿Qué me hacías cuando éramos tan niños? ¿Por qué me duele la idea que, aún hoy, me sitúa como presa única de tus movimientos? ¿Por qué me besas? ¿Por qué lo haces con tanta insistencia? ¿Por qué me tocas? Me chupas tanto que casi me gusta cuando lo haces y la costumbre me obliga a soñarte.

Te sueño en pesadillas con los ojos brillantes repasando cada movimiento que me vulgariza con hostilidad.

Ahora que he crecido, entiendo lo que hacías, sé que, poco a poco, fuiste poniéndome todo esto en la cabeza. Aun así, te atreves a negarnos, niegas el placer del primer día, y yo sin poder entender cómo podrías no privilegiar, entre tus recuerdos, el momento exacto de aquel día en que, desnudos frente al espejo, nos iniciábamos bajo la fuerza de extrañas imágenes.

Ese primer día, tú y yo nacíamos a la vida alimentando sueños de cuerpos conmovidos que dibujarían el cómo iría dándose todo entre nosotros.

Luego, descubrí que lo que hacíamos te avergonzaba y de pudores me sentía triste y tan perdido sin entender cómo después de haberme iniciado anteponías semejante distancia.

—¿Te avergüenzo? ¿Te avergüenzan estos sueños míos?

Aun cuando por las noches sigo el movimiento de tus labios que besan sin tregua, cuando exhausto trato de quitarme la dureza y que se calme mi dureza ahí abajo, nos ponemos ardientes y nos arrastramos como animales.

Mis labios chupan. Puedo verte resbalar huidizo adentro de mi boca, mientras me gritas que siga, que lo haga más rápido, y yo casi no puedo contener mi respiración agitada cuando el deseo nos estalla.

—Solo tú me importas —digo, cuando me atrapas y en silencio me someto no sabiendo cómo avanzar con esos labios que huidizos, niegan el deseo que arde en mi boca. Quieto. Me quedo quieto esperando la proximidad de otro de tus estallidos.

Y tú vuelves sobre mí otra vez. Sobre mí, una y otra vez, cuando los demás no están y yo tengo tanto miedo de la reiterada insistencia con que me mojas.

Dependo, ambos dependemos de tu astucia.

Y me dices: —Qué tiene de malo, que somos iguales, somos hermanos. Con una vez no pasa nada. Nada —me lo juras, poco antes de dejarme repleto.

Y nos hacemos uno, cuando me vuelves a asegurar que no pasa nada bajo promesa de pacto secreto. Y yo, sin poder detenerme, finjo que no me gusta, y mi risa crece y también el miedo, porque tu poder es evidente, y sabes que hasta empieza a gustarme cuando te pones encima mío.

—Hazlo, chúpame despacio —me dices.

Obedezco y mi boca no se detiene.

—Vamos. No tengas vergüenza —me gritas, y me golpeas sobre los nalgas y refriegas mis muslos, porque sabes cómo me gusta lo que me haces y cuánto lo disfruto.

—Acércate —me dices, cuando casi a golpes me sometes.

—No te va a doler —gimes, cuando sobre mí jadeas y entre los quejidos, buscas hasta dejarme repleto.

—Sólo un poco más —me insistes cuando te refriegas, y se me endurece tanto que hasta puedo sentir tu furia como un dolor intenso. Entonces te tensas y sobre mí te aprietas hasta que nos crecen los estallidos. Ahora, eres el recuerdo embrutecido con que me duermo. Por las noches, me mojo. Me mojo al recordar tu mirada sobre mí hostil, cuando mis labios no paran de chupar contra tu enervada insistencia y hasta lo disfruto cuando al recordar cómo tus gestos se desencajan.

En el acecho de las pupilas dilatadas del que escapa, nuestros cuerpos confundidos y repletos crecieron. Dos niños jugando. Éramos dos niños que, aún hoy, siguen jugando.

—Acércate —me susurras. Sé que puedes hacerlo mejor...

—¿Quieres que lo intente? —digo para no restarme.

¿Así te gusta? —gimo, mientras aprendo a reconocer cómo el músculo te crece —¿Así? —te grito, cuando ya casi no cabe adentro de mi boca la fuerza de tu insistencia.

—Más fuerte —me gritas y me aprietas. Me aprietas tanto que casi sofocas mi cabeza. Y no puedo pensar, no puedo respirar y me siento perdido sabiendo que no conseguiré volver en mí hasta que me veas caer de rodillas.

—¡Mariquita! —gritas burlándote. ¿Ves cómo te gusta? ¡Maricón!

—¿Crees que me importa? ¿O ya no te atreves a hacerlo conmigo? —replico desafiante. Te alejas.

El espacio de la infancia se hizo sofocante con la presencia definitiva de nuestra madre, y todos mis recuerdos de cuando no peleábamos, de cuando nunca lo hacíamos solo por verla sonreír.

Por las noches, me aprieto contra la almohada y lloro después de haber sido el perfume de tus labios salivados, lloro cuando no puedes oírme y abrumado por tus exigencias, me arrepiento de haberte permitido esos lamidos de animal meneándomela cuando madre no está y en el tiempo no hará otra cosa que desaparecer.

Entonces, una vez más el apuro y la urgencia con que aprovechamos el tiempo de cada una de sus salidas y los empleados ni se enteran de lo que hacemos cuando la señora sale de la casa. Nadie, cuando con galopes de pies descalzos, me correteas por los pasillos y a hurtadillas, me alcanzas.

—¡Estás caliente! —me gritas y te refriegas y nos bajamos los pantalones.

—Si no te va a doler —me dices— verás como todo pasa —es lo que siempre me repites, y yo tiemblo frente a una de tus nuevas ocurrencias.

Me duele. Claro que duele y también duelen tus ojos brillantes. Adivino tus intenciones cuando me hablas de lo mucho que te gusta y me tientas con caricias hasta que la agitación nos crece. Nos ponemos violentos.

—¡No! —grito. ¡No! —lloro y me revuelco cuando buscas encajarte, y casi me desmayo de dolor.

—Ya te va a gustar —me dices.

Hasta te atreves a prometerlo cuando me ves lastimado, y me dices que todo estará bien. Me besas en la boca. Tus labios calman hasta que mi dolor cede.

—¡Dime si no es rico! —gimes. Rico —me susurras, años después, con la vulgaridad de tu sonrisa, y yo avanzo como puedo, y me arrastro cuando no te detienes, porque nunca te detienes.

Aprendo a disfrutarlo.

—Sí, me gusta —te digo. —Me gusta mucho —te lo grito, cuando, como un condenado, te aferras y me suplicas y entre lágrimas jadeamos.

—Me gusta mucho —repito en un grito— muerto de miedo cuando pienso que una de esas noches me harás desaparecer.

Ahora lo disfruto. Disfruto verte destruido por mi boca exhausta de tanto aplacar tu necesidad cuando desnudo resbalas y sobre ti, me arrastro y sobre mí, jadeas y me jalas del pelo hasta que nos encendemos con la precariedad de este silencio. Cómo odio la necesidad de este secreto que te apega más a mí, pero eres el mayor y, también el de los inventos, y ya no te tengo miedo.

Mariano Madrigal Salvatierra
Santiago de Chile

Índice

Primera carta de Josefina Salvatierra Riquelme	
A mi hijo menor, Mariano Madrigal Salvatierra	
CIERRO EL MANUSCRITO	13
Ejercicios de estilo	
SILENCIOS, CONFESIONES, TESTIMONIOS	21
Lorena	23
Benjamín	37
Adriana	47
APUNTES PARA UNA INVESTIGACIÓN	56
Segunda carta de la madre	
ESCRIBIR ES UN BIEN SUPERIOR	59
Javier	69
Ana	77
Manuel	87
PROYECTOS ACOTADOS. DELITOS DEL SEXO	94
Tercera carta de la madre	
ESCRIBÍ DESDE MI PUNTO DE VISTA	97
ABUSOS DELINCUENCIALES	104
La Catita	107
Paula	113
Carmen	119
CENTRO DE CUMPLIMIENTO PENITENCIARIO	128
Criaturas de Dios	131
Cuarta carta de la madre	
DESÓRDENES DEL ESCRIBIR	147
El José	157
Laura	163
LOS NIÑOS NO SON ÁNGELES	172
Jesús Andrés Madrigal Salvatierra. El hermano mayor	175
Última carta de la madre	
CONFIESO MIS ASPIRACIONES LITERARIAS	183
Mariano Madrigal Salvatierra. El hermano menor	193

Objetos del silencio

La escritura de Eugenia Prado habla desde la imposibilidad de la palabra. La palabra cercada, todos estos secretos de infancia son una historia apenas revelada por el epistolario familiar, de la confesión, y la letra de una madre que escribe, desde el desborde de la mirada cómplice que es testigo y pulsión, y que desarticula desde la escritura, la posibilidad del decir, de una revelación que nombra a estos «pequeños cuerpos habitados por una lengua», desde la multiplicidad de voces y sujetos que entrecruzan e intervienen el discurso de lo silenciado. Aquí aparece el arrojito de trazar esas declaraciones sobre los márgenes de la palabra y por sobre la clausura de estas bocas, rescatadas como una marca permanente del recuerdo o como un testimonio desde el amor y desde el miedo. Los «aterradores objetos» de esta novela están inscritos desde el reclamo del cuerpo amordazado por la histeria del deseo. «¿Qué haces que siento que me muero?» de ese amor (terrible) que debe habituarse al encierro. Los primeros deseos que crecen en ausencia de la autoridad que castiga, pero en presencia de las madres y su encubrimiento. En este libro, todos son víctimas y cómplices, todos están instalados como resistencia contra el horror de volver a enmudecer. La novelística arriesgada de Eugenia Prado desafía todas las formas de género al plasmarse en fragmentos de poesía, documentos, bibliografía, discursos; exigiéndonos una lectura desde esa deconstrucción, para poder dimensionar la significancia radical y la inscripción estética de esta propuesta.

Diego Ramírez, poeta.

ISBN: 978-956-350-033-3

